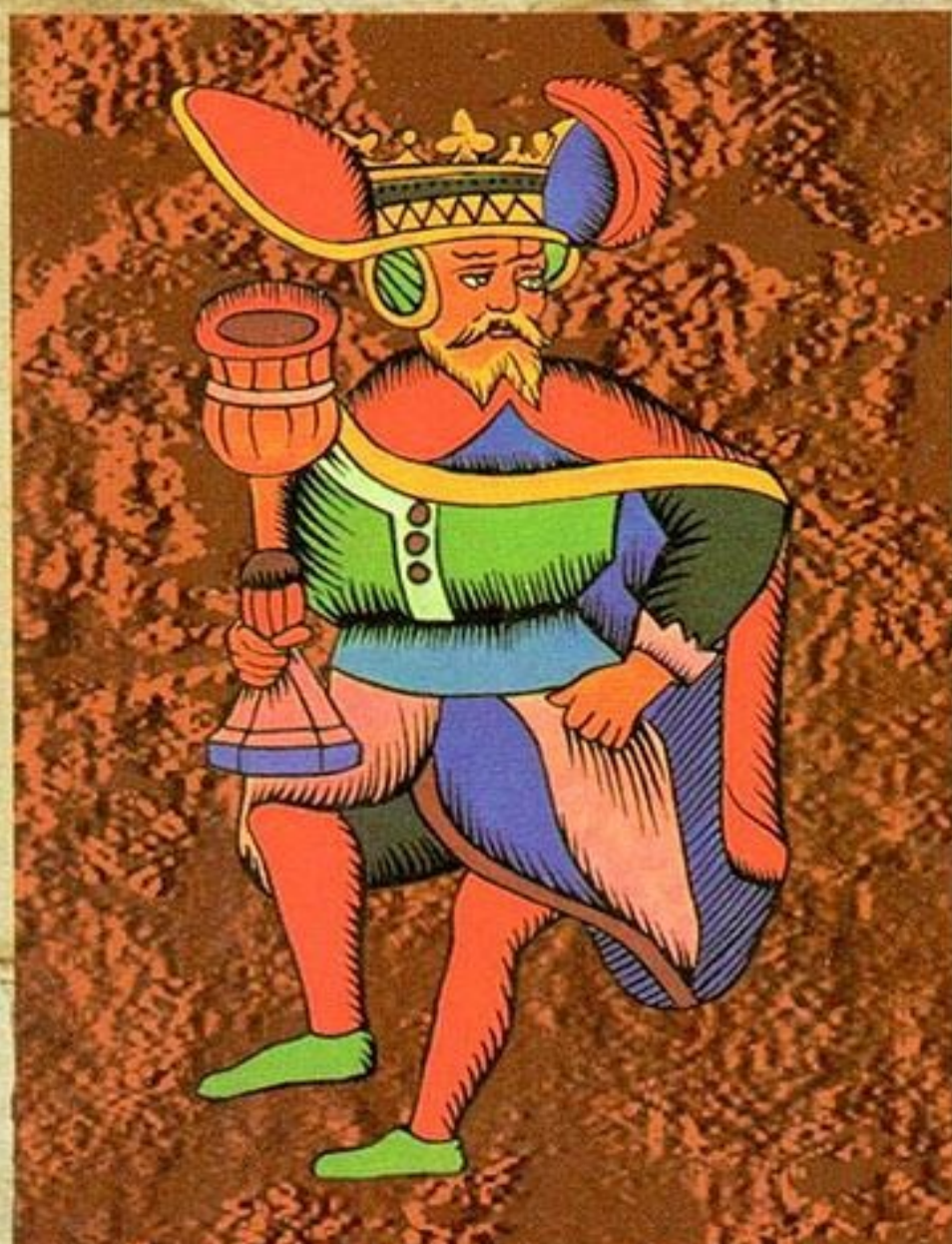


P. C. Doherty

UN TRAJIDOR EN LA CANCELLERÍA



Detectives medievales



Lectulandia

Eduardo I de Inglaterra y Felipe IV de Francia están en guerra. Felipe ha conseguido apoderarse del ducado inglés de Aquitania, y está empeñado en aplastar a Eduardo con todos los medios a su alcance.

El rey inglés sospecha que su enemigo cuenta con la ayuda de un espía que se mueve a sus anchas por la corte de Londres, y encarga a Hugo Corbett la misión de localizar y, si es posible, destruir al traidor. Una empresa que le hará correr graves riesgos por tierra y por mar, y que lleva a Corbett a los peligrosos bajos fondos de París y más tarde al hostil ambiente de Gales.

El escribano real se encuentra metido de lleno en las turbias corrientes subterráneas de la política europea de fines del siglo XII, enfrentando a un hábil y mortífero espía dispuesto a eliminar sin contemplaciones toda amenaza a su oculta identidad.

Lectulandia

Paul C. Doherty

Un traidor en la cancillería

Hugo Corbett - 03

ePub r1.0

Titivillus 09.09.17

Título original: *Spy in Chancery*
Paul C. Doherty, 1988
Traducción: María Antonia Menini

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mother Terrible
(Grace Fogarty Senior)

Capítulo I

El barco no corría el menor peligro a pesar de las gigantescas olas que, levantadas por la tempestad norteña, rompían con violencia contra el casco. El capitán John Ewell, un veterano marino y ciudadano de Southampton, conocía aquellos mares como la palma de su mano y sabía intuir el temple de la tormenta. El barco era muy sólido y contaba con unas elevadas toldillas a popa y a proa para proteger a los arqueros cuando disparaban sus flechas, amén de un alto, pero resistente mástil y un vigía de pie en la cofa en la parte superior de la hinchada vela, justo por debajo del blanco pendón en el que campeaba la roja cruz de Inglaterra. Ewell confiaba plenamente en aquel barco de profunda bodega cuya experta tripulación jamás le causaba el menor quebradero de cabeza. El capitán paseaba por la cubierta escrutando las aguas con sus glaciales ojos azules sin olvidar levantar la vista de vez en cuando para asegurarse de que los vigías cumplieran en todo momento con su obligación de escudriñar los embravecidos mares azotados por el vendaval, listo para lanzarse en persecución del primer bajel que apareciera en el horizonte.

Ewell se congratulaba de su éxito, pues había conseguido que su barco entrara y saliera del puerto gascón sin el menor impedimento. Una brevísima estancia que, sin embargo, había sido suficiente para recoger los pequeños rollos sellados de pergamino que, guardados en una bolsa de cuero, él custodiaba ahora en su estrecho camarote dentro de un cofre con refuerzos de hierro, cerrado bajo llave. Eduardo de Inglaterra pagaría muy bien aquellos informes: oro, patentes especiales e incluso un ascenso a la dignidad de caballero. A pesar de los gélidos vientos, Ewell navegaba de bolina con el calor que ardía en su cuerpo y ansiaba con toda su alma alcanzar las más sosegadas aguas del canal, en las que su barco, el *Saint Christopher*, hallaría seguro refugio.

El capitán no cabía en sí de gozo por su hazaña. Aunque los malditos franceses hubieran asolado el ducado inglés de Gascuña, apoderándose de ciudades, fortalezas y castillos y destruyendo el comercio vinícola entre Inglaterra y Burdeos, pronto cambiarían las tornas. Felipe IV de Francia mordería el polvo y suplicaría misericordia a Eduardo de Inglaterra. Ewell interrumpió sus paseos por la cubierta y dejó que su mirada se perdiera a media distancia mientras pensaba que, a lo mejor, él, capitán del rey Eduardo, ciudadano de Southampton y caballero con tierras y títulos otorgados por un soberano agradecido, estaría allí cuando ocurrieran tales acontecimientos. Sus sueños se vieron interrumpidos bruscamente por un grito del vigía desde la cofa.

—¡Vela! ¡Veó una vela hacia el sudeste! ¡Uno, no, dos barcos!

Ewell hizo acopio de valor y se acercó corriendo a la borda, pero no pudo ver nada a través de la lluvia.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó a gritos.

—¡Hacia el sudeste, dos barcos plenamente armados!

—¿Qué enseñas ostentan? —preguntó el capitán, levantando la voz en reñido combate con el viento.

—No hay ninguna bandera. ¡Solo dos pendones en los mástiles! —contestó el vigía.

Ewell esperaba que fueran ingleses. ¡Con qué ansia lo esperaba, Jesús misericordioso! Ya no pensaba en las tierras ni en el honor de la caballería, sino en el risueño semblante de su esposa, en sus hijas y en su amado barco que en aquellos momentos luchaba denodadamente contra el temporal. Sabía, en lo más hondo de su corazón, que los barcos eran franceses y habían sido enviados en su persecución como lebreles en pos de una aterrorizada liebre. El capitán miró a su alrededor con incredulidad. La vela había sido totalmente desplegada para que pudiera recibir todo el viento, dos hombres gobernaban el enorme timón en la popa y los demás se encontraban en la bodega o bien en el aparejo, aguardando órdenes. Se volvió y vio el pálido y desencajado rostro de su contramaestre y sobrecargo Esteban Appleby. Ewell disimuló el terror que le atenazaba el corazón y el estómago y procuró poner a mal tiempo buena cara.

—Reúne a los hombres, Esteban —le dijo en tono pausado—. Dales yelmos, celadas, capas, ballestas y aljabas de dardos.

Esteban hizo una mueca, asintió con la cabeza y bajó a la bodega mientras sus gritos se perdían entre los aullidos del viento.

Poco después, los hombres subieron a la cubierta, pálidos, cansados y atemorizados, se ajustaron los justillos de cuero, se pusieron los yelmos y las muñequeras y trataron desesperadamente de evitar que la fuerte lluvia mojara las cuerdas de las ballestas. Ewell les ordenó ocupar sus puestos en los castillos de popa y de proa y también en el aparejo que se enroscaba como una serpiente por el palo mayor. Después dio toda una serie de instrucciones apresuradas e inmediatamente dos muchachos esparcieron sal y arena por las resbaladizas cubiertas mientras otro trataba de encender un pequeño brasero de carbón al pie del mástil. Ewell se acercó de nuevo a la borda y miró esperanzado a través de la lluvia. Al principio no vio nada, pero forzando la vista, distinguió de repente unas formas borrosas. Los franceses se le estaban echando encima. Soltó una maldición por lo bajo, tratando de reprimir el miedo. A lo mejor, podría escapar. Pero eran las primeras horas de la mañana y tendría que transcurrir todo un día antes de que cayera la oscuridad. El capitán inglés sabía en lo más hondo de su ser que su barco no podría escapar y no se hacía ilusiones a propósito de los franceses. Sabía que estos no sentían el menor aprecio por los marineros ingleses y las reglas de la caballería no tenían ninguna aplicación en la guerra naval.

El tiempo mejoró y, hacia el mediodía, los barcos enemigos ya los estaban rodeando. Dos enormes bajeles mercantes convertidos en barcos de guerra, cuyas grandes velas les permitían alcanzar una gran velocidad e incluso disponer de tiempo

para separarse, se acercaron uno por cada banda. Ewell distinguió las banderas azules con las flores de lis plateadas y algo mucho más siniestro, el pendón guerrero de la oriflama, prueba evidente de que los franceses no pensaban hacer prisioneros. En las gigantescas popas de los franceses se apretujaban los arqueros y en las cubiertas fulguraban las armaduras de los hombres. Ewell distinguió incluso una ligera nube de humo negro, señal de que los franceses disponían de catapultas. El capitán miró desesperadamente a su alrededor, sabiendo que apenas podía hacer nada. La rendición estaba excluida, pues en las batallas navales raras veces se hacían prisioneros. Respiró hondo, pidió la intercesión de santa Ana y se puso el oxidado peto y el yelmo de acero. Los franceses se encontraban muy cerca y sus catapultas ya habían empezado a disparar unas gigantescas bolas de pez encendida hacia el oscuro cielo encapotado. La primera de ellas falló, pero las siguientes ajustaron enseguida la línea de tiro y una lluvia de fuego cayó sobre el *Saint Christopher*.

La pez prendió en la vela, el aparejo y el maderamen y la lengua de fuego se extendió. La tripulación hizo denodados esfuerzos por apagar las llamas con agua y arena, pero todo fue inútil. Otros proyectiles negros se estrellaron contra las velas convirtiéndolas en unas cortinas de fuego mientras los vigías, atrapados en las cofas, lanzaban gritos desgarradores y caían a la cubierta envueltos en llamas. Ewell ordenó a gritos a sus arqueros que dispararan y volvió la cabeza justo a tiempo para ver cómo uno de los barcos franceses se situaba al costado y los soldados franceses saltaban a la cubierta y se derramaban como el agua de un río. Los ballesteros ingleses consiguieron alcanzar a unos cuantos hombres, los cuales gritaron en medio de unas fuertes sacudidas mientras las flechas les desgarraban la carne del pecho y el cuello. Pero el número de los franceses era muy superior. El segundo barco se situó al costado por la otra banda y empezó también a vomitar hombres.

Ewell se volvió para dirigirse a su camarote e impedir que los franceses se apoderaran de la sellada bolsa de cuero, pero una flecha se le hundió en la garganta y lo dejó tendido en la cubierta. Creyó que todavía podía moverse, pero la sangre se le empezó a escapar a borbotones por la boca y solo tuvo tiempo de ver los borrosos rostros de su mujer y su hijo mayor antes de que la oscuridad lo rodeara por todas partes. En cuestión de una hora, el *Saint Christopher* se convirtió en una hoguera de popa a proa. Los barcos franceses se alejaron mientras sus tripulaciones contemplaban cómo el bauprés se hundía en las olas con su siniestra carga y el cuerpo del contraestre se retorció y experimentaba unas bruscas sacudidas. Esteban Appleby murió muy despacio. El lazo corredizo que le rodeaba el cuello lo fue dejando poco a poco sin respiración, pero, justo antes de expirar, en medio de las agonías de la muerte, Esteban se preguntó una vez más cómo habrían conseguido los franceses averiguar la situación de su barco.

En la rue Barbette de París, Nicholas Poer estaba inclinado sobre un cuenco de carne

rancia, puerros y cebollas, tomando ruidosos sorbos con su cuchara de cuerno. Miró a su alrededor en la sucia taberna, estudiando discretamente a los demás parroquianos sentados sobre unos toneles invertidos que hacían las veces de escabeles. El local estaba muy mal iluminado por unas gruesas velas de sebo que emitían un fétido olor. A Poer no le gustaba todo aquello. Oyó el rumor de una rata correteando bajo la paja que cubría el suelo de tierra batida y volvió a su escudilla, preguntándose qué estaría comiendo realmente. Levantó la jarra de peltre y apuró su contenido. La áspera cerveza le causó un fuerte escozor en las llagas de la boca. Estaba tan asustado que casi no podía reprimir los temblores que le recorrían el cuerpo, aunque trataba por todos los medios de disimularlo y se consolaba pensando en la larga daga que ocultaba bajo la capa. Poer era hijo de padres gascones, hablaba el francés con fluidez y conocía muy bien la ciudad de París. Siempre había confiado en su disfraz, en la certeza de que nadie podría sospechar jamás que aquel sujeto de cabello grasiento, aspecto descuidado y rostro sin rasurar era un experto escribano del Tesoro Real de Inglaterra y un hábil espía enviado a París por el rey Eduardo I para recoger y enviar información secreta. El escribano se movía con soltura por la ciudad, pasando de los míseros barrios de la orilla izquierda del Sena al fastuoso esplendor del palacio real del Louvre. Sus descubrimientos de las últimas semanas habían sido de importancia trascendental. El soberano francés, junto con sus hermanos Carlos y Luis, estaba preparando otra acción contra Eduardo de Inglaterra. Se trataba de algo auténticamente sobrecogedor, de un Gran Designio, tal como le había asegurado un sirviente de la corte que llevaba varias copas de más. Poer tenía que averiguar en qué consistía aquel plan, pero últimamente le había entrado miedo.

Estaba seguro de que lo vigilaban y le pisaban los talones mientras recorría las calles y los callejones de París. Precisamente aquel día había estado en la gran plaza que se extendía delante de la catedral de Notre Dame y, mientras contemplaba cómo un titiritero devoraba fuego mientras su hijo lanzaba y recogía hábilmente unos palos multicolores, experimentó la misma sensación de temor que lo asaltara días atrás. Alguien lo estaba siguiendo, pero, a pesar de que él volvió la cabeza varias veces, no logró vislumbrar en ningún momento los malévolos ojos que lo vigilaban. Y aquella noche, mientras regresaba a su alojamiento en la buhardilla de la casa de un mercero, su inquietud se había intensificado al oír un suave rumor de cuero sobre los adoquines mojados, ver unas sombras en los oscuros portales y percibir el leve clop-clop de un bien adiestrado caballo. Sin embargo, al volver la cabeza no había visto nada.

Terminó de comer y volvió a mirar muy despacio a su alrededor. Había buscado refugio en aquella pringosa taberna con la esperanza de que aparecieran sus perseguidores, pero había sufrido una decepción. Solo entró renqueando un anciano mendigo con las piernas cortadas a la altura de las rodillas, unas tablillas de madera en las que apoyaba las manos y unas patas de palo que, fijadas a los muñones de las piernas, resonaban en el suelo de la taberna cual si fueran redobles de tambor.

Mientras el hombre comía lamiendo la escudilla como un perro, Poer se levantó, se arrebujó en su capa y salió a las frías calles. Dobló una esquina y bajó por una angosta callejuela cuyas casas de madera y zarzo se elevaban muy por encima de su cabeza casi impidiendo la contemplación del gélido cielo entre los aleros de los tejados, los cuales se superponían unos a otros y se juntaban como si fueran un grupo de conspiradores.

Poer levantó los ojos y vio que todas las puertas y las ventanas de las casas estaban firmemente cerradas en medio del profundo silencio, roto tan solo por el gemido del viento, que estaba disipando la niebla y golpeando, casi con perverso regocijo, algún postigo entornado. Desenvainó la daga y bajó procurando no pisar la basura y los desperdicios amontonados delante de cada puerta y en el maloliente albañal que discurría por el centro del callejón. Vio el movimiento de una sombra en uno de los portales, seguido de un pálido y esquelético brazo extendido, y oyó las lastimeras quejas de un pordiosero.

—*Ah, monsieur, ayez pitié, ayez pitié*^[1].

Poer le mostró su cruel y larga daga y el hombre desapareció mientras su voz se perdía poco a poco en la quietud de la noche.

Poer siguió adelante, presa de una honda desazón. Algo extraño ocurría, pero él no lograba saber qué era. Se sentía demasiado cansado y nervioso. No quería que lo detuvieran por espía y lo arrastraran sobre una narria hasta las horcas de Montfauçon, lo ataran a una rueda y le hicieran dar vueltas desnudo mientras unos verdugos con las cabezas cubiertas por unos capuchones rojos le rompían dolorosamente todos los miembros con unas melladas barras de hierro. Se estremeció al pensarlo y, sosteniendo firmemente la daga en la mano, abandonó el callejón y lanzó un suspiro de alivio. Había llegado a un cruce donde todas las noches las autoridades municipales encendían unos grandes braseros y colocaban una alta vela de sebo delante de la hornacina de la imagen del santo protector del barrio.

La luz y el calor disiparon la gélida niebla y serenaron su espíritu. El funcionario real se volvió hacia la izquierda al oír un ruido como de madera contra la piedra, pero era solo el viejo mendigo de la taberna, gimoteando y arrastrando sus patas de palo sobre los adoquines por delante de él. Sin prestarle la menor atención, Poer empezó a cruzar la plaza. Inmediatamente, el ritmo de los golpeteos aumentó y, de pronto, se dio cuenta de lo que ocurría. El viejo había salido unos segundos antes que él y, sin embargo, ya había llegado al final del callejón. Poer dudó un momento, se volvió, pero fue demasiado tarde. El viejo se le echó encima, le agarró las piernas y lo hizo tropezar con las manos enredadas en los pliegues de la capa mientras su cabeza golpeaba con un sordo rumor los cortantes adoquines.

El «viejo mendigo» se apartó, se soltó las correas que le ataban las piernas dobladas sobre los muslos, se quitó las patas de palo ajustadas a las rodillas y enderezó la espalda. Una mirada al hombre tendido en el suelo le hizo comprender que no había prisa, pues su víctima aún no había recuperado el conocimiento. El

mendigo soltó un suave silbido y le respondió el clop-clop de los cascos de un gran caballo negro que surgió de la bruma como un fantasma de las puertas del infierno. El jinete, protegido por una capa y una capucha negras, desmontó y se acercó al hombre tendido en el suelo mientras otros emergían de la oscuridad y formaban un círculo amenazador en torno al cuerpo inconsciente.

—¿Está muerto? —preguntó secamente el jinete sin la menor emoción en la voz.

—No —contestó el mendigo en un susurro—. Solo ha perdido el conocimiento. ¿Hay que interrogarlo?

El jinete sacudió la cabeza y sujetó con fuerza las riendas de su caballo.

—No —contestó—. ¡Introducidlo en un saco cosido y arrojadlo al Sena!

—Sería una misericordia cortarle la garganta —comentó el mendigo.

El que parecía ostentar el mando volvió a montar y tiró violentamente de las riendas para que su cabalgadura diera la vuelta.

—¡Misericordia! —dijo en tono despectivo—. Si hubieras fallado o lo hubieras perdido, esa misericordia la hubiera tenido yo contigo. ¡Es un espía! No merece compasión. ¡Haz lo que te digo!

Después dio media vuelta y muy pronto caballo y jinete desaparecieron en medio de la espesa niebla.

Capítulo II

Eduardo, rey de Inglaterra y duque de Aquitania, estaba furioso. En la cámara del consejo, cerca de la capilla real de Westminster, se estaba entregando en cuerpo y alma a uno de sus habituales y regios accesos de cólera. Envueltos en sus ropajes, los miembros del consejo permanecían sumisamente sentados, contemplando en silencio el drama real. Algunos de ellos estudiaban atentamente los tapices rojo y oro que cubrían las encaladas paredes y otros restregaban las botas sobre los juncos del suelo en un intento de calentarse un poco las piernas y los pies entumecidos por el frío. A pesar de los grandes braseros de carbón que se habían colocado en la estancia, hacía un frío glacial. El viento azotaba los postigos de las ventanas, atravesando las rendijas con unas gélidas ráfagas de aire que avivaban las llamas de las velas y agitaban el aceite recogido en los candelabros de pared. Los escribanos, con las plumas en suspenso sobre los gruesos pergaminos tan suaves como la seda, se dieron cuenta de pronto de que el rey no deseaba que transcribieran sus maldiciones y aguardaron pacientemente, confiando en que el frío no les hiciera perder la sensibilidad de los dedos y no congelara la tinta de los tinteros de metal.

Pero Eduardo no abrigaba tales temores, pues no paraba de descargar ruidosamente sus puños sobre la larga mesa de madera.

—¡Señores —tronó—, aquí ha habido una traición tan pestilente y repugnante como el contenido del peor albañal!

—Majestad —terció rápidamente Robert Winchelsea, arzobispo de Canterbury, en la esperanza de poder calmar la cólera del soberano—, al parecer...

—¡Al parecer, mi señor de Canterbury —lo interrumpió bruscamente Eduardo—, mis reales posaderas no pueden soltar un pedo sin que se entere Felipe IV de Francia!

Winchelsea asintió con la cabeza, plenamente de acuerdo con la idea, aunque no con la singular manera en que Eduardo la había expresado. El arzobispo decidió guardar silencio, pues los arrebatos de furia del rey eran cada vez más frecuentes y los fallecimientos de la amada reina Leonor y de su canciller y amigo Robert Burnell, obispo de Bath y de Wells, habían desencadenado unas oscuras fuerzas en su alma. Su rubio cabello y su rubia barba estaban surcados por numerosas hebras de plata y su tez antaño morena y ahora cetrina mostraba unas profundas arrugas alrededor de los perspicaces ojos azules y de los finos labios.

Winchelsea tomó un sorbo de vino caliente con azúcar y especias e hizo una mueca de desagrado al notar que ya se había enfriado. Reclinándose contra el respaldo de su asiento, el clérigo deseó con toda su alma que la furia del rey se enfriara con la misma celeridad con que lo había hecho su vino. Al final, el rey se calmó, se incorporó en el gran asiento de madera de roble labrado que ocupaba en la cabecera de la mesa y cerró fuertemente sus manos cuajadas de anillos.

—Señores —dijo muy despacio, tragando bocanadas de aire—, hay un traidor entre nosotros. —Volviendo a descargar los puños sobre la mesa, añadió—: Aquí en

Westminster hay un traidor y un espía que les cuenta a los franceses nuestros secretos, nuestros planes y nuestros propósitos. Está claro que el *Saint Christopher* ha sido apresado y hundido y que uno de nuestros espías más valiosos, un hombre al que muchos de vosotros conocéis sobradamente, un alto escribano del Tesoro, Nicholas Poer, ha sido asesinado en París. —Eduardo hizo una pausa mientras los integrantes del consejo se removían en sus asientos entre exclamaciones, gruñidos, murmullos y maldiciones—. Pero —añadió el rey— ha sido sacado de las aguas del Sena. Lo habían encerrado vivo en un saco para ahogarlo como un gato no deseado. Alguien de aquí tiene que haber informado a los franceses, pues Poer era demasiado listo para desprenderse de su disfraz y dejarse atrapar. Lo mismo cabe decir a propósito del *Saint Christopher*. Felipe IV, que Dios confunda, tiene que haber sido informado de la misión que realizaba el barco, recogiendo los informes de nuestros espías de Gascuña. ¡Solo Dios sabe qué habrá sido de ellos!

Eduardo miró con expresión sombría a su alrededor, un pretexto para estudiar los rostros de sus consejeros mientras buscaba las palabras más apropiadas. Uno de ellos era un traidor. Pero ¿cuál? ¿Robert Winchelsea, el piadoso arzobispo de Canterbury? ¿Un prelado de la Iglesia hubiera sido capaz de semejante acción? Eduardo no se fiaba demasiado de él, pues era un clérigo arrogante y santurrón, un hombre superficial que siempre simulaba apoyar toda suerte de nobles causas. A su izquierda se sentaba Edmundo, conde de Lancaster. Eduardo estudió el enjuto y pálido rostro de su hermano, enmarcado por el largo cabello negro. Siempre experimentaba una punzada de compasión cuando miraba a su hermano. Edmundo siempre había sido un joven muy débil y daba la impresión de estar permanentemente enfermo, con el brazo ligeramente encogido y el hombro derecho cruelmente deformado. Un accidente en el momento de nacer, se decía. Pero Eduardo había oído contar otras historias, según las cuales Edmundo era el primogénito, el hijo mayor de Enrique III, dejado de lado a causa de sus deformidades de tal manera que la corona pudiera pasar a un hermano más fuerte y capacitado. ¡Mentiras! Eduardo conocía la verdad, pero a menudo se preguntaba si su hermano también la conocía. Edmundo, que tenía a su cargo el gobierno de Gascuña, había cedido disimuladamente el territorio a los franceses, había intrigado y engañado y había hecho que su nombre y el de la corona de Inglaterra se convirtieran en el hazmerreír de toda Europa. La mirada de Eduardo siguió adelante. Al lado de Edmundo se sentaba Juan de Bretaña, conde de Richmond. Otro necio, pensó Eduardo. Richmond tenía tierras en Francia y estaba emparentado, aunque de lejos, con Felipe IV. Eduardo se preguntaba a menudo si Richmond habría sido comprado por un precio algo superior a las habituales treinta monedas de plata. El rey hizo rechinar los dientes. Confió en aquel necio de rubicundo rostro como si fuera un hijo. ¿Para qué? Richmond se había trasladado a Francia con unas fuerzas expedicionarias, había invadido Gascuña y se había rendido sin apenas oponer resistencia. Eduardo siguió mirando a su alrededor. Había otros, Bouhn, conde de Hereford, y Bigod, conde de Norfolk. ¡Menuda pareja, por los

clavos de Cristo! Los conocía muy bien y sabía hasta qué extremo les irritó sus intentos de controlar el poder de los grandes nobles y cómo habían aprovechado los conflictos con Escocia y Francia en su propio beneficio. En realidad, pensó Eduardo, todo aquello no le importaba demasiado, pues llevaba décadas jugando a aquel juego. Sin embargo, la traición era algo mucho más grave y todos ellos sabían que sus cabezas hubieran rodado y sus cuerpos habrían sido abiertos en canal lo mismo que los de los otros traidores. Pero el rey hubiera tenido que atraparlos y disponer de pruebas irrefutables para poder enviarlos al cadalso. Sus jueces exigirían pruebas, no meros rumores de traición.

El rey miró a los escribanos, sus propias criaturas, unos hombres de origen campesino que habían conseguido mejorar su suerte gracias a sus dotes intelectuales y al favor real, pero que no por eso estaban por encima de toda sospecha. El monarca miró con recelo a uno de ellos, Ralph Waterton, un apuesto joven de cabello negro, ojos risueños y rápido ingenio. Waterton era un buen escribano, pero los espías reales habían informado al rey de que vivía muy por encima de sus posibilidades y disfrutaba de unos lujos que ningún escribano de la Cancillería se hubiera podido permitir. ¿Y qué ocurriría si los propios espías hubieran sido sobornados? ¿Podía fiarse de ellos? *Quis custodiet custodes?*^[2], tal como dijo san Agustín. La fatigada mente de Eduardo daba vueltas y giraba sobre sí misma como un perrillo que quisiera morderse la cola. De repente se percató de que en la estancia reinaba un silencio mortal. Los consejeros, los escribanos y los nobles le estaban mirando de una manera muy extraña. Eduardo ya no quería prolongar por más tiempo la simulación.

—Mis señores —dijo sonriendo para ocultar sus secretos temores y dudas—, quiero que todas estas dificultades se hayan resuelto cuando volvamos a reunirnos. — El rey se volvió hacia Waterton—. Ralph —le dijo amablemente—, decidle a *sir* Thomas que el consejo ha terminado y que ya puede mandar traer las barcas al embarcadero de palacio.

Waterton se levantó, la sesión del consejo se suspendió y todos los lores y candidatos de alto rango se inclinaron en reverencia ante el monarca, alegrándose de poder alejarse de la recelosa presencia real.

La cámara se vació enseguida y el rey se quedó solo con sus negros pensamientos. Se oyó una suave llamada a la puerta y *sir* Thomas Tuberville, caballero abanderado de la Casa Real y capitán de la guardia, entró silenciosamente en la estancia.

—¿*Sir* Thomas?

El rey apreciaba a aquel valeroso luchador, a pesar de su pálido y alargado rostro y sus penetrantes ojos verdes que siempre contemplaban el mundo con temor e inquietud.

—Sire —contestó el caballero—, los lores del consejo ya se han ido. ¿Deseáis alguna otra cosa?

—No, Thomas —contestó suavemente el rey—. No quiero nada. Seguid

montando guardia. No mandéis retirarse a los hombres. Aún me quedará un rato.

El caballero se inclinó y se retiró cerrando silenciosamente la puerta a su espalda.

El rey se levantó y se acercó a uno de los braseros para calentarse los ateridos dedos. En lo más hondo de su corazón, estaba preocupado; Leonor, su reina española, más bella que una imagen de la Virgen, había muerto; Burnell, su viejo y astuto canciller, también, y él se sentía dolorosamente perdido. Estaba solo y no se fiaba de nadie en unos momentos en que hubiera necesitado a alguien en quien confiar; en Escocia había estallado la rebelión y sus secretos planes de someter aquel territorio a la jurisdicción de la Corona inglesa habían fracasado por culpa de los señores escoceses que aspiraban a ser gobernados por su propio rey, aunque este fuera el mismísimo diablo, antes que someterse al yugo real de Westminster. Gascuña, la rica provincia inglesa del sudoeste de Francia, también se había perdido en cuestión de un mes por culpa del engaño y la mentira.

Felipe IV, rey de Francia y nieto del piadoso Luis IX, pensó Eduardo con tristeza, era el príncipe de la mentira, capaz de ganarse la admiración de Belcebú, el rey de las mentiras. Eduardo lamentó en voz alta la forma en que había sido engañado. Aprovechando un incidente fronterizo a propósito de unos castillos situados en la frontera franco-gascona, Felipe, señor feudal de Eduardo en el ducado de Gascuña, había solicitado que le fuera cedida la provincia durante treinta días mientras se resolvía la disputa. Eduardo apretó las mandíbulas al recordar lo que había ocurrido a continuación. Su querido hermano Edmundo había accedido a la petición, justificando más tarde su proceder por medio de toda suerte de sandeces legales. Los franceses habían ocupado inmediatamente el territorio y Felipe IV, aquel pálido y taimado bastardo, se negó a devolverlo. Sus tropas inundaron el ducado como un río que rompiera una presa, y todo se perdió.

Eduardo se había quejado amargamente ante Felipe, el papa y otros príncipes de toda Europa. Todos lo lamentaron muchísimo, señalando que aquel acto había sido una terrible conculcación de los derechos feudales de un vasallo, pero Eduardo sabía que no le echarían una mano y que, detrás de sus diplomáticas y corteses declaraciones, se burlaban de él. Y, sin embargo, aquello había sido solo el principio de la pesadilla; los espías de Eduardo empezaron a enviar informes acerca de un gran proyecto secreto de Felipe, destinado a aislar Inglaterra, hostigándola a través de Escocia, Gales, Irlanda y Gascuña. Eduardo había conseguido recuperar el control de Gales, Escocia se podría sojuzgar y Gascuña se podía recuperar, pero ¿y si ocurriera lo contrario? ¿Y si Felipe se apoderara de todas aquellas provincias, antes de lanzar un ataque directo contra Inglaterra? El duque Guillermo de Normandía había hecho lo mismo doscientos años atrás.

Y Juan, el abuelo del propio Eduardo, había perdido todas las posesiones inglesas en el norte de Francia y tuvo que enfrentarse con una invasión de Inglaterra por parte de los franceses. ¿Acaso ahora iba a suceder lo mismo? Eduardo frunció el ceño e hizo crujir los nudillos de sus manos. Cometió un grave error al subestimar a

Felipe IV, apodado el Hermoso. El rey francés había engañado a todo el mundo con su rubio cabello, su tímida apariencia, sus claros ojos azules y su realista y sincera forma de comportarse. Ahora Eduardo sabía que todo era mentira. Felipe estaba firmemente decidido a crear un imperio capaz de dejar boquiabierto de asombro al mismísimo Carlomagno.

El rey dobló los dedos por encima del brasero. Tenía que haber una salida, pensó; reforzaría las guarniciones galesas y enviaría un ejército al norte para aplastar a los escoceses. ¿Y Felipe IV? Eduardo lanzó un suspiro. Se arrastraría ante el papa, besaría su escarpín de raso, colocaría Inglaterra y sus territorios bajo su protección. Su abuelo Juan había hecho lo mismo con brillantes resultados. Si alguien atacara Inglaterra, atacaría, de hecho, al Santo Padre y todo el poder de la Iglesia católica. Eduardo esbozó una sonrisa. Le enviaría montones de oro al viejo depravado del papa Bonifacio VIII y le pediría que interviniera y mediara en la cuestión. Al mismo tiempo, arrancarían de cuajo a todos los traidores que hubiera en Westminster. Pero ¿en quién podía confiar? ¿A quién hubiera elegido Burnell? Eduardo reflexionó y su sonrisa se convirtió casi en una carcajada. ¡Pues claro! El rey de Inglaterra acababa de elegir a su hombre.

Hugo Corbett, escribano de mayor antigüedad de la Real Cancillería de Inglaterra, se arrodilló delante de la imagen que presidía la soberbia capilla de la Virgen de la catedral de Notre Dame de la ciudad de Boulogne-sur-Mer. El clérigo no era muy religioso, pero creía que Jesucristo y su Madre tenían que ser tratados con el mayor respeto y por eso él rezaba siempre que se acordaba de hacerlo. La plegaria le resultaba difícil, porque él era quien hablaba mientras que Dios siempre parecía demasiado ocupado para contestarle. Había encendido una vela de pura cera de abeja y ahora estaba arrodillado bajo su círculo de luz, tratando desesperadamente de cumplir su promesa.

La había hecho durante aquella malhadada travesía desde Inglaterra a Francia en una achaparrada embarcación de profunda bodega que parecía tener voluntad propia y haber sido la deliberada causante de los daños que se habían producido. Nada más zarpar de Dover, había tropezado con una tormenta y se había balanceado sobre las grandes olas mientras un gélido viento hinchaba sus velas, y la empujaba cual si fuera una hoja sobre la superficie de un estanque. Corbett se había pasado toda la travesía agachado en la proa, basqueando y vomitando sin parar y temiendo que su corazón no pudiera resistirlo. La fría agua del mar penetraba a través de los imbornales empapándole el helado cuerpo hasta que, en determinado momento, creyó que iba a morir. Pero ¿de qué le hubiera servido moverse? Solo para vomitar y ser empujado de nuevo contra los costados de la embarcación por sus compañeros de viaje, que también lo estaban pasando muy mal. Su único consuelo era el hecho de ver que su criado Ranulfo estaba tan mareado como él. Ranulfo, que por regla general era un

hombre de grandes apetitos, se había unido a su amo en su martirio. Al final, Corbett hizo la promesa de encender una vela en la catedral de Notre Dame y permanecer una hora en oración en la capilla de la Virgen, si Nuestra Señora lo llevara sano y salvo a la orilla.

Encender la vela le había resultado muy fácil, pero la hora de oración se había convertido en un cuidadoso análisis de por qué el rey había tenido la ocurrencia de enviarle a Francia. Lanzó un suspiro, se levantó y se apoyó contra una de las columnas, mirando hacia la oscuridad de la nave del templo. En aquellos momentos, él era uno de los escribanos de mayor antigüedad de la Cancillería, responsable de las cartas, memorandos, escrituras, certificados y otros documentos redactados bajo el sello secreto de Inglaterra, pero responsable tan solo ante el primer magistrado del reino, el canciller y el rey de Inglaterra. Su trabajo estaba muy bien pagado y, además, tenía derecho a abastecerse de provisiones en la despensa del rey, era dueño de una casita en Hollborn y tenía depositada una parte de su dinero en casa de un orfebre y el resto en la de un banquero sienés.

Apenas tenía ataduras, su mujer y el fruto de su matrimonio habían muerto y él había alcanzado la edad de treinta y ocho años con plena salud en una época en que un hombre se podía considerar afortunado cuando superaba los treinta y cinco. Corbett deslizó la espalda por la estriada columna y se agachó junto a su sólida base. Aún tenía el vientre alborotado y se sentía débil e inseguro a causa de la accidentada travesía. Soltó una maldición por lo bajo, lamentando que lo hubieran obligado a volver a los viajes y le hubieran encomendado una vez más el cumplimiento de misiones secretas y delicadas. Al morir su señor el obispo Burnell unos cuatro años atrás, creyó que todo aquello ya había terminado. El viejo y piadoso Burnell era un hombre muy astuto y tenía una tortuosa mente capaz de descubrir y eliminar cualquier amenaza contra el reino. Ahora él ya no estaba y Corbett formó parte de la guardia de honor que permaneció de rodillas, orando ante el cadáver del anciano obispo antes de que lo amortajaran y depositaran en un ataúd de madera de pino.

Desde que muriera su anciano señor, la vida de Corbett experimentó unos flujos y reflujos semejantes a los de una perezosa corriente, hasta que el rey intervino y lo mandó llamar en secreto a su palacio de Eltham. El rey estaba preparando una nueva expedición contra los escoceses y en la cámara se amontonaban los baúles, las maletas y las bolsas de cuero de la Cancillería repletas de cartas, memorandos y documentos relacionados con la cuestión escocesa. Eduardo fue directamente al grano: en su Cancillería o en su consejo había un traidor o unos traidores que estaban recogiendo vital información secreta sobre los asuntos de Inglaterra y la enviaban a Felipe IV de Francia, dijo el rey, presa de una furia cuyo alcance solo Dios conocía. Corbett debería formar parte de una embajada a la corte francesa y descubrir al traidor.

—Permaneced en guardia —le advirtió tristemente el rey—. El traidor podría ser uno de vuestros compañeros. ¡Tenéis que encontrarlo y atraparlo con toda su

inmundicia, maese Corbett!

—¿Deberé prenderlo, Majestad?

—Si fuera posible, sí —contestó el rey en voz baja—, pero, en caso contrario, ¡matadlo!

Corbett se estremeció, mirando a su alrededor en la oscura y silenciosa iglesia. Había acudido allí para rezar y, sin embargo, estaba tramando una muerte. Oyó un leve rumor al fondo de la iglesia y se levantó con aire cansado. Ranulfo lo estaría esperando. El escribano inglés hizo una genuflexión mirando hacia la solitaria lámpara que parpadeaba en el presbiterio, y bajó muy despacio por la nave. Respiró hondo en un intento de tranquilizarse, sabiendo que alguien lo estaba observando, oculto en medio de las sombras del templo.

Capítulo III

Al día siguiente de la visita de Corbett a Notre Dame, los enviados ingleses ya se habían recuperado lo bastante de la dura prueba de la travesía como para poder iniciar su viaje, bordeando la costa hasta el Somme, antes de girar al sur hacia París. Llevaban sus caballos y equipajes junto con todo su engorroso acompañamiento de acémilas que tiraban de los carros que portaban los pertrechos de los señores condes de Richmond y Lancaster, aparte el séquito de escribanos, amanuenses, cocineros, correos, corchetes, clérigos y médicos. No existía entre ellos la menor diferencia de grado o categoría, pues las bajas temperaturas y los cortantes vientos invernales obligaban a todo el mundo a cubrirse con unas gruesas capas pardas.

Y ahora se estaba registrando el habitual ajeteo delante de la entrada del pequeño monasterio donde se habían hospedado tras dejar el puerto, pues aún se tenían que ensillar los caballos, dos de ellos necesitaban un herrador, uno estaba cojo y otro tenía llagas en el lomo; había que examinar el estado de las cinchas, las bridas y los estribos y reparar los que estuvieran rotos o dañados antes de colocar las guarniciones, y se tenían que cargar los equipajes y los manuscritos junto con las provisiones que les habían comprado a unos avispados mercaderes franceses a precios exorbitantes. Los gritos, las órdenes, las maldiciones y los relinchos de los nerviosos caballos rompían la calma y el sosiego del patio del monasterio mientras varios perrillos bastardos iban de un lado para otro aumentando y extendiendo la confusión hasta que apareció un enfurecido hermano lego que los apartó con su bastón.

Corbett se sentó en un banco medio roto que había en un rincón del patio, observando la escena con expresión malhumorada. Los gritos y las maldiciones hubieran podido ahogar los alaridos de los condenados del infierno; Corbett contempló el enorme tímpano que coronaba la puerta de la iglesia del monasterio, donde, labrados perennemente en piedra, los condenados colgaban por el vientre de las ramas de unos árboles de fuego mientras otros ardían en unas calderas, cubriéndose la boca con las manos y mirando con sus ojos de piedra a través de los penachos de humo. Jesucristo en majestad sostenía en sus manos a los bienaventurados mientras los malos eran tragados por un monstruoso pez y otros eran devorados por los demonios o atormentados por unas serpientes o por el fuego, el hielo o los frutos que colgaban lejos del alcance de sus hambrientas bocas. Corbett llegó a la conclusión de que semejantes tormentos no eran nada comparados con la experiencia de cruzar el canal en medio del frío invierno junto con los hombres que constituían la embajada inglesa que el rey de Inglaterra había decidido enviar a Francia.

—Maese Corbett.

El escribano soltó un gruñido y se levantó al ver a su criado Ranulfo abriéndose camino entre la gente que llenaba el patio, con el pelirrojo cabello brillando como un

faro por encima de su pálido y preocupado rostro. Corbett lo había salvado de la horca unos diez años atrás y ahora el hombre se había convertido en su fiel mayordomo y compañero, por lo menos a primera vista, pues Corbett sabía que Ranulfo de Newgate tenía un especial empeño en medrar a costa de todo el mundo, incluido su amo. Ranulfo era capaz de mentir, engañar y traicionar con una habilidad que era una causa de constante asombro para su dueño y tenía una afición tan desmedida por las mujeres de los demás que no podría por menos que hallar una muerte súbita y violenta, pensaba Corbett para sus adentros.

Ahora Ranulfo estaba interpretando el papel de un criado preocupado y nervioso, en la esperanza de turbar a su misterioso y severo señor.

—¡Es Blaskett! —dijo el criado jadeante—. Dice que ya estamos preparados para salir y pregunta si ya tenéis empaquetado y cargado el equipaje.

Blaskett era el arrogante mayordomo de la casa del conde de Lancaster, tan presumido como un pavo real y tan amante de la autoridad y su pompa como otros hombres lo eran del oro.

—¿Está cargado nuestro equipaje, Ranulfo? —preguntó Corbett.

—Sí.

—¿Y estamos preparados para la partida?

—Sí.

—¿Pues entonces por qué no se lo has dicho a Blaskett, hombre de Dios?

Ranulfo miró a su amo como si este acabara de revelarle un gran secreto, asintió con la cabeza y, dando media vuelta, regresó corriendo al interior del monasterio para seguir provocando maliciosamente al fatuo y petulante Blaskett.

La embajada inglesa se puso en camino justo en el momento en que las campanas del monasterio estaban llamando a tercia; los componentes de la escolta francesa aguardaban a la entrada del monasterio. De ella formaban parte un miembro de la corte de Felipe vestido con resplandecientes ropajes negros y escarlata, tres anodinos escribanos y dos caballeros enfundados en media armadura cuyos petos estaban cubiertos por unos sayos sin mangas con los colores azul y oro de la Casa Real francesa. Los acompañaban varios rudos soldados a caballo, vestidos con justillos de cuero hervido, petos de acero y gruesas polainas de sarga remetidas en unas recias botas de montar. Corbett vio cómo los condes de Lancaster y Richmond hablaban con los caballeros y se intercambiaban con ellos unos documentos, tras lo cual la embajada inglesa reanudó su viaje, flanqueada a derecha e izquierda por la escolta montada.

Bajo los rigores invernales, los llanos de la silenciosa campiña normanda mostraban unos tristes y apagados tonos marrones. Algunos valientes campesinos, envueltos en sus rústicas capas bermejas y con los sombreros de fieltro bien encasquetados sobre los ojos, trataban de abrir surcos en la tierra para la siembra mientras, a su espalda, sus mujeres e incluso sus hijos más pequeños esparcían marga, cal y estiércol para fertilizarla. Corbett, que había sido testigo de las

devastaciones de la guerra en los condados fronterizos durante las guerras galesas de Eduardo, pensó que aquellas tierras ofrecían un aspecto muy próspero. Pese a ello, recordó las palabras de Jacobo de Vitry: «Lo que el campesino gana con su denodado esfuerzo en un año, lo devora el señor en una hora». La justicia era dura y los señores feudales en sus amuralladas mansiones de piedra y madera rodeadas por fosos ejercían más justicia que en Inglaterra, de ahí que en todas las encrucijadas se levantaran una horca o unos cepos.

Las aldeas eran unas pequeñas agrupaciones de casitas, cada una de ellas con un pequeño jardín rodeado por un seto y una somera zanja, pero a Corbett le llamó especialmente la atención el considerable número de ciudades, algunas antiguas pero otras de apenas unas cuantas decenas de años, todas rodeadas por sus murallas y con las casas apiñadas alrededor de una abadía, una catedral o una iglesia. A veces, los miembros de la embajada inglesa se detenían en lugares tales como Noyon o Beauvais, donde solía haber un priorato o una taberna lo bastante grande como para hospedarlos. En otras ocasiones se alojaban en mansiones pertenecientes a miembros de la realeza o a grandes señores. Los caballeros franceses exhibían las órdenes, y los desventurados señores o mayordomos se veían obligados a ofrecer comida y cobijo a los miembros de la embajada y a su séquito. No obstante, pese a dicha hospitalidad, los componentes de la escolta francesa trataban con visible desdén tanto a Corbett como a sus acompañantes, lo cual no era de extrañar, pensaba el escribano inglés, pues, aunque se había decretado una tregua armada entre Francia e Inglaterra, todo parecía indicar que ambos países no tardarían en enzarzarse en una nueva contienda.

Corbett se cansó muy pronto de las interminables y cotidianas tareas del viaje, a pesar de que los hombres como Blaskett sacaban buen provecho de ellas. Las pequeñas cosas sin importancia, las conversaciones y los chismorreos sobre dónde se sentaban fulano o zutano o cuánto dinero le debían a mengano entretenían a los viajeros, los cuales se consideraban afortunados por el hecho de formar parte de aquella embajada a Francia. Corbett sabía que muchos de sus compañeros aprovecharían la ocasión para mejorar su suerte, olvidándose de las llagas de sus traseros y sus muslos causadas por la prolongada permanencia sobre las sillas de montar, los albergues infestados de ratas, la comida rancia y el vino agriado que les aflojaban la tripa y convertían el viaje en una pesadilla. La presencia de los grandes no constituía ningún consuelo. El conde de Lancaster era un hombre malhumorado, malhablado y taciturno; y el de Bretaña era un sujeto muy arrogante cuyo mayor empeño era olvidar al precio que fuera su reciente expedición militar a Gascuña que lo había convertido en el hazmerreír de la corte inglesa. El escribano Waterton parecía un sujeto bastante amable, pero siempre se mantenía apartado menos cuando había alguna mujer a la vista. Entonces sus proezas casi rivalizaban con las hazañas amorosas de Ranulfo y muchas noches Corbett oía el rumor de las jaranas nocturnas, las palmadas de las manos sobre el suave trasero de alguna moza, las risas, los gritos y los retozos.

Sin embargo, en medio de las trivialidades del tedioso viaje, Corbett percibía una atmósfera de tensión y desconfianza. Una vez dejada atrás la ciudad de Boulogne, Corbett ya no tuvo la sensación de ser vigilado, pero intuyó el recelo de los personajes que encabezaban la embajada. El rey Eduardo le había dicho que los condes de Lancaster y Bretaña, el escribano Waterton y el joven y taciturno Henry Eastry, un monje de Canterbury y escribano del arzobispo Winchelsea, estaban al corriente de todos los asuntos secretos tratados en el consejo real y, por consiguiente, cualquiera de ellos podía ser el traidor que estaba entregando información y vidas inglesas a los franceses.

Corbett estudiaba en silencio a Eastry, Waterton y los dos condes, pero ninguno de ellos observaba una conducta sospechosa y todos trataban a los franceses con la misma displicencia que el resto de los componentes del grupo. Ninguno de ellos mantenía con los miembros de la escolta francesa más contactos que los estrictamente necesarios y no hacían el menor intento, ni siquiera secreto, de establecer comunicación con las autoridades francesas de las ciudades que atravesaban.

Tardaron dos semanas en llegar a las afueras de París después del viaje más aburrido que Corbett hubiera hecho en su vida. El escribano estaba harto de la monótona rutina, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que hubiera sido una ocasión ideal para una emboscada. Se encontraban en el camino de Beauvais, una ancha y trillada senda bordeada por grandes árboles, cuando aparecieron de repente unos atacantes. Vestidos de negro y con los rostros cubiertos por unas capuchas rojas, surgieron de entre los árboles y se abatieron sobre la expedición inglesa. Los miembros de la escolta francesa extrajeron sus espadas y empezaron a dar órdenes a gritos mientras los asaltantes se abalanzaban sobre ellos.

Corbett extrajo su larga daga y empezó a dar furiosos tajos en todas direcciones al tiempo que daba rápidamente la vuelta con su caballo por temor a que alguno de los atacantes se situara a su espalda y le diera una rápida cuchillada en la nuca. En medio de la refriega, mientras los temibles jinetes se lanzaban contra él, se dio cuenta de que estaba situado en pleno combate y le extrañó que los atacantes hubieran elegido el centro de la columna y no su cabeza, donde cabalgaban los condes de Lancaster y Richmond, o la cola, donde hubieran podido saquear los carros del equipaje. De pronto, una gigantesca figura se acercó a él con la capa volando al viento, los ojos ardiendo de furia a través de los agujeros del capuchón y el brazo levantado para descargar un golpe mortal con la maza. Corbett se inclinó sobre el cuello de su montura para clavar la daga en el vientre de su atacante, pero el hombre llevaba una sólida armadura bajo la capa. Corbett oyó el chirrido de la hoja mientras una punzada de dolor le subía por el brazo. No obstante, el fallido ataque obligó a su enemigo a soltar la maza y a volverse de lado, cubriéndose el estómago con las manos.

Corbett, con todo el cuerpo empapado de sudor, se volvió presa del terror, pero inmediatamente fue rodeado por otros atacantes mientras el resto de los ingleses empezaba a recuperar la iniciativa y los miembros de la escolta francesa, un tanto

perezosos al principio, contraatacaban con eficacia. Se oyeron gritos y maldiciones, los hombres caían o se asfixiaban sobre la silla de montar y la sangre manaba a borbotones de sus heridas abiertas. Las hachas, las dagas y las mazas cortaban el aire a diestro y siniestro y de vez en cuando se oía el estremecedor silbido de una flecha de ballesta. Ranulfo se acercó a su amo con el rostro cubierto de sangre y los ojos desorbitados por el miedo, echando blancos espumarajos a través de la boca. Gritaba en silencio, pero Corbett no le hizo caso, pues sus ojos estaban clavados en el ballestero en un intento de averiguar si este era amigo o enemigo. De repente, con la misma rapidez con que habían lanzado el ataque, los asaltantes se retiraron al galope hacia los campos en medio de una nube de polvo.

Corbett permaneció sentado en su silla de montar medio echado sobre el cuello de la montura, tratando de vencer las náuseas que amenazaban con provocarle un vergonzoso acceso de vómito. Reprimió los sollozos de su garganta y miró a su alrededor: había cuerpos diseminados por el camino y varios hombres que gritaban y soltaban maldiciones, quejándose de sus heridas. La larga columna había quedado interrumpida, dos caballos yacían muertos y un tercero, presa de una gran agitación, mostraba una gran herida en la garganta, de la cual se escapaba la sangre a borbotones. Poco a poco el orden se fue restableciendo. Había varios muertos, entre ellos dos soldados, un pinche de la casa del conde de Richmond y uno de los atacantes. Corbett oyó cómo los condes de Lancaster y de Richmond hacían comentarios a gritos sobre la existencia de «forajidos en las mismas puertas de París» y se quejaban de la «falta de protección», pero los caballeros franceses se encogieron de hombros y preguntaron en tono de disculpa si no había bandidos en Inglaterra.

El conde de Lancaster decidió reunir a Richmond, Waterton, Eastry y Corbett mientras, en el camino, los mayordomos y los oficiales restablecían el orden, los médicos curaban las heridas y los caballeros franceses requisaban un carro para trasladar a los muertos y a los heridos más graves a un castillo cercano. El conde de Richmond, con el rostro arrojado por la emoción, ardía en deseos de contar sus hazañas con la espada; Waterton, que no presentaba ni un solo rasguño, parecía un poco nervioso; Eastry miraba a su alrededor con la cara muy triste, pero fríamente distante, como si estuviera deseando terminar cuanto antes y regresar junto a los heridos, mientras que el conde de Lancaster no podía disimular su enojo y tenía el pálido rostro contraído en una mueca de cólera.

—Por supuesto que protestaré personalmente por este ataque ante el rey Felipe IV —dijo el conde, dando unas palmadas al cuello de su caballo mientras recorría con la mirada los rostros de los hombres que lo rodeaban—. Ahora tenemos que establecer si hemos sufrido el ataque de unos bandidos o si más bien se ha tratado de un asalto cuidadosamente planeado. Me inclino a pensar que ha sido esto último.

Un murmullo de asentimiento acogió sus palabras.

—Si así fuera —añadió el conde bajando la voz hasta convertirla en un áspero susurro—, el traidor tiene que ser uno de los nuestros.

—¿Por qué? —preguntó bruscamente Corbett—. Lo que quiero decir, mi señor, es que nuestra ruta fue planeada en Inglaterra y, a causa del rumor de los cascos de nuestros caballos, media Normandía tiene que haberse enterado de nuestra presencia.

Los ojos del conde de Lancaster se desviaron hacia el discreto y reservado escribano. No le gustaba Corbett, pensó el conde, le parecía demasiado receloso y seguro de sí mismo. Corbett vio encenderse en sus ojos un destello de desagrado y se guardó las restantes preguntas. El escribano no estaba de acuerdo con las conclusiones del conde, pues cabía la posibilidad de que el traidor fuera uno de ellos, pero el hecho de haber lanzado aquellas vagas acusaciones haría que todo el mundo se pusiera en guardia y dificultara más si cabe el descubrimiento de la verdad. El propio conde se daba cuenta de ello.

—Creo —añadió— que el traidor es uno de los nuestros, pero, cuando lleguemos a París, nos pondremos en contacto con Simon Fauvel, uno de los agentes del rey en la ciudad. Es posible que él haya oído algún comentario que nos ayude a arrojar un poco de luz sobre estos misterios.

El grupo regresó a la ya ordenada columna y reanudó su lento avance hacia los suburbios de París. Corbett ocupó de nuevo su lugar y le aseguró al preocupado Ranulfo que estaba bien y no había sufrido ninguna herida, por lo cual le agradecería mucho que mantuviera la boca cerrada y lo dejara en paz. Ranulfo se retiró murmurando unas palabras ininteligibles mientras Corbett meditaba acerca del ataque. Había oído comentar a uno de los miembros de la escolta francesa que no habían podido identificar a los asaltantes que habían resultado muertos porque no llevaban documentos ni el menor emblema o divisa. Corbett ya lo suponía: el ataque había sido planeado, pero lo que más le preocupaba era la razón por la cual la mayor ofensiva parecía haberse dirigido contra él. ¿Por qué, se preguntó, alguien lo había considerado tan peligroso como para hacerle objeto de un ataque tan violento? ¿Quién había transmitido semejante información a los franceses desde Inglaterra? Corbett se arrebujó en su capa. Tenía frío, más a causa del miedo que del cortante y gélido viento que le azotaba el cuerpo.

El viento obligó a los jinetes a pegarse a sus cabalgaduras para protegerse de las frías ráfagas de viento que penetraban a través de las destrozadas ventanas y los muros medio derruidos de la antigua iglesia. El hombre que ostentaba el mando, un mercenario bretón, soltó una maldición y golpeó el suelo con los pies en un intento de entrar un poco en calor. Estaba furioso a causa del fallido ataque y no quería ni pensar en su inminente encuentro con *monsieur* de Craon, el principal escribano y espía de Felipe IV, el cual se estaba acercando en aquellos momentos a él, sorteando cuidadosamente las ruinas. Para la supersticiosa mente del bretón, el bajito y moreno escribano francés, envuelto en su gruesa capa de lana negra, era algo así como una fiera infernal. El bretón no solía tener miedo de nadie, pero *monsieur* de Craon

exhalaba poder como una mujer hubiera podido exhalar perfume y jamás aceptaba los fracasos ni las discusiones.

De Craon se echó la capucha de la capa hacia atrás y se acercó al gigantesco bretón, en modo alguno intimidado por la voluminosa mole de su cuerpo.

—¿Habéis lanzado el ataque? —preguntó en un amable susurro.

—En efecto.

—¿Y habéis matado al hombre?

El bretón sacudió la cabeza.

—No, no hemos podido —contestó, retrocediendo al ver la repentina mirada de odio en los ojos de De Craon.

El espía estaba casi a punto de perder los estribos. Giró sobre sus talones, se alejó unos pasos y regresó mordiéndose el labio inferior en gesto de enfurecida impaciencia. Sacó seis bolsas de oro de debajo de la capa.

—Estas bolsas habrían sido vuestras si hubierais matado a ese hombre. — De Craon tomó una de las bolsas entre el índice y el pulgar, miró fríamente al bretón y la arrojó a los pies del soldado—. Pero, como habéis fracasado, solo recibiréis una.

De Craon se alejó, apretando entre sus manos las bolsas de monedas de oro con tal fuerza bajo la capa que los cantos de las monedas se le clavaron en la piel, pero él ni siquiera percibió el dolor. Deseaba con toda su alma que mataran a Corbett, pues lo odiaba por lo que era y por todo lo que hubiera sido capaz de hacer. El espía se detuvo un instante y se volvió para contemplar el ruinoso antealtar de la iglesia en la cual se había reunido con los asesinos y esbozó una sonrisa, pensando que ya habría otras ocasiones para arreglarle todas las cuentas a *monsieur* Corbett.

Capítulo IV

En París, Simon Fauvel, espía de Eduardo I en la corte francesa, permanecía arrodillado en una pequeña iglesia del barrio de los estudiantes de la orilla izquierda del Sena. A Fauvel le gustaba aquella mohosa iglesia, cuyas desnudas paredes y sencillas líneas le conferían un aire de pureza incontaminada por el brillo y los chillones colores del mundo exterior. Fauvel no era un hombre demasiado religioso, sino un individuo cínico, cansado de los misterios y las intrigas en medio de los cuales se desarrollaba su vida y del engaño, la mentira, las frases y las palabras que disfrazaban su codicia, su poder y su afán de dominio. Fauvel lo sabía todo: en su calidad de espía del rey Eduardo en la corte francesa, mantenía al rey debidamente informado de todos los acontecimientos, tratando de extraer el núcleo de la verdad entre la escoria de las mentiras.

Fauvel, «peritus» o abogado experto en asuntos gascones, se encargaba de negociar con los funcionarios y abogados franceses, ansiosos de ampliar los derechos de Felipe sobre el ducado. En aquel momento, pensó Fauvel presa del desánimo, Felipe IV se había apoderado del ducado y no parecía muy dispuesto a devolverlo. Como es natural, Fauvel protestó, pero los franceses se limitaron a encogerse de hombros y señalar que tales cuestiones no se podían resolver en un día.

Fauvel trató de aclararse los pensamientos y concentrarse en la razón que lo había inducido a visitar aquella iglesia. Era el aniversario de la muerte de su mujer y, todos los años, él dedicaba una hora a rezar por su alma en la misma fecha y hora en que sus estertores cesaron y ella murió a causa de la fiebre, acompañada tan solo por un cura iletrado, pues él se encontraba en Francia por asuntos del rey. Jamás se lo perdonó a sí mismo y juró que todos los años, en la fecha y la hora de su muerte y del abandono a que él la condenó, Dios lo vería rezando de rodillas. Fauvel se rascó la incipiente calva, hizo una mueca de desagrado al percibir el frío de las gélidas baldosas del suelo que le estaba penetrando en las rodillas y los muslos y trató de no distraerse pensando en lo que acababa de descubrir. En Inglaterra había un traidor y los franceses estaban tan bien informados de los consejos de Eduardo como lo estaban de sus propios planes y maquinaciones. Fauvel había preferido no comunicar al rey Eduardo sus inquietudes, pero esperaba que la embajada inglesa encabezada por el conde Edmundo de Lancaster, hermano del rey, no tardara en llegar a París. El espía lanzó un profundo suspiro.

No lograba concentrarse en la oración y las campanas de Notre Dame no tardarían en anunciar la hora de vísperas, la hora de oración pública que marcaba también el comienzo del toque de queda. Fauvel se levantó, se desperezó y se frotó los muslos para desentumecerlos. París era una ciudad peligrosa por la noche y él ya estaba empezando a preocuparse por Nicholas Poer, el espía de la Cancillería inglesa cuyas habituales reuniones con él habían cesado brusca e inesperadamente. ¿Estaría vivo o muerto?, se preguntó Fauvel. Sacudió la cabeza, pensando que tales cuestiones

tendrían que esperar a que llegara el conde de Lancaster.

Fauvel se echó la capucha sobre el rostro, contempló la desierta y espectral iglesia y salió a la angosta y oscura calle. Algunos viandantes aún no se habían recogido, pero él apuró el paso, deseoso de regresar cuanto antes a su casa. Un mendigo surgió de las sombras, suplicando limosna. Fauvel lo apartó a un lado, pero el hombre lo siguió, tirando de su capa mientras le pedía con voz lastimera un sueldo. Fauvel se volvió y soltó una maldición, pero el mendigo insistió y le siguió cual si fuera un alma en pena, protestando en voz alta y lanzando imprecaciones. Al llegar a la puerta de su casa, Fauvel se detuvo exasperado, se volvió y rebuscó en su bolsa.

—¡Toma y largo de aquí!

El mendigo asió a Fauvel por la muñeca con una manó tan fuerte que dejó sorprendido al cauteloso agente inglés. Hubiera tenido que ser un poco más juicioso, pensó Fauvel, pero fue demasiado tarde, pues, mientras trataba de retroceder, el mendigo se abalanzó súbitamente sobre él, alargó la otra mano en la que ocultaba una daga y se la clavó directamente en la garganta.

Corbett se abrió paso entre el bullicio del gentío que llenaba las calles de la ciudad. Llevaba siete días en París y procuraba olvidar sus cuitas, admirando las bellezas de la autodenominada capital de Europa. París, que se extendía desde los grandes bulevares de la orilla derecha del Sena hasta los Jardines de Luxemburgo en la izquierda, se había desarrollado alrededor de los castillos y las mansiones del rey y ya estaba alcanzando las lujosas residencias de los príncipes mercaderes y las casas de madera y argamasa de los artesanos.

La ciudad de París tenía su centro en la Île de la Cité del Sena, en la que se levantaban la catedral de Notre Dame, el Hotel de Dieu y el Palacio Real del Louvre. La ciudad estaba gobernada por el rey, pero dominada por los gremios. Cada oficio tenía su propio barrio. Los boticarios en el centro; los oficios literarios, los vendedores de pergaminos, los amanuenses, los iluminadores y los vendedores de libros en el barrio latino de la orilla izquierda del Sena; y los cambistas, los judíos, los lombardos y los orfebres en el Grand Port. Mientras se acercaba al Grand Châtelet, Corbett observó que los oficios, que tenían prohibido anunciar sus mercancías, exhibían grandes reclamos como, por ejemplo, un enorme guante, una mano de almirez o un sombrero.

París era una próspera ciudad repleta de mercados: el del pan en la Place Maribet; el de la carne en el Grand Châtelet, las salchichas en St. Germain y las flores y chucherías en el Petit Port. Corbett bajó por la gran avenida por la que hubieran podido circular tres carros el uno al lado del otro hasta llegar a la Grand Orberie o mercado de las hierbas en el muelle del otro lado de la Île de la Cité. Le encantaba aspirar la suave fragancia de las hierbas machacadas, pues le recordaban su tierra natal del oeste de Sussex y, a pesar de su timidez, gustaba de perderse entre la gente y

observar la astucia con la que los comerciantes vendían sus productos. Corbett paseó entre los tenderetes, tratando de adivinar qué carniceros dejaban sangrar la carne o utilizaban la sangre para refrescar las agallas del pescado podrido. Le fascinaban el engaño y la habilidad con la que ciertas cosas se podían presentar de tal forma que parecieran justamente lo contrario de lo que eran.

La política utilizaba unos procedimientos muy parecidos. Corbett estaba asombrado de lo que había ocurrido desde su llegada a París y necesitaba tiempo para pensar, meditar y analizar. A los enviados ingleses les habían ofrecido una enorme mansión cerca del principal puente del Sena, un inmenso edificio almenado, con unas altas y airosas torres y un gran patio. Allí los ingleses se encontraron enseguida a sus anchas, pues los hombres tan amantes del poder como Blaskett se encargaban inmediatamente de ordenarlo todo, comprar provisiones y mandar que se limpiaran las cocinas para que se pudieran utilizar enseguida. Al tercer día de su llegada a París, los principales representantes de la embajada inglesa fueron invitados a reunirse con el rey Felipe y su consejo en el Palacio del Louvre, en la Île de la Cité. Los habían conducido a la inmensa sala del palacio, adornada con unos estandartes de color rojo sangre, exquisitos tapices y colgaduras con los colores azul y oro de la Casa Real.

El suelo estaba cubierto de juncos, sobre los cuales se habían esparcido perfumadas flores primaverales y, alrededor de la gran mesa de roble macizo que se levantaba sobre un estrado al fondo de la sala, se habían dispuesto unos grandes candelabros de hierro en los que ardían unas velas de pura cera de abeja. El conde de Lancaster, Corbett y los demás enviados ingleses acababan de tomar asiento a un lado de la mesa, pero se apresuraron a levantarse en cuanto sonaron las trompetas y el rey Felipe entró en la sala en compañía de su séquito. A Corbett le llamaron poderosamente la atención los ricos ropajes del soberano francés, vestido de pies a cabeza con una capa de terciopelo azul ribeteada de costoso armiño más blanco que la nieve y una túnica bordada con plateadas flores de lis y recogida en la cintura con una gruesa faja de oro. El rubio cabello, coronado por una diadema de plata, le llegaba hasta los hombros y enmarcaba su pálido rostro, sus ojos entornados, su nariz aguileña y sus finos labios exangües.

Felipe IV, derramando magnificencia con todos sus gestos, inclinó la cabeza hacia el conde de Lancaster antes de tomar asiento en un gran sillón de roble a la cabecera de la mesa, desde donde, con un cansado gesto de la enguantada mano, indicó a los enviados ingleses y a los miembros de su séquito que tomaran asiento alrededor de la mesa. Corbett así lo hizo, pero estuvo a punto de volver a levantarse de un salto al ver a una pequeña y oscura figura al lado del monarca francés. El hombre lo estaba mirando enfurecido, sin molestarse en disimular la rabia que ardía en sus ojos. Corbett volvió a mirarle con incredulidad, pero no cabía la menor duda de que aquel era Amaury de Craon, enviado especial de la corona francesa. Corbett lo había conocido años atrás en Escocia y, a juzgar por la furia de sus ojos, estaba claro que el enviado francés no había olvidado ni perdonado la forma con la que Corbett

consiguió burlarlo. Corbett apartó la mirada, trató de calmar su espíritu y disimuló su sorpresa bajo una inescrutable y diplomática serenidad.

Felipe IV se aseguró de que sus amanuenses estuvieran debidamente sentados junto a una mesita a su espalda y dio comienzo a las acostumbradas galanuras cortesanas, haciendo las presentaciones de rigor e interesándose por la salud de su amado «primo» el rey Eduardo de Inglaterra. Corbett miró de soslayo al conde de Lancaster, el cual debía de pensar que todo aquello era demasiado y ya estaba casi a punto de atragantarse de furia cuando el rey francés, rígidamente sentado en su asiento con los ojos clavados en un punto situado por encima de las cabezas de los enviados ingleses, siguió adelante hablando con voz monótona y, sin molestarse en hacer una pausa para que el conde de Lancaster pudiera contestar, expuso con toda claridad la situación de Gascuña tal y como él la veía: él era el señor feudal del ducado y Eduardo, por muy rey de Inglaterra que fuera, en su calidad de duque de Gascuña, era su vasallo. Los señores gascones de Eduardo habían atacado unas propiedades francesas, lo cual significaba que Eduardo había quebrantado el vínculo feudal y, por consiguiente, el ducado había vuelto a las manos de su señor el rey francés. Al oírlo, el conde de Lancaster ya no pudo reprimir por más tiempo su cólera.

—Majestad —dijo, interrumpiendo sin la menor consideración al rey Felipe—, es muy posible que hayáis tenido motivos justificados para tomar el ducado, pero ¿con qué derecho lo retenéis ahora en vuestro poder?

—Muy sencillo —terció suavemente De Craon—, las tropas francesas ocupan todo el ducado y ahora nosotros estamos en ascuas, esperando vuestra respuesta.

Los enviados ingleses ya habían discutido previamente las estrategias y tácticas que deberían emplear cuando se reunieran con los franceses, por lo que el conde de Lancaster, reprimiendo la antipatía que le inspiraba Corbett, le había pedido a este que interviniera siempre que lo considerara oportuno.

—Majestad —se apresuró a responder el escribano antes de que el conde de Lancaster pudiera hacer algún comentario imprudente—, ¿significa esto acaso que nuestros dos países están en guerra? Si así fuera —añadió, extendiendo una mano como si quisiera imitar los gestos de De Craon—, nuestra reunión ha terminado y suplicamos vuestra venia para retirarnos.

—*Monsieur* Corbett —dijo el rey francés esbozando una sonrisa casi imperceptible—, no lo habéis entendido; De Craon estaba describiendo la situación tal y como es ahora y no como debería ser.

El inglés captó inmediatamente la frase «debería ser» e inmediatamente se inició una prolongada discusión acerca de las futuras negociaciones. Corbett permaneció sentado con expresión imperturbable, sabiendo que tanto De Craon como su amo y señor el rey Felipe IV lo estaban estudiando en silencio. Las palabras «alodial», «feudo», «derechos feudales» y «señoría feudal» volaban de un lado para otro cual si fueran plumas. Corbett comprendió que los franceses deseaban conservar el ducado

el mayor tiempo posible. Pero tanto él como el conde de Lancaster, que se había estado comunicando con él en susurros, creían que los franceses no pretendían simplemente ganar tiempo, sino que el hecho de que se hubieran apoderado de Gascuña era solo una parte de un plan mucho más amplio. Los argumentos iban de un lado a otro de la mesa hasta que, al final, ambas partes acordaron reanudar las discusiones más adelante. No obstante, había otros asuntos y el conde de Lancaster fue directamente al grano.

—Majestad —dijo sin andarse por las ramas—, Simon Fauvel, el agente inglés en París, ha desaparecido.

—No ha desaparecido —señaló irónicamente De Craon—. Lamento decir que *monsieur* Fauvel ha muerto. Probablemente fue víctima de una de esas bandas de mendigos que andan vagando por las calles.

Sus palabras provocaron unos murmullos de protesta de los escandalizados ingleses.

—¡Eso es inadmisible! —replicó el conde de Lancaster—. ¡Nos atacan en las afueras de París y el agente del rey inglés es asesinado en la ciudad! ¿Tan poco vale la autoridad del rey de Francia que tan fácilmente se puede quebrantar la sagrada protección de los enviados?

—¡*Monsieur* de Lancaster! —exclamó Felipe—. Os ruego que examinéis los hechos: nuestros enviados también han sufrido agresiones en Inglaterra, el ataque en las afueras de París fue muy lamentable, os pedimos disculpas y os podemos asegurar que el preboste de la ciudad está buscando por todas partes a los culpables. En cuanto a *monsieur* Fauvel —añadió secamente el rey—, parece ser que vuestro agente hizo caso omiso de nuestro consejo. Salió solo de noche, incumpliendo las órdenes de no andar por las calles después del toque de queda. Como podréis comprender, lamentamos mucho esos incidentes, pero han sido solo dos, ¿no es cierto?

El conde de Lancaster advirtió la trampa y la evitó hábilmente. Felipe los estaba pinchando, con la esperanza de que hicieran alguna referencia al ataque contra el *Saint Christopher* y a la muerte de Nicholas Poer. Corbett sabía que si el conde de Lancaster hubiera planteado aquellas cuestiones, habría tenido que explicar las misiones secretas que estaban desarrollando tanto el *Saint Christopher* como Poer. Sin embargo, Felipe IV no estaba dispuesto a abandonar el tema.

—Vuestro señor, nuestro amadísimo Eduardo —añadió—, está viviendo unos tiempos muy revueltos. En sus cartas me hace veladas alusiones a la traición y a los traidores que lo rodean. —El rey Felipe extendió las manos muy despacio—. Pero ¿qué podemos hacer?

Los enviados ingleses, Corbett incluido, estaban tan sorprendidos que no pudieron contestar al insulto, por lo que el conde de Lancaster se levantó, inclinó la cabeza e hizo señas a sus acompañantes de que se retiraran.

Capítulo V

La reunión que tuvo lugar a continuación fue breve, pero más bien descorazonadora y en ella el conde de Lancaster resumió claramente la posición inglesa: Felipe retendría Gascuña en su poder el mayor tiempo posible y solo devolvería el territorio en unas condiciones plenamente ventajosas para los franceses. Además, Felipe IV creía que él tenía la sartén por el mango (cosa con la cual los demás se mostraron amargamente de acuerdo) y pretendía llevar a efecto un gran plan o designio contra Eduardo. Lo más preocupante, sin embargo, había sido la descarada provocación de Felipe al insinuar que él estaba al corriente de la presencia de un traidor en el consejo de Eduardo y que la muerte de Fauvel y el ataque en el camino de Beauvais habían sido algo así como hurgar en una herida abierta. La reacción de los demás miembros de la embajada inglesa fue la esperada: Richmond se puso furioso, Eastry observó fríamente que habían hecho todo lo que habían podido y ahora deberían abandonar el país, mientras que Waterton permaneció en silencio, aparentemente deseoso de marcharse cuanto antes. Al final, el conde de Lancaster los despidió a todos, pero le pidió a Corbett que se quedara. El conde cerró la puerta de la cámara y fue directamente al grano.

—No os tengo el menor aprecio, Corbett —explicó—, sois demasiado reservado y misterioso. Carecéis de experiencia diplomática y, sin embargo, mi augusto hermano os ha enviado aquí y es evidente que confía en vos, ¡más que en mí! —añadió amargamente el conde. Corbett se limitó a mirarle en silencio—. Supongo, mi señor escribano, que os habrán enviado para que descubráis al traidor y os aconsejo que empecéis a hacerlo.

—Si lo hiciera —replicó sarcásticamente Corbett—, ¿por dónde me aconsejaríais vos que empezara?

—Bueno pues —replicó el conde con aspereza—, ¡podríais seguir vigilándonos de la misma manera que yo, maese Corbett, os seguiré vigilando a vos!

—¿Y en segundo lugar?

—¡Descubrid quién ha matado a Poer y Fauvel!

Corbett hubiera deseado que el conde le explicara cómo hacerlo, pero el hermano del rey ya se había vuelto de espaldas, señal inequívoca de que la reunión ya había terminado.

Y ahora Corbett, en compañía del parlanchín Ranulfo, estaba recorriendo las calles, pasadizos y callejones de París. Les habían facilitado algunos datos acerca de Poer y Fauvel. Los relativos al primero de ellos eran muy escasos: una breve descripción del hombre y la taberna que solía frecuentar. Tras toda una serie de pesquisas, interminables preguntas y miradas de extrañeza ante su acento extranjero, Corbett había localizado finalmente la taberna donde Poer había sido visto por última vez. No le había servido de mucho, pues el bajito y antipático tabernero se había limitado en tono malhumorado a describir a un hombre que aquella noche en concreto

había comido y bebido allí y cuyo aspecto coincidía con la descripción de Poer: no, iba solo, no, se fue solo, nadie lo siguió y la única persona que salió aproximadamente a la misma hora fue un mendigo tullido. Corbett trató de sacarle algo más, pero el tipo le miró frunciendo el entrecejo, dio media vuelta y soltó un escupitajo.

El escribano decidió visitar a continuación la casa del difunto Fauvel, por lo que, acompañado de Ranulfo, se abrió paso entre el gentío que esperaba a la orilla del Sena la llegada de las barcazas que transportaban los productos de las alquerías de las afueras de la ciudad. Cruzaron uno de los grandes puentes de piedra del Sena y recorrieron las callejuelas que serpeaban por detrás de la sillería labrada de la catedral de Notre Dame. Ranulfo no paraba de hacer preguntas, pero al ver que su amo se negaba a contestar, se sumió en un enfurruñado silencio. Al final, encontraron la rue Nesle, una angosta callejuela por cuyo centro discurría un profundo albañal con enormes montones de basura apilados en sus bordes. Las casas de ennegrecida madera y sucio enlucido estaban apretujadas las unas contra las otras, tenían tres o cuatro pisos de altura y cada piso parecía colgar sobre el inferior. Las ventanas estaban protegidas por postigos de madera, algunas de ellas disponían de paneles de cuerno y unas pocas tenían vidrieras de colores. Corbett encontró el edificio que buscaba y llamó al panel de cristal de la puerta. Se oyó un rumor de pisadas, se abrió la puerta y una arrogante mujer de mediana edad, ataviada con un amplio vestido de velludillo, miró con los labios fruncidos al escribano inglés.

—*¿Qu'est ce que?*^[3]

—*Je suis anglais. Je cherche...*^[4] —contestó Corbett.

—Hablo inglés —dijo la mujer, interrumpiéndole—. Soy de Devon y mi difunto esposo era mercader de vinos de Burdeos. Cuando murió, convertí parte de esta casa en posada para los visitantes ingleses en París. Ya sé —añadió en voz baja—, habéis venido por maese Fauvel, ¿no es cierto?

Corbett sonrió.

—En efecto, *madame*, y os agradecería mucho que me pudierais facilitar alguna información sobre su muerte.

Pensó que la mujer quizá los invitaría a entrar, pero, en su lugar, esta se encogió de hombros y se apoyó contra la puerta.

—Poco os puedo decir —contestó, señalando con el dedo la calle llena de barro—. ¡Lo encontraron aquí, con un puñal clavado en la garganta!

—¿Nada más?

—No —contestó la mujer, mirando primero a Corbett y después a Ranulfo, el cual la estaba mirando a su vez con mal disimulada lascivia. La mujer se ruborizó al ver su descarada sonrisa de admiración y trató de responder—. No había nada —balbució—, solo las monedas.

—¿Qué monedas?

La mujer señaló el suelo de tierra de la calle.

—Aquí, unos pocos *sous* tirados en el suelo;

—¿Se le habían caído de la bolsa?

—No, más bien de la mano, como si hubiera estado a punto de dárselos a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé —contestó la mujer con aspereza—, tal vez a un mendigo.

—Ah —exclamó Corbett, lanzando un profundo suspiro.

Era posible, pensó, muy posible. No sabía por qué razón habían muerto Fauvel y Poer ni quién había dado la orden, pero adivinaba cómo y por quién. Cuando el escribano se volvió dando las gracias en un susurro, la mujer lo llamó.

—*Monsieur*, ¿necesitáis alojamiento?

Corbett sacudió la cabeza sonriendo. Él no regresaría a aquella casa, pero, a juzgar por la expresión del rostro de Ranulfo, su criado lo haría con toda certeza.

Corbett se reunió con los demás miembros de la embajada inglesa sabiendo lo que les había ocurrido a Poer y Fauvel, por más que solo fuera una conjetura. Sin embargo, aunque sus deducciones fueran acertadas, no podría hacer nada sino esperar, por cuyo motivo decidió centrar su atención en sus compañeros. Los condes de Lancaster y Richmond no le interesaban demasiado, Eastry era un tipo muy frío que se pasaba casi todo el tiempo encerrado en su pequeña cámara y, por consiguiente, solo le quedaba Waterton, un brillante escribano de mente lógica y ordenada cuya valía había quedado demostrada en el resumen que había redactado de la reunión con el rey Felipe de Francia. Como cortesía, los ingleses y los franceses se habían intercambiado unos memorandos de la reunión mantenida en el palacio del Louvre y Felipe IV se había mostrado tan favorablemente impresionado por la labor del escribano que le había enviado una bolsa de monedas como regalo.

Pese a ello, el comportamiento de Waterton desconcertaba a Corbett: el hombre se mantenía siempre apartado y aprovechaba la menor oportunidad para salir a pasear por las calles, de las que no regresaba hasta las primeras horas del día siguiente a no ser que se requirieran sus servicios como amanuense. Semejante conducta no inspiraba demasiadas sospechas a Corbett, pues París y sus burdeles constituían una poderosa atracción. Sin embargo, conforme pasaban los días, Waterton se iba mostrando cada vez más reservado. Corbett observó también que, cuando los funcionarios o mensajeros franceses visitaban la casa donde ellos se alojaban, siempre preguntaban por *monsieur* Waterton y le llevaban regalos. Incluso en cierta ocasión a Corbett le pareció ver que uno de los franceses le entregaba disimuladamente un pergamino.

Al final, el escribano le pidió a Ranulfo que siguiera a Waterton en una de sus expediciones nocturnas, pero el criado regresó sin haber conseguido su propósito.

—Le seguí un buen trecho —explicó con aire cansado—, pero, de pronto, me vi rodeado por un grupo de borrachos y, cuando estos averiguaron que yo era inglés, empezaron a darme empujones y a burlarse de mí. Cuando logré librarme de ellos, Waterton ya había desaparecido.

Corbett, picado por la curiosidad, decidió interrogar a Waterton.

Eligió cuidadosamente el momento: un domingo después de misa, encontró a Waterton solo en su pequeña cámara sin ventanas. El escribano estaba sentado junto a una mesa redactando una carta, rodeado por varios rollos de pergamino, piedras pómez, plumas y tinteros. Corbett, disculpándose por la interrupción, inició una intrascendente charla sobre el tiempo, la reciente reunión con los franceses y la posible fecha de su regreso a Inglaterra. Waterton se mostró cortés pero cauteloso, sin que su alargado rostro dejara traslucir otra cosa que no fueran las huellas del cansancio y la tensión. Mientras hablaba, Corbett reparó en el elegante atuendo de su compañero, sus suaves botas de cuero, su capa de pura lana, los calzones, el jubón y el fino encaje de Holanda que le asomaba por el cuello. Waterton llevaba una cadena de plata alrededor del cuello y un anillo de amatistas en el dedo meñique de la mano izquierda. Se veía a la legua que era muy mujeriego, pensó Corbett.

—¿Os parezco interesante, maese Corbett? —preguntó repentinamente Waterton.

—Sois un excelente escribano —contestó Corbett—. Pero parecéis muy reservado. Apenas os conozco.

—¿Y por qué deberíais conocerme?

Corbett se encogió de hombros.

—Todos estamos encerrados juntos en esta casa —contestó—. Nos enfrentamos con un peligro común y, sin embargo, vos salís a pasear por París, incluso después del toque de queda.

Waterton tomó un afilado abrecartas y empezó a cortar un trozo de vitela siguiendo la línea con toda precisión. Después empezó a frotar el pergamino con la grisácea piedra pómez hasta dejar la superficie tan suave como la seda. Una vez terminada su tarea, levantó los ojos.

—¿Qué estáis insinuando, Corbett?

—Nada. No insinúo nada. Os he hecho simplemente una pregunta.

Waterton frunció los labios en gesto de hastío y posó la piedra pómez sobre la mesa.

—Mirad, Corbett —dijo en tono cortante—. Mis asuntos son cosa mía. Vos me estáis vigilando como si fuerais una chismosa de pueblo. Mi padre era un acaudalado mercader y de ahí procede mi relativa riqueza. Mi madre era francesa y, por consiguiente, hablo con fluidez el idioma y no me da miedo pasear por una ciudad francesa. ¿Estáis satisfecho?

Corbett asintió con la cabeza.

—Os pido disculpas —dijo sin experimentar la menor contrición—. Eran solo unas preguntas.

Waterton le miró enfurecido y reanudó su tarea de frotar el pergamino. Corbett se retiró, lamentando con toda su alma no haber conseguido nada como no fuera alertar a Waterton y ponerlo en guardia.

El escribano no le comunicó sus sospechas al conde de Lancaster, el cual lo

evitaba deliberadamente desde la última reunión que celebrara con él. Además, ya había anunciado la fecha del regreso a Inglaterra y estaba ocupado con los preparativos del viaje. El conde, que no había olvidado el ataque sufrido en Beauvais, exigía salvoconductos y un incremento de la escolta militar que debería acompañarlos hasta la costa. Como siempre, el rey Felipe puso reparos, señalando que el conde de Lancaster no debía de fiarse mucho de él, lo cual obligó al conde a enzarzarse en unas complicadas negociaciones y a soportar las astutas insinuaciones y las sutiles burlas de la corte francesa, todo lo cual no contribuía precisamente a mejorar su estado de ánimo.

Corbett seguía esperando. Los emisarios y funcionarios franceses visitaban con frecuencia la casa y, en una de las ocasiones, Corbett vio con toda claridad que uno de ellos le entregaba a Waterton un trozo de pergamino. Estuvo tentado de interpelar a su compañero allí mismo, pero comprendió que haría el mayor de los ridículos si el asunto no tuviera la menor trascendencia. Pero aquella misma noche, arrebujaado en una gruesa capa de soldado y con una espada y una daga colgadas del cinto, siguió a Waterton cuando este abandonó la casa, se adentró por todo un laberinto de callejuelas y cruzó varias plazas, pasando por delante de las casas a oscuras. Corbett caminaba muy despacio, vigilando desde lejos a su presa por si hubiera otros silenciosos protectores de aquel nocherniego escribano inglés.

Al final, Waterton entró en una taberna y Corbett se quedó fuera, vigilando la puerta iluminada y las cuadradas ventanas con los postigos cerrados. Las calles estaban desiertas, a excepción de algún que otro mendigo borracho o los soldados que hacían las rondas nocturnas del barrio con el constante acompañamiento de sus chirriantes cotas de malla. Corbett, oculto entre las sombras, los vio pasar iluminados por la fuente de luz de la antorcha que portaba el que iba delante. Aparte los canturreos de los soldados y el rumor de la taberna, el silencio de la calle era opresivo. Corbett pegó un brinco mientras una rata surgida de un montón de basura de una esquina soltaba un chillido y un enorme gato la atrapaba entre los dientes y se alejaba corriendo bajo la fina y helada llovizna que había empezado a caer.

Las casas del otro lado de la calle se elevaban como una gigantesca y oscura mole, el cielo nocturno se estaba empezando a encapotar y, de repente, la luna llena primaveral quedó cubierta por unos densos nubarrones. Corbett se estremeció, se arrebujaó en su capa y procuró concentrarse en la rendija de luz que señalaba la puerta de la taberna, preguntándose cuándo saldría Waterton. ¿Acaso pensaba quedarse toda la noche de jarana allí dentro? ¿O tal vez la persona con quien se tenía que reunir ya estaba con él? El escribano maldijo su propia estupidez, pensando que por lo menos hubiera tenido que intentar resolver la cuestión en el momento en que Waterton había entrado en la taberna. Ahora ya no se atrevía a acercarse a la puerta.

Las dudas de Corbett quedaron súbitamente resueltas por el rumor de unas botas sobre los adoquines de la calle. Dos figuras encapuchadas surgieron de la oscuridad. La primera entró en la taberna, pero la segunda se detuvo bajo la luz que había junto

a la puerta, se echó la capucha hacia atrás y miró rápidamente a su alrededor. Corbett contrajo los músculos. Era De Craon. El escribano inglés esperó a que los dos personajes entraran en la taberna y, al cabo de un ratito, cruzó la calle y miró a través de una rendija de un postigo.

La taberna estaba débilmente iluminada por unas lámparas de aceite fijadas a la pared. Corbett miró hacia el fondo de la sucia sala y vio a Waterton en compañía de De Craon y la otra persona. Esta se echó la capucha hacia atrás y dejó al descubierto un cabello negro como ala de cuervo y un rostro que la mismísima Helena de Troya le hubiera envidiado, con una tez tan delicada como el alabastro, unos carnosos labios rojos como la grana y unos grandes ojos oscuros. A pesar de la escasa iluminación, Corbett pudo ver que Waterton estaba muy tranquilo y se alegraba de la presencia de sus visitantes. Asiendo las muñecas de la joven, el escribano volvió la cabeza y le pidió a gritos al tabernero el mejor vino que tuviera. Corbett ya había visto lo suficiente y, al volverse, estuvo a punto de lanzar un grito de terror al tropezarse con una desgreñada figura acurrucada a su espalda.

—¡Un sueldo por el amor de Dios —gimoteó el mendigo—, un sueldo!

Corbett contempló el mugriento rostro y los ardientes ojos del mendigo e inmediatamente se apartó, dio media vuelta y echó a correr más raudo que el viento por la oscura callejuela. Se detuvo para prestar atención por si alguien lo seguía. A pesar de que estaba casi sin resuello, reanudó la carrera, extravió el camino y subió por varios callejones hasta que, en determinado momento, resbaló, emitió un jadeo al pisar unos montones de basura, perdió el equilibrio y cayó en un albañal lleno de excrementos que discurría por el centro de la calle. Tuvo que esconderse más de una vez para que no le viera la guardia y, en otro momento, empujó y arrojó al suelo a una pobre pordiosera que había surgido de las sombras para pedirle limosna. Extrajo la daga y, sosteniéndola en la mano delante de su pecho, siguió corriendo hasta llegar a su alojamiento, trastornado y sin respiración.

Capítulo VI

A la mañana siguiente, Corbett se quedó en su cuarto y envió a Ranulfo a un falso recado. Estaba muerto de cansancio después de los terrores de la víspera. Se mareaba solo de pensar en aquellas silenciosas y desiertas calles y en lo cerca que había estado de la muerte. Temía verse obligado a repetir la experiencia y permaneció todo el día en su habitación, tratando de desentrañar el significado de la caótica información que había adquirido. Waterton era medio francés, trabajaba como escribano del consejo real de Inglaterra y, por consiguiente, estaba al corriente de todos los planes secretos del rey Eduardo. Se comportaba de una forma sospechosa, era tratado con especial deferencia por los franceses, se reunía de noche con De Craon, lo cubría todo con el manto del secreto y parecía disponer de una cantidad ilimitada de dinero. ¿Sería él el traidor? ¿Quién era la chica? ¿Y por qué medio transmitiría Waterton la información a De Craon cuando regresara a Inglaterra?

Cayó la noche y Corbett se levantó de su jergón. Había pensado en la posibilidad de solicitar ayuda al conde de Lancaster, pero aún no se atrevía a revelar a nadie sus descubrimientos. Sin embargo, sí le pidió al mayordomo de la casa del conde de Lancaster ciertos objetos que necesitaba. El hombre lo miró extrañado, pero le facilitó lo que había pedido. Corbett bajó por la estrecha escalera de caracol al comedor con sus negras vigas, sus desnudas paredes encaladas, la alargada mesa con bancos a cada lado, los candelabros de pared y los oxidados braseros de carbón. Los franceses, tal como el conde de Lancaster no se recataba en comentar, no se tomaban demasiadas molestias en ofrecerles un cómodo alojamiento. Las habitaciones estaban sucias y se oían constantemente los gritos de los cocineros desde la despensa o la cocina, quejándose de las dificultades con que tropezaban a cada paso.

Por la noche, la cena no solía ser un momento demasiado placentero. El conde de Lancaster se limitaba a contemplar la comida con cara de asco; el conde de Richmond guardaba silencio cuando estaba de mal humor o bien se dedicaba a contar con entusiasmo los aburridos detalles de su desastrosa campaña gascona del año 1295 que jamás se cansaba de justificar. Eastry, tras haber rezado la oración del *Benedictus*^[5], picaba un poco de comida, habitualmente rancia bajo la salsa y las especias, y se sumía en un enfurruñado silencio. Waterton comía rápidamente y se retiraba con toda la celeridad que le permitía la educación. Aquella noche no fue distinta de las anteriores. Waterton saludó con la cabeza a Corbett, hizo la habitual reverencia ante el conde de Lancaster y salió a la calle.

Corbett salió poco después, siguiendo el mismo camino que la víspera. Muy pronto vio a Waterton caminando con paso decidido y no tuvo la menor dificultad en seguirle, pues el escribano se dirigió a la misma taberna. Corbett se ocultó en las sombras e inició la vigilancia. Esta vez no se concentró exclusivamente en la puerta de la taberna sino que, de vez en cuando, miraba también a su alrededor, pero no vio

ni oyó nada. Solo la luz y los amortiguados rumores de la taberna quebraban la silenciosa amenaza de la oscura calle.

Al final, llegaron De Craon y su acompañante, y esta vez entraron rápidamente en la taberna sin detenerse ni volver la mirada hacia atrás. Corbett esperó unos segundos, cruzó la calle y miró a través de la rendija del postigo. Waterton, De Craon y la dama estaban sentados alrededor de la misma mesa. El escribano contempló la escena, aguzando nerviosamente el oído mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. Hubiera deseado huir corriendo del peligro que acechaba en la sombra. Un leve sonido lo indujo a volver la cabeza. El mismo mendigo de la víspera levantó los ojos hacia él, agachado a cuatro patas sobre unas tablillas de madera.

—Un sueldo, señor, solo un sueldo.

Corbett introdujo la mano en la bolsa y la alargó lentamente para entregarle una moneda. Más tarde, el escribano no pudo describir realmente lo que ocurrió, a pesar de que la escena entró a formar parte de sus pesadillas. El mendigo levantó la mano y, de repente, se abalanzó sobre él, blandiendo una daga. Corbett se desvió hacia un lado, pero la daga que el mendigo ocultaba entre sus andrajos le melló el camisote que llevaba bajo la capa. Corbett contraatacó clavando su daga en la garganta del mendigo y este contempló con asombro la sangre que brotaba de su herida y le bajaba por el pecho antes de doblar la cintura y desplomarse sobre el barro de la calle.

Corbett se apoyó contra el muro de la taberna, procurando dominar los sollozos que se escapaban de su garganta mientras miraba a su alrededor, pero el peligro ya había pasado. Contempló el cuerpo de su atacante y le dio cuidadosamente la vuelta con el pie. Apartando la vista de los empañados ojos y el desigual corte de la garganta, registró el cadáver, pero no encontró nada. Se levantó y miró a través de las rendijas del postigo, pero Waterton aún estaba conversando con sus acompañantes, ajeno por completo a la horrible y silenciosa tragedia que se acababa de escenificar en la calle.

A la mañana siguiente, Corbett se aseguró de que Waterton hubiera regresado al alojamiento y fue a ver al conde de Lancaster. Cuando le reveló sus sospechas y le contó lo que había ocurrido la víspera, el conde se rascó la barbilla todavía sin rasurar y le miró con los ojos entornados.

—¿Y cómo es posible que ya estuvierais preparado para el ataque de un mendigo?

—Porque alguien como él —contestó Corbett— mató a Poer y a Fauvel.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Pues porque la única persona que, según el tabernero, estaba cerca de Poer era un mendigo.

—¿Y qué me decís de Fauvel?

—Lo apuñalaron delante de su casa. Le quitaron la bolsa para simular un robo, pero él aún sostenía en la mano unas cuantas monedas. La única explicación razonable es la de que estaba a punto de dar una limosna, un puñado de sueldos, a

alguien que se le había acercado. Cualquiera sería vulnerable al ataque de un asesino que pidiera limosna disfrazado de mendigo.

—Pero ¿por qué razón el mendigo no os mató la primera noche?

—No lo sé —contestó Corbett—. A lo mejor, no le di ocasión, pues hui de allí como alma que lleva el diablo.

El conde se reclinó contra el respaldo de su asiento y jugueteó con una borla dorada de su túnica.

—¿Y creéis que Waterton es el traidor? —preguntó.

—Tal vez, pero el hecho de reunirse con De Craon no es una traición, aún no tenemos ninguna prueba.

—Si lo atrapamos, no podemos hacerlo en Francia —dijo el conde—. Ya tendremos otras oportunidades —añadió, levantando la vista con una sonrisa en los labios—. Empezaremos el camino de regreso a Inglaterra pasado mañana.

Corbett se alegró de abandonar Francia. Su permanencia allí era demasiado peligrosa. Había matado al sicario de De Craon y los franceses no lo perdonarían ni olvidarían. En cuanto a Waterton, Corbett estaba casi convencido de que era el traidor y el culpable de la muerte de por lo menos dos ingleses en París y de la total destrucción de un bajel inglés junto con su tripulación. Corbett trataría de encontrar otras pruebas y enviaría a Waterton al cadalso de los Olmos en Smithfield.

Por su parte, Waterton seguía comportándose como si nada hubiera ocurrido, pero aceptó la cordial despedida de los funcionarios franceses y una nueva bolsa de monedas de oro, enviada por Felipe IV. Corbett ya no tuvo ocasión de seguir vigilándole, pues él y Ranulfo se pasaron los últimos días haciendo el equipaje y colaborando en los preparativos de la partida. El conde de Lancaster los apremiaba a que se dieran prisa, pues, con su repentina partida, pretendía pillar desprevenidos a los franceses e impedirles urdir una traición. Se ensillaron los caballos y las acémilas, y los baúles, las cajas y los cofres se llenaron en mitad de la noche y se trasladaron y cargaron sobre los lomos de las bestias. El conde de Lancaster ordenó que algunos documentos fueran sellados en el interior de unas bolsas y que otros fueran quemados. Después se distribuyeron todas las armas y las armaduras, yelmos, espadas, celadas, dagas y ballestas. Corbett se puso el camisote que había sacado de la armería y, tras reunirse con el conde de Lancaster, obtuvo su permiso para cabalgar en el centro de la columna.

La embajada inglesa abandonó París en la fecha prevista con los estandartes y pendones ondeando al viento, los soldados en la parte exterior y los funcionarios y escribanos en el centro. Fuera de París, a cosa de media legua al norte de la horca de Montfauçon, una escolta francesa integrada por seis caballeros y cuarenta soldados armados, se reunió con ellos. El conde de Lancaster aceptó a regañadientes su ofrecimiento de protección, pero, haciendo caso omiso de las protestas de los caballeros, insistió en colocar a los franceses en los lugares que él dispuso. Corbett contempló en silencio al jorobado conde de lacio cabello oscuro y llegó en su fuero

interno a la conclusión de que él no era el traidor, a pesar de no saber todavía con certeza quién era.

Las precauciones del conde resultaron innecesarias, pues los emisarios ingleses tuvieron un agotador, apresurado, pero tranquilo viaje de regreso a la costa francesa. Cuando llegaron a Calais, Corbett estaba muerto de cansancio y tenía la piel irritada a causa del roce de la silla de montar, pero se alegraba de poder abandonar Francia. Waterton se mostraba tan distante y reservado como siempre, pero no hizo nada que pudiera despertar sospechas. Ranulfo estaba de muy mal humor y Corbett lo atribuyó a la inherente holgazanería de los criados, pero las razones de Ranulfo eran otras. Había regresado a la rue Nesle y a la casa del difunto Fauvel para galantear a la altiva dama y disfrutó plenamente de las consecuencias.

Al principio, *madame* Areras, que así se llamaba la señora de la casa, puso muchos reparos, pero Ranulfo consiguió vencer su resistencia con pequeños obsequios, dulces palabras y lánguidas miradas. *Madame* Areras era tan fría y distante como las damas ensalzadas por los trovadores en sus *chansons*, pero poco a poco, como los girasoles que se abren al sol, había cedido a los apasionados requerimientos del joven inglés. Hubo muchos suspiros y protestas cuando Ranulfo le quitó la ropa en su cámara, pero él no hizo caso, le dio unas palmadas en el trasero y la llenó de caricias hasta que ambos amantes saltaron a la gran cama de *madame* Areras y se entregaron con entusiasmo a plácidos retozos entre los mullidos traveseros que cubrían el lecho. Ahora Ranulfo no podría prolongar las relaciones y estaba furioso con su taciturno amo, a quien consideraba responsable del término de su dicha.

Corbett no prestó la menor atención a su enfurecido criado y se concentró por entero en la tarea de ayudar al conde de Lancaster, que tan cuidadosamente había elaborado los planes de la partida. Un barco inglés escoltado por un bajel de guerra los estaba aguardando en el puerto de Calais. Bajo la severa mirada y la cáustica lengua del conde, los ingleses subieron precipitadamente a bordo con los caballos, las acémilas y el equipaje. El conde de Lancaster ni siquiera se tomó la molestia de despedirse de los miembros de la escolta francesa, sino que, acercándose a ellos, escupió al suelo delante de los cascos de sus caballos, dio media vuelta y subió a grandes zancadas por la escalerilla. Aquella misma noche los barcos ingleses soltaron amarras y se adentraron en el canal, rumbo a Inglaterra.

David Talbot, pequeño agricultor, hacendado y heredero de unas prósperas tierras en Hereford y en la frontera galesa, galopaba en un desesperado intento de salvar la vida. Clavó con más fuerza las espuelas en los suaves y cálidos flancos de su caballo y este se inclinó hacia adelante con la cabeza extendida mientras las soberbias patas y los cascos golpeaban la pizarra del camino, levantando una fina polvareda blanca. Talbot volvió rápidamente la cabeza para mirar hacia atrás, en la certeza de que lo

estaban persiguiendo.

Los hombres de Morgan le seguían el rastro por los tortuosos y estrechos valles galeses, pues Talbot era un joven que sabía demasiado. El rey Eduardo de Inglaterra le había prometido una fortuna en oro a cambio de información sobre un cabecilla rebelde galés que estaba negociando en secreto con los franceses. Pues bien, Talbot ya tenía la información requerida y también el nombre del traidor inglés del consejo real. Ya le había enviado al soberano algunos detalles, pero lo demás lo entregaría personalmente en el momento de recibir la justa recompensa, siempre y cuando pudiera escapar de sus perseguidores, pues había tenido la desgracia de ser descubierto en un edificio de Morgan, estudiando de qué forma el espía inglés había transmitido su información al fementido señor galés.

Talbot tenía que escapar de aquellos traicioneros valles encerrados por unas colinas cubiertas de tojos, entre los cuales se podía ocultar algún arquero de Morgan. Los galeses conocían aquellos caminos de los valles y Talbot ya había visto las hogueras que enviaban señales de advertencia. El joven volvió nuevamente la cabeza y el corazón le dio un vuelco en el pecho al ver que sus perseguidores, con las negras capas volando al viento, también habían penetrado en el valle. Se inclinó sobre el cuello de su caballo, animándole con sus palabras y con la fuerza de sus espuelas ya teñidas de sangre. Al ver la salida del angosto valle, Talbot lanzó un grito de alivio y se incorporó sobre la silla de montar, lo cual fue la causa de su muerte instantánea. Los finos y cortantes hilos tendidos en la boca del valle le cortaron la garganta y su ensangrentada cabeza cayó brincando como una pelota sobre los fragmentos sueltos de pizarra.

Capítulo VII

Corbett estaba esperando fuera de la cámara situada al fondo de uno de los largos pasillos encalados que se irradiaban en distintas direcciones desde la gran sala de Westminster. Se volvió no por primera vez levantando la vista hacia el techo de madera, después se acercó a una ventana y abrió el postigo para contemplar el jardín real que ya empezaba a florecer bajo el tibio sol primaveral. Había llegado a Dover hacía apenas dos semanas y, una vez en Londres, había sucumbido a unas fiebres que le habían causado unos fuertes dolores en la cabeza y las extremidades. El conde de Lancaster lo había invitado a descansar en su casa mientras él y los demás miembros de la expedición se presentaban ante el rey para rendirle cuentas de los resultados de su misión.

Corbett había pasado varios días atendido por un solícito Ranulfo, el cual siempre se preocupaba cuando su amo se ponía enfermo, sabiendo que, en caso de que muriera, él perdería su medio de vida. Mandaron llamar a un médico y este propuso hacerle una sangría para quitarle la fiebre y eliminar los humores perniciosos. Cuando Corbett amenazó con cortarle la garganta, el médico cambió rápidamente el remedio, le aplicó una piedra de jade sobre el estómago y le recetó una poción de perejil silvestre, hinojo, jengibre y canela bien machados y mezclados con vino muy caliente. Corbett durmió, sudó profusamente y tuvo un sueño turbado por la fiebre y unas terribles pesadillas en las cuales revivió el horror de la muerte del mendigo asesino de París.

Al final, se despertó muy debilitado, pero sin fiebre. El médico regresó, sinceramente sorprendido del efecto de su remedio, le dio unas apresuradas instrucciones a Ranulfo, se embolsó los crecidos honorarios y se retiró rápidamente, no fuera a ser que el paciente se agravara de golpe. Corbett no tardó en recuperar las fuerzas y, unos días más tarde, recibió un documento real exigiéndole su presencia en Westminster.

Corbett se preguntó cuánto rato tendría que esperar, pues, a juzgar por los gritos que se filtraban desde la cámara, Eduardo estaba dando rienda suelta a uno de sus habituales arrebatos de cólera. Al final, se abrió la puerta y el propio rey le hizo señas de que entrara. Dentro, un nervioso escribano sentado junto a una mesa trataba de disimular su inquietud estudiando cuidadosamente lo que había escrito mientras el conde de Lancaster permanecía sentado en un sillón, ligeramente inclinado hacia adelante para que la joroba de su deformado hombro no rozara contra el respaldo.

Tanto el rey como su hermano iban sencillamente vestidos con unas túnicas, sobrevestes y mantos oscuros y su única concesión al lujo eran los broches, las hebillas y las sortijas cuajadas de piedras preciosas. Por su parte, la estancia más parecía una tienda o un campamento que una cámara palaciega; dos polvorientos tapices ligeramente torcidos cubrían el muro, uno de los candelabros de hierro de pared aparecía inclinado hacia abajo y unos juncos no demasiado limpios habían sido

empujados con los pies y ahora formaban montículos en el suelo. Por la expresión de forzada paciencia del conde de Lancaster y las manchas de arrebol de las mejillas del rey, Corbett dedujo que los regios hermanos se habían enzarzado en una violenta discusión.

El rey mandó retirarse al escribano, miró enfurecido a Corbett y le indicó por señas que se sentara en un banco adosado a la pared.

—Os ruego que os sentéis, maese Corbett —dijo, rezongando—. No creo que tengáis mejores noticias para mí. El viaje a Francia fue una farsa, Felipe os ganó en ingenio, os insultó y os ninguneó. No habéis aprendido nada ni habéis averiguado nada, aparte los insultos. ¡Bien sabe Dios qué os tuvisteis que retirar como perros apaleados con el rabo entre las piernas!

—Majestad —contestó Corbett muy despacio—, ¿qué otra cosa podíais esperar? Disculpad mi franqueza, pero dudo mucho que podamos atrapar al espía en Francia, pues se trata de alguien que pertenece a vuestro consejo.

Eduardo miró a Corbett sin poder disimular su ira, pero este siguió adelante.

—En primer lugar —añadió, marcando los puntos con los dedos de la mano—, eliminamos al asesino de Fauvel y probablemente de Poer; en segundo, sabemos que Waterton está bajo sospecha —dijo, mirando al conde de Lancaster—, y yo le entregué al conde un informe detallado durante la travesía de vuelta. Y, finalmente, sabemos que Felipe tiene un gran proyecto y que el dominio sobre Gascuña es solo una parte de él.

El rey se sentó con aire cansado en un escabel, sosteniéndose la cabeza con las manos.

—Perdonadme —dijo, levantando los ojos—. Vos, maese Corbett, y mi hermano el conde de Lancaster sois las únicas personas en quienes confío. —Le arrojó un grasiento pergamino al escribano—. Un informe de David Talbot, hacendado al servicio real. Es la última carta que envió. Hace cinco días, su cuerpo descabezado fue encontrado en el fondo de un valle galés. Otra baja provocada por Felipe.

Corbett leyó lentamente la carta de Talbot, escrita en un torpe y forzado estilo.

David Talbot, hacendado, a Su Majestad Eduardo, rey de Inglaterra, salutations. Sabed que he estado muy ocupado con vuestros asuntos de Gales en el condado de Glamorgan. Sabed que he sometido al castillo y a la servidumbre de lord Morgan a estrecha vigilancia y que el susodicho lord Morgan, a pesar de haberse acogido recientemente al perdón real, conspira con los enemigos extranjeros del rey. He visto barcos franceses frente a la costa y a miembros de su tripulación acercándose en barcas de remos a la orilla, desde donde han sido conducidos al castillo de lord Morgan. He llevado a cabo averiguaciones por mi cuenta y he descubierto que lord Morgan también ha recibido a emisarios de algunos descontentos señores de Escocia. Creo, Majestad, que lord Morgan sigue siendo hostil a vuestros intereses y se ha aliado con vuestros enemigos tanto en nuestro país como en el extranjero. La fuerza

que se mueve detrás de todo ello es, como vos sabéis, Felipe de Francia, el cual pretende destruir el patrimonio de Vuestra Majestad en Francia y provocar una rebelión contra vos en Escocia, Gales e Irlanda. Sabed que he visto a los susodichos barcos franceses desembarcar armas y que lord Morgan ha adquirido una repentina riqueza. Suplico la inmediata intervención de Vuestra Majestad, de lo contrario, todos vuestros intereses se perderán. Dios guarde a Vuestra Majestad. Escrito en Neath, marzo de 1296.

Corbett miró al rey Eduardo.

—¿Quién es este Morgan?

—Un señor galés que estaba en guerra con el conde de Gloucester, se rindió y se acogió a mi perdón.

—Pues entonces, ¿por qué no detenerle si es un traidor? —preguntó Corbett, contemplando el cansado rostro del rey Eduardo.

—Son solo rumores —contestó el rey sin poder disimular su irritación—. No tenemos pruebas fehacientes, solo las cartas de Talbot. Y ahora Talbot ha muerto.

El conde de Lancaster se levantó y se acercó a la ventana.

—Mirad —dijo en un susurro—, todo eso no son más que síntomas. Poer, Fauvel, Talbot y la intervención de los franceses en los asuntos de Gales no son más que síntomas de una enfermedad más grave, que es la traición. Si descubris al traidor y lo arrancáis de cuajo, todo lo demás morirá.

Eduardo miró en silencio a su hermano.

—Waterton —dijo bruscamente el rey—. Waterton tiene que ser el espía y el traidor. Su madre era francesa y posee más riquezas de las que debería poseer, por mucho que su padre fuera un rico mercader. Pero aún hay más, su padre era un partidario de Simon de Monfort.

Corbett se incorporó en su asiento y miró fijamente al rey. En 1265, Simon de Monfort, el gran rebelde que se había levantado contra Enrique III, el padre de Eduardo, fue destruido finalmente en la batalla de Evesham, que marcó el término de una encarnizada guerra civil. Londres y sus mercaderes habían sido fervientes partidarios de De Monfort. Cientos de ellos habían muerto o fueron multados por el apoyo que le prestaron. Las viejas heridas aún no habían cicatrizado. Bien lo sabía Corbett, pues años atrás Eduardo lo había utilizado para perseguir y destruir a los partidarios del difunto Simon de Monfort.

—Majestad, ya tenemos pruebas suficientes —dijo Corbett en tono apremiante—. Detened a Waterton para que cese la traición.

—Eso es fácil decirlo —contestó el rey—. Pero las pruebas... ¿os son necesarias?

—No.

—¿Y si estuvierais equivocado? ¿Qué ocurriría si Waterton solo fuera un peón? A fin de cuentas, pertenecía a la casa del conde de Richmond, fue el conde quien me lo recomendó para que entrara a formar parte de mi servicio y fue el conde quien perdió

mi ejército en Gascuña.

—¿Sospecháis acaso del conde de Richmond? —preguntó Corbett.

—Es francés, tiene tierras allí y solo Dios sabe cómo perdió mi ejército. —Eduardo se levantó de su asiento y empezó a pasear por la estancia—. Los franceses —añadió— lanzaron su ataque contra Gascuña en 1293. En otoño de 1294, Juan de Bretaña desembarcó con mi ejército en La Reole y dejó una guarnición. En la primavera de 1295, los franceses pusieron sitio a la ciudad y, en quince días, ¡solo quince días!, Juan de Bretaña se rindió y entregó la ciudad y el ejército.

—¿Cree Vuestra Majestad que Juan de Bretaña podría ser el traidor? —preguntó Corbett.

—Es posible, es muy posible —contestó el rey Eduardo.

—Si el traidor está efectivamente aquí en Westminster —terció el conde de Lancaster—, ¿cómo se comunica con los franceses? Felipe no tiene emisarios en Londres y todos los puertos y los barcos están vigilados. Ninguno de nuestros espías en los puertos franceses ha observado el menor intercambio de cartas.

—¿Y si lo hiciera a través de Gales y Escocia? —apuntó Corbett en tono esperanzado.

—No —contestó el rey—. La información se envía con demasiada rapidez. Felipe se entera de mis decisiones en cuestión de unos días. No —repitió el rey—, la información se envía desde aquí.

—¿Disponemos de alguna carta de las que se envían a Francia? —preguntó Corbett.

—Cartas oficiales a Felipe —contestó Eduardo— y cartas a los rehenes.

—¿Los rehenes?

—Sí, cuando Juan de Bretaña se rindió, varios caballeros solo se pudieron rescatar a sí mismos entregando rehenes a los franceses, en la mayoría de los casos, niños. Los caballeros les escriben con regularidad.

—¿Y alguno de esos caballeros sirve en el consejo o tiene conocimiento de los asuntos que en él se tratan?

—No —contestó el rey—. Solo Tuberville, *sir* Thomas de Tuberville, un barón de Gloucestershire que sirve como caballero de cámara y es capitán de la guardia.

—¿Podría haber escuchado algo?

—No —contestó el rey—. Nadie puede oír nada a través de las puertas de roble macizo y las gruesas paredes de piedra. Además, Tuberville odia a los franceses y sus cartas así lo atestiguan.

—¿Y cómo lo sabe Vuestra Majestad?

—Al igual que las de todos los demás, en los archivos de la Cancillería se guardan las copias de todas sus cartas.

—Eso no son más que conjeturas —dijo bruscamente el conde de Lancaster—, simples conjeturas. Todo apunta a Richmond. Haríamos bien en encerrarlo en una cárcel junto con Waterton, Tuberville y cualquier otro que haya mantenido tratos con

él.

Eduardo volvió a levantarse y empezó a pasear por la estancia.

—No —dijo—, todavía no. —Apuntando con el dedo a Corbett, añadió—: Seguiréis investigando lo que ya sabemos. Primero visitaréis a lord Morgan en Gales y le haréis unas cuantas preguntas.

Corbett se hundió en el desánimo, pero una sola mirada a los fríos y cansados ojos del rey le hizo comprender que cualquier objeción hubiera sido despiadadamente rechazada.

Un día después, Corbett y Ranulfo empezaron a prepararse para el viaje. Ranulfo puso reparos, pero Corbett le ordenó severamente cumplir las instrucciones y encargarse de conseguir la ropa, las armas, las provisiones y las cabalgaduras necesarias. Entre tanto, el escribano salió a dar un paseo por las calles para pensar y reflexionar acerca de su última entrevista con el rey. Al final, llegó a Cheapside, el ancho camino que atravesaba la ciudad de este a oeste y en el que se concentraban las principales actividades comerciales de Londres, con el mercado del trigo, el matadero, la prisión del Tonel y el gran canal que abastecía de agua a la ciudad.

Los comerciantes habían sacado sus tenderetes y extendido unos toldos para protegerse de los ardientes rayos del sol. Se vendía de todo, desde un par de calzones o unas cerezas recién cogidas en las ramas del árbol hasta unas espuelas de oro o una camisa de raso con encaje de Holanda. Pasó un cortejo fúnebre encabezado por la siniestra figura de un fraile envuelto en su oscuro hábito, con el enjuto rostro medio escondido bajo la cogulla que le cubría la cabeza. Le seguían los miembros de la comitiva y el féretro portado a hombros. Corbett oyó los sollozos de las mujeres y el gutural aullido de un perro. El espectáculo le pareció totalmente fuera de lugar en un día como aquel en que la gente se había echado a la calle, los abogados envueltos en sus capas de piel se dirigían majestuosamente a los tribunales de Westminster y los campesinos con sus blusones pardos y verdes empujaban sus carros hacia los mercados sin prestar atención a las burlas y los intentos de hurto de las hordas de andrajosos pilluelos que los seguían. Una columna de arqueros montados se acercó ruidosamente, custodiando a unos prisioneros que caminaban a pie con las manos atadas a las sillas de montar y los tobillos sujetos con unas cadenas que cruzaban los vientres de los caballos.

Una cortesana con la cara pintarrajeada y las cejas depiladas cruzó la calle, levantándose con una mano enfundada en un guante de terciopelo rojo la falda de su vestido de encaje para no manchársela de barro. La mujer le dirigió una insinuante mirada a Corbett y prosiguió su camino. El ruido y el bullicio eran casi insoportables. Los comerciantes le tiraban de la manga y lo dejaban medio sordo con sus gritos y sus ofrecimientos a los clientes. Arrepintiéndose de su decisión de salir a dar un paseo, el escribano se abrió paso entre la gente hasta llegar al frescor de la taberna del Cernícalo Encapuchado, una sucia estancia de techo muy bajo, con unos barriles vueltos hacia arriba que hacían las veces de mesas y una hilera de grandes tinas y

barriles. El escribano pidió una cerveza y un cuenco de sopa de pescado, pues había descubierto que el hecho de comer lo ayudaba a pensar con lógica. Estaba turbado por lo que acababa de descubrir: a pesar de sus victorias en Escocia, el rey, cual si fuera un perro enjaulado, se abalanzaba sobre las sombras y trataba de apresar el aire como si fuera un cuerpo sólido. Corbett comprendía su inquietud, pero sabía que el traidor solo podría ser atrapado por medio de un hábil interrogatorio, de la utilización del análisis y de la aplicación de la lógica. Tomó un buen sorbo de cerveza y empezó a detallar lo que sabía acerca del traidor:

Ítem: La persona era alguien muy próximo al rey Eduardo.

Otrosí: Había establecido un rápido e ingenioso medio de comunicación con los franceses, con el cual conseguía esquivar todos los esfuerzos y la vigilancia de los espías de Eduardo.

Otrosí: Al parecer, la persona formaba parte de la casa del conde de Richmond, el barón que con tan desastrosos resultados había tratado de defender Gascuña apenas unos meses atrás, cuando, según el rey, se había iniciado la filtración de información de vital importancia a los franceses.

Otrosí: Era lógico que él empezara a interrogar a los miembros de la casa del conde de Richmond que también tenían algo que ver con el consejo real.

Corbett esbozó una leve sonrisa. Se sentía un poco mejor y, tras haber decidido lo que iba a hacer a continuación, abandonó la taberna y regresó a su casa de la calle del Támesis. Ranulfo se sorprendió de ver sonreír a su amo por primera vez en varias semanas y, ni corto ni perezoso, aprovechó la ocasión y le pidió permiso para salir a hacer un recado. Corbett, sonriendo con aire ausente, asintió con la cabeza y Ranulfo se alejó corriendo antes de que el escribano cambiara de idea, pues el «recado» era nada más y nada menos que el intento de seducción de una dama y siempre cabía la posibilidad de que Corbett sospechara algo. Ranulfo bajó apresuradamente los peldaños de la escalera mientras a su espalda se escuchaba el quejumbroso sonido de la flauta que su amo siempre se empeñaba en tocar cuando trataba de resolver alguna intrincada cuestión.

Capítulo VIII

A la mañana siguiente, Corbett regresó al palacio de Westminster. Le hubiera gustado interrogar al conde de Richmond, pero «milord —según le comunicó un arrogante escudero— estaba ausente por asuntos del rey». El escribano salió en busca de Tuberville, pero el caballero se había ido a hacer un recado a la ciudad y entonces Corbett decidió darse una vuelta por el palacio. Se dirigió hacia la iglesia de la abadía, disfrutando del calor del sol mientras contemplaba las diminutas figuras de unos hombres que se movían como hormigas en los andamios que cubrían el muro norte de la abadía. A Corbett siempre le fascinaba la labor de aquellos magos de la piedra, por lo que se pasó un buen rato admirando la filigrana de las piedras labradas, las sonrisas de las gárgolas que representaban a hombres, perros y grifos y el conjunto de grotescos rostros. Las campanas de la abadía llamaron a la oración y Corbett regresó a la gran sala del palacio.

La sala estaba llena de abogados, funcionarios, demandantes y recurrentes. Muchos alguaciles de los condados habían acudido allí para presentar sus cuentas a la revisión de Pascua; los senescales reales del ducado de Cornualles, con sus lujosos ropajes manchados por el barro y el polvo, solicitaban información con un extraño acento nasal, mirando a su alrededor con expresión cansada y abatida. Corbett observó cuántos cercos quedaban en uno de los relojes de arena y, abandonando la sala, bajó por varios pasillos de paredes encaladas para dirigirse a la cámara del consejo.

Encontró a Tuberville en su habitación. Era un joven de unos treinta a treinta y cinco años con el cabello rubio muy corto y los afilados rasgos típicos de un luchador. Hubiera parecido un animal de presa o un sicario de no haber sido por sus carnosos labios y la recelosa mirada de sus inquietos ojos. Iba vestido con una cota de malla cubierta por una sobreveste con el escudo real de Inglaterra, recogida en la cintura por un grueso cinturón de cuero, del cual colgaban una espada y una vaina de daga. Cuando entró Corbett, el joven estaba sentado junto a una ventana abierta, pues la estancia era un pequeño y polvoriento cuarto de la guardia cuyo único mobiliario estaba constituido por una mesa y dos bancos adosados a la pared. El suelo era de piedra y las paredes estaban cubiertas por una capa de yeso medio desprendida.

—¿Sir Thomas Tuberville? —preguntó Corbett.

—El mismo —contestó el joven sin vacilar.

—Me llamo Hugo Corbett y soy el primer escribano de la Cancillería. Vengo por un asunto especial del rey.

—¿Qué clase de asunto especial?

—La investigación de la reciente derrota de Gascuña —contestó Corbett, observando cómo el caballero entornaba los ojos con expresión enfurecida.

—¿Contáis con alguna orden o autorización para hacerlo? —preguntó Tuberville.

—No —contestó Corbett—. ¿Por qué? ¿Acaso me la exigís? Puedo o, mejor

dicho, podemos ir a pedírsela los dos juntos al rey.

Tuberville esbozó una sonrisa casi infantil.

—Tened la bondad de sentaros —dijo, indicándole a Corbett un escabel y acercándose a la mesa sobre la cual se encontraba una bandeja con unas copas de peltre y una jarra. Escanció vino en dos copas y se acercó de nuevo a Corbett—. Os pido disculpas por mi aspereza.

Corbett tomó la copa.

—No os preocupéis —contestó—. ¿Tal vez un signo de los tiempos?

Tuberville se encogió de hombros, se sentó y tomó un sorbo de vino.

—¿Vuestras preguntas, maese Corbett?

—¿Acompañasteis a Juan de Bretaña en su expedición del año pasado a Gascuña?

—Sí —contestó Tuberville—. Zarpamos de Southampton con la flota y desembarcamos en Burdeos. El conde de Richmond reunió una columna, avanzamos hacia el interior y ocupamos el castillo y la ciudad de La Reole. Puede que recordéis —añadió tristemente el capitán de la guardia— que los malditos franceses ya habían tomado varias fortalezas fronterizas y que sus tropas estaban avanzando hacia el interior. El conde de Richmond se limitó a esperar. No intentó provocar a los franceses para que entraran en batalla, sino que permaneció en la ciudad. —Tuberville se encogió de hombros—. Ocurrió lo inevitable. Los franceses encontraron la campiña desierta y sus tropas penetraron en el ducado. —Tuberville hizo una pausa, contemplando su copa—. El conde de Richmond se quedó paralizado como un conejo asustado. Los franceses cavaron unas zanjas alrededor de la ciudad y pusieron trampas para bloquear los caminos. Después acercaron las máquinas de guerra. Recuerdo a un gigantesco malnacido a quien los franceses llamaban *le loup de guerre*^[6]. Empezaron a arrojar bolas de fuego y enormes piedras contra la ciudad. No podíamos salir y el rey no nos podía enviar refuerzos. Entonces el conde de Richmond decidió rendirse.

—¿No se intentó ninguna salida? —preguntó Corbett.

Tuberville frunció los labios.

—Sí —contestó sonriendo—. Yo desobedecí las órdenes. Durante las negociaciones entre el conde de Richmond y los franceses, encabecé una salida, una falange de unos sesenta soldados y arqueros a caballo.

—¿Y qué ocurrió?

—Nos rechazaron, los franceses se pusieron furiosos y el conde de Richmond también. El conde me amenazó con ejecutarme por traidor por haber quebrantado las condiciones impuestas en las negociaciones. Yo le contesté que las negociaciones ya eran en sí mismas una traición y entonces el conde me puso bajo arresto.

Tuberville se levantó para volverse a llenar la copa mientras Corbett lo estudiaba detenidamente.

—¿Qué sucedió durante la rendición? —preguntó el escribano.

Tuberville contempló el vino de su copa.

—Los franceses que Dios maldiga insistieron en que abandonáramos La Reole y así lo hicimos, arrastrando los pendones y estandartes por el barro mientras los franceses congregados al borde de los caminos se burlaban de nosotros, acompañando nuestra retirada al son de los cuernos, las gaitas y los tambores.

Corbett se removió en su asiento.

—Pero, a la vuelta, vos tuvisteis el honor de ser nombrado capitán de la guardia del rey y responsable de la protección de Su Majestad y de los miembros de su consejo, ¿no es cierto?

—Pues sí —contestó Tuberville sonriendo—. Al regresar a Inglaterra, el rey Eduardo leyó los resultados de la campaña y, desoyendo las protestas del conde de Richmond, me ofreció este puesto. —Tuberville se volvió para mirar a través de la angosta ventana—. Debo irme —añadió—, tengo que controlar la guardia y asegurarme de que nuestro soberano y señor no corre ningún peligro.

Corbett captó la suave ironía del comentario y le devolvió la sonrisa. Le gustaba aquel típico soldado, rudo, sarcástico, pero extrañamente vulnerable.

—Ah —dijo Corbett—, antes de que os vayáis, ¿qué exigieron los franceses cuando os permitieron abandonar La Reole?

—¡Unos rehenes!

Corbett contempló la furia del pálido rostro del caballero.

—¿Unos rehenes?

Tuberville asintió con la cabeza.

—Sí —explicó—, el conde de Richmond, yo y otros oficiales nos comprometimos a enviar a París a unos miembros de nuestras familias como garantía de que, mientras no se resolvieran las diferencias, nosotros no tomaríamos las armas en Gascuña contra el rey de Francia.

—¿Y a quiénes enviasteis vos?

—A mis dos hijos.

La respuesta fue amarga y lacónica. Corbett vio encenderse una llama de odio en los ojos de Tuberville.

—¿Y el conde de Richmond?

—Envió a su hija.

—¿Y vos escribís a vuestros hijos?

—Sí, las cartas se envían en valijas de la Cancillería. El conde de Richmond hace lo mismo y una copia se guarda en la Cámara de Documentos.

—¿Apreciáis al conde de Richmond?

Tuberville miró enfurecido a Corbett.

—Si yo pudiera —contestó—, sometería a ese incompetente señor a un consejo de guerra por traidor.

Dicho lo cual, el capitán se levantó, le dio a Corbett una palmada en el hombro y abandonó el cuarto a grandes zancadas.

El escribano lanzó un suspiro y se levantó para seguirle. Le hubiera gustado

interrogar al conde de Richmond, pero este era primo del rey, y, ¿qué ocurriría si las cosas fallaran? Corbett se mordió el labio y decidió esperar. Sin embargo, el conde de Richmond le inspiraba muchos recelos, sentía una desazón semejante a una vieja herida y no descansaría hasta que pudiera resolver sus dudas. Recordó el comentario de Tuberville acerca de las cartas y llegó a la conclusión de que una de las maneras de examinar al conde de Richmond sería leer las copias de las cartas que este le enviaba a su hija.

Empezó a pasear por los edificios del palacio y salió a un patio: las cuadras reales ocupaban un considerable espacio, pero había otros edificios anexos, herrerías, montones de estiércol y grandes cubos llenos de avena, cebada y paja. Varios caballos de guerra, acémilas, mulos y algún que otro caballo de tiro se hallaban reunidos en el patio a la espera de ser conducidos de nuevo a las cuadras o sacados de ellas. Los mozos de cuadra, los palafreneros y los herreros hablaban a gritos y soltaban maldiciones sobre el fragor del yunque y los ásperos relinchos de los caballos. Corbett cruzó al patio con aire cansado, contemplando los corcovos de un caballo que estaba caminando hacia atrás. Entró por una puertecita lateral y bajó por un frío pasadizo de paredes encaladas hasta llegar a la parte posterior del palacio donde se encontraban las cámaras en las que se conservaban los archivos reales.

Corbett llamó a una puerta adornada con tachones de hierro y le abrió un arrogante escribano.

—¿Qué deseáis?

—Soy Hugo Corbett, escribano de mayor antigüedad de la Cancillería.

—¿El protegido de Burnell?

—Si vos lo decís. ¿Quién sois?

—Goronody de Rees, escribano de mayor antigüedad de los Archivos.

Corbett soltó un gruñido para sus adentros. No había nada peor ni más insoportable que aquellos engreídos escribanos que ejercían su poder cual si fueran unos tiranuelos.

—¿Nigel Couville? —preguntó Corbett en tono esperanzado.

—Estoy aquí —contestó una cascada voz mientras Couville se acercaba a la espalda del presumido escribano—. Pero si es Corbett. —El arrugado rostro del anciano se iluminó con una sonrisa de bienvenida mientras sus frías y huesudas manos surcadas por unas gruesas venas asían a Corbett por los hombros—. Tendrías que venir a verme más a menudo —dijo en un suave susurro—. Es bueno para un viejo ver a sus antiguos alumnos. —Se volvió para que De Rees lo pudiera oír—. Sobre todo, si es uno de los más brillantes. ¡Pasa! —añadió, pasando por delante del enfurecido De Rees para acompañar a Corbett al interior de la estancia.

La pequeña cámara estaba llena de arcones, cofres y grandes bolsas de cuero mientras que en los estantes que cubrían las paredes desde el suelo de piedra hasta las oscuras vigas de madera del techo se amontonaban los pergaminos pulcramente enrollados, cada uno de ellos con un marbete en el que se indicaba el mes y el año del

reinado en que se había redactado el documento. El centro de la estancia estaba ocupado por una gran mesa de madera de roble con bancos a cada lado. Corbett aspiró el agradable olor del lacre, los viejos pergaminos, la piedra pómez y la tinta reseca.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó De Rees en tono de hastío.

—Unas cartas enviadas por el conde de Richmond a su hija, rehén en la corte de Felipe el Hermoso en París —contestó Corbett.

—¡No tenéis ningún derecho a leerlas! —replicó Rees.

—Los tengo todos —dijo Corbett, volviéndose hacia Nigel Couville—. Decidle a este necio tan presumido —añadió— que, si no me entrega las cartas escritas por el conde de Richmond y otros hombres a sus parientes retenidos como rehenes en la corte francesa, regresaré con Su Majestad el rey para reanudar esta conversación.

—Maese De Rees —explicó Nigel— es de Glamorgan y siempre me dice que allí las cosas se hacen de otra manera.

Corbett se volvió para estudiar el enjuto rostro del galés.

—¿O sea que vos conocéis a lord Morgan?

—Lo conozco —contestó cáusticamente De Rees—, pero soy un hombre del rey. Y lo he demostrado a lo largo de mis muchos años de servicio a la corona.

—Pues entonces demostradlo ahora, maese De Rees. ¡Las cartas, por favor!

De Rees miró de soslayo a Corbett y estaba a punto de rechazar la petición, pero lo pensó mejor, se encogió de hombros y se acercó a una de las grandes valijas de cuero de la Cancillería. Desató el cordel rojo ribeteado de oro, volcó su contenido sobre la mesa y rebuscó entre los distintos rollos y trozos de pergamino. Finalmente, tomó uno de ellos, examinó el marbete, soltó un gruñido y llamó por señas a Corbett.

—Aquí está, pero no os lo podéis llevar, tendréis que leerlo aquí.

Corbett le guiñó el ojo a Couville y, tomando el rollo, se sentó junto a la gran mesa de roble para estudiarlo.

El manuscrito estaba integrado por varias hojitas de pergamino cosidas entre sí y todas transcritas en tinta malva por la misma persona. Corbett adivinó cómo lo hacían: cada persona escribía o mandaba escribir su carta antes de someterla a la consideración de la Cancillería y allí la examinaban para asegurarse de que no contuviera ninguna información confidencial sobre la corona. Después el escribano real transcribía la carta y hacía una copia antes de enviar las cartas a Francia, selladas en una bolsa roja de cuero español de la Cancillería, y las copias se cosían con hilo y se guardaban.

Corbett examinó rápidamente las hojas y se sintió invadido por una oleada de compasión: las cartas, invariablemente breves, estaban llenas de tristeza y de lágrimas de padres que escribían a sus hijos, hermanos que escribían a sus hermanos, primos que escribían a sus primos. Una de las más largas, rebosante de angustia y de odio hacia los franceses, era de Tuberville a sus dos hijos. En la carta, fechada en enero, el día de san Hilario de 1295, el padre lamentaba no haber podido pasar la Navidad

con sus hijos, les decía que les había comprado unas medallas de san Cristóbal y un galgo llamado *Nicolás* y les anunciaba que, a su regreso, celebrarían una gran fiesta en alguna taberna de la zona. Corbett rebuscó hasta encontrar una carta del conde de Richmond, la cual contrastaba fuertemente con la de Tuberville, pues las relaciones del conde con su hija eran más bien frías y distantes. La carta era convencional y precisa, pero lo más curioso era la constante y misteriosa referencia a un «asunto secreto».

Finalizada la lectura, Corbett enrolló el pergamino y se lo devolvió a De Rees.

—Gracias —le dijo. Después inclinó la cabeza hacia Couville y añadió sonriendo —: Ya nos veremos, os ruego que os cuidéis.

El anciano esbozó una radiante y desdentada sonrisa. Corbett le dio una cariñosa palmada en la mejilla y salió al pasillo. Hubiera dado el sueldo de un mes a cambio de descubrir el «secreto» del conde de Richmond y estaba firmemente decidido a interrogarle, por muy primo que fuera del rey.

Cuando regresó a la calle del Támesis, ya había anochecido, muchos vecinos ya habían encendido las linternas de cuerno delante de la puerta de sus casas y Corbett vio salir de una taberna a varios sujetos que, borrachos de cerveza barata, empezaron a proferir gritos. Acercando la mano al puño de la daga que llevaba al cinto, el escribano apuró el paso. Los borrachos le dirigieron unos insultos, pero él siguió adelante y, lanzando un suspiro de alivio, llegó finalmente a su casa y subió por la oscura y empinada escalera. Ranulfo, con semblante profundamente abatido, estaba encendiendo unas velas de junco y sebo y unas largas y blancas velas de cera de abeja. Corbett le preguntó qué tal iba todo, pero solo recibió unos ininteligibles murmullos por respuesta. El escribano sonrió y comprendió que, a causa del mal humor de su criado, aquella noche se tendría que comer las carnes frías y beber el vaso de vino en medio de un silencio mortal.

Pero no le importó demasiado pues, en cuanto Ranulfo quitó la mesa, él lo dejó en paz y sacó de una caja su bandeja de escribir y empezó a anotar sus sospechas y conclusiones en un trozo de pergamino.

Ítem: Había un traidor en el consejo del rey Eduardo que había enviado información secreta a los franceses y se había puesto en contacto con los enemigos del rey en Gales.

Otrosí: El escribano Waterton era medio francés y su padre había sido partidario del conde Simon de Monfort, un acérrimo enemigo de Eduardo. A pesar de la cruel muerte de Simon de Monfort acaecida unos treinta años atrás, su venerado recuerdo perduraba en muchos lugares, especialmente en Londres.

Otrosí: Waterton parecía un hombre adinerado, había actuado de manera sospechosa en París, había recibido un trato de favor por parte del rey Felipe y se había reunido

en secreto con el principal espía del soberano francés, Amaury de Craon.

Otrosí: El conde de Richmond, antiguo amo de Waterton, había recomendado a este al rey. El conde había perdido la guerra en Gascuña y también era medio francés y miembro del consejo real.

Corbett revisó la lista y lanzó un suspiro. Todo estaba muy bien, pensó, pero quedaban todavía importantes preguntas sin respuesta.

Ítem: ¿Quién era el traidor? ¿Había más de una persona implicada?

Otrosí: ¿Cómo transmitía el traidor la información a los franceses?

Corbett estudió el trozo de pergamino mientras las velas se iban gastando. Al final, apartó el pergamino a un lado, pensando que de nada servía la lógica cuando no había suficiente información. Apagó las velas y se tendió en la cama. Había algo más, pero no lograba identificar lo que era. Cuando ya estaba a punto de quedarse dormido, recordó de repente que las cartas que había examinado aquel día estaban escritas con una caligrafía que le resultaba familiar y, recordando su encuentro con Waterton en la cámara de escritura de París, cayó en la cuenta de que Waterton era el encargado de transcribir las cartas que los parientes enviaban a los rehenes.

Capítulo IX

Al día siguiente, Corbett envió a su malhumorado Ranulfo a hacer indagaciones por los alrededores de Westminster. Ya era casi de noche cuando el criado regresó más contento que unas pascuas.

—El conde de Richmond —anunció— está en los *Midlands*^[7], participando en una misión diplomática que tiene que reunirse con ciertos emisarios escoceses para celebrar unas negociaciones secretas, y regresará a Westminster mañana por la noche.

Corbett se pasó los dos días siguientes ocupado en sus propios asuntos: necesitaba un poco de ropa; redactó un documento con el orfebre que le guardaba el dinero y acompañó a Ranulfo a ver una pelea de osos en Southwark, pero, horrorizado por el espectáculo, se fue a ver un misterio llamado La Creación que se estaba representando sobre una enorme plataforma hecha con unos largos tablonces de madera colocados sobre una docena de carros.

La historia no le interesó demasiado, pero sí los extraños artificios empleados: unos grandes pellejos de cerdo llenos de agua para simular el diluvio universal, el arca que se movía por el escenario, las planchas metálicas que se agitaban para simular los truenos y la voz de Dios. El escribano contempló con asombro el espectáculo, con una mano en la bolsa y un ojo puesto en los rateros y ladronzuelos que solían congregarse como langostas en semejantes ocasiones. La multitud que se apretujaba alrededor del escenario estaba formada por estudiantes, escribanos con sus capas de color bermejo, mercaderes tocados con castoreños, damas con velos de gasa, cortesanos y galanes con mantos ribeteados de armiño.

Corbett siguió adelante sin preocuparse por la desaparición de Ranulfo, se compró una empanada caliente en una tahona y se abrió paso entre el gentío, disfrutando del calor y de los colores que lo rodeaban mientras los sabrosos jugos de la carne le llenaban la boca. Visitó algunas tiendas y se detuvo unos momentos ante un buhonero que, para gran sorpresa de sus incrédulos oyentes, estaba ofreciendo el áspid que mató a Cleopatra de Egipto, el prepucio de Moisés, un mechón de la cabellera de Sansón y un reluciente cuadro con la imagen de un arcángel. Corbett siempre se divertía con aquellas sandeces tan alejadas de la fría y lógica existencia que él llevaba.

Ya había anochecido cuando llegó a su casa y empezó a subir lentamente los peldaños de la escalera. Se detuvo ante la puerta, sorprendido por los gritos que se escapaban del interior. Empujó ligeramente la puerta, miró a través de la rendija y vio a Ranulfo desnudo como el día en que nació, retozando con una moza de piel más blanca que la leche cuyo pelirrojo cabello la cubría por entero cual si fuera un manto mientras sus ojos se cerraban de placer y su boca formaba una O de constante deleite.

Corbett se apartó de la puerta, enojado consigo mismo y con Ranulfo. Bajó de puntillas, salió a la calle y entró en una taberna cercana. Eligió una mesa junto a la

gran chimenea encendida y trató de olvidar lo que acababa de ver. Se sentía culpable y enojado y experimentaba una extraña sensación de envidia. Las mujeres le daban miedo. Había amado a dos y las había perdido. La primera a causa de unas fiebres y la segunda, la encantadora Alicia, condenada a la hoguera por traición al rey. Hundió el rostro en la jarra de cerveza y lamentó la herida que ambas le habían dejado. Era un frío y egoísta escribano, eficiente como los artificios de los cómicos que había visto aquella tarde, capacitado para su trabajo, pero falto de calor.

Al final, regresó a casa ligeramente borracho de cerveza y de pesar. Miró recelosamente al adormilado Ranulfo, pero no tuvo el valor de comentarle lo que había visto. En su lugar, le ordenó que llevara un mensaje al conde de Richmond en Westminster, esperaba a que el conde lo recibiera y regresara con la respuesta.

A la tarde siguiente, el criado se presentó en el pequeño cuarto del palacio de Westminster donde Corbett estaba trabajando.

—El conde —le anunció con mal disimulado regocijo— suele estar demasiado ocupado para hablar con los escribanos, pero esta vez ha hecho una excepción. Se reunirá con vos en la gran sala del palacio poco antes de que los tribunales suspendan sus sesiones.

El conde había fijado la hora exacta de la cita y pedía a Corbett que no se retrasara, pues le esperaban «unos urgentes asuntos de Estado».

Corbett despidió de inmediato al sonriente Ranulfo, ordenó su mesa de trabajo y se encaminó con paso cansino hacia la gran sala. Bajo el alto techo de madera de roble, del cual colgaban los estandartes azul y oro de Inglaterra, los distintos tribunales reales del Tesoro, de lo Civil y de lo Penal aún estaban ocupados. Oficiales de orden, demandantes, abogados con capas de armiño, soldados, campesinos y mercaderes iban y venían en un inútil afán de que se hiciera justicia. A lo largo de los muros cubiertos de tapices de la sala había unos pequeños gabinetes donde se reunían los escribanos y los abogados. Corbett se encaminó directamente al que le había indicado Richmond.

Le extrañó que el conde ya estuviera allí, paseando arriba y abajo con su manto ribeteado de piel y ajustado al cuello con un broche de oro y perlas. A Corbett jamás le había gustado el conde de Richmond con su rubio cabello, sus claros ojos azules, su colorada nariz y su boca torcida hacia abajo como un pez recién pescado. En Francia había procurado evitarle, pues el conde le parecía un hombre arrogante e irascible, muy pagado de sí mismo y sin el menor interés por los demás. La entrevista no mejoró demasiado la situación: el conde señaló que su campaña gascona había sido el resultado de toda una serie de desafortunados incidentes.

—No pude hacer nada —dijo en tono irritado—. Los franceses se abatieron sobre Gascuña. Si hubiera salido a su encuentro, me habrían derrotado. Por consiguiente, me quedé en La Reole, confiando en que Su Majestad enviaría la ayuda necesaria. Pero no lo hizo. Y entonces me rendí.

—¿No había ninguna posibilidad de resistir un prolongado asedio?

—Ninguna en absoluto.

—¿Por qué?

—La ciudad estaba llena de hombres, mujeres y niños. Si apenas podía dar de comer a mis hombres, menos hubiera podido darles de comer a ellos.

—¿Os mostrasteis contrario a la salida de Tuberville?

—Por supuesto que sí. Ese hombre fue un insensato. Los franceses lo capturaron y tuvo suerte de que no lo ejecutaran.

—¿Y por qué hubieran tenido que hacer tal cosa?

—Porque los atacó durante una tregua acordada. Quebrantó las reglas de la guerra.

—¿Fue por eso que los franceses le exigieron a sus dos hijos?

—Exacto. —El conde de Richmond dejó de pasear y estudió detenidamente a Corbett—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Pues, en realidad, por nada —contestó Corbett—. Simplemente me extrañaba que se hubieran llevado a sus dos hijos como rehenes y a vos solo os hubieran pedido a vuestra hija. ¿Por qué?

—Eso no es asunto vuestro.

—¿Echáis de menos a vuestra hija?

—¡No seáis descarado, Corbett! —replicó el conde, enfurecido—. Su Majestad el rey será informado de vuestra insubordinación.

—En tal caso, pido disculpas —dijo fríamente Corbett—. Pero permitidme que os haga una última pregunta. Waterton, el escribano real, ¿pertenece a vuestra casa?

Corbett estuvo casi a punto de dar un paso atrás, atemorizado ante la expresión enfurecida del enjuto y cetrino rostro del conde.

—No se os ocurra volver a mencionar este nombre en mi presencia —contestó el conde en voz baja—. Y ahora, maese Corbett, hemos terminado. ¡Ya os podéis ir! ¡Esperad! —El conde se sacó un pequeño rollo de pergamino de debajo de la capa—. La orden del rey —añadió con ironía—. Tenéis que ir a Gales, maese Corbett. He informado a Su Majestad de vuestra insolente petición de interrogarme y él me ha entregado esta orden. Es por eso por lo que he accedido a reunirme con vos. Tendréis que viajar a Glamorgan, maese Corbett. El rey desea que husmeéis en los asuntos de lord Morgan.

Corbett apartó la mirada de la maliciosa sonrisa del conde y tomó la orden. El conde se retiró en medio del revuelo de la capa y el manto mientras Corbett, sentado en el asiento de la repisa de una ventana, desenrollaba el pergamino. Lo estudió minuciosamente y vio confirmados sus peores temores: tendría que transmitir los saludos del rey a lord Morgan y, al mismo tiempo, recoger la mayor información posible acerca de la situación en el sur de Gales.

El escribano soltó un gruñido. ¡Gales! Había estado allí diez años atrás como soldado de los ejércitos de Eduardo cuando estos trataban de abrirse camino por los estrechos valles fluviales con el propósito de dividir Gales en varios sectores y lograr

que cada uno de ellos se sometiera al dominio inglés. Había sido una guerra muy cruel y ahora Corbett temía regresar allí y mezclarse con los señores galeses que por fuera obedecían al rey pero por dentro ardían de cólera por el hecho de tener que aceptar el yugo de Eduardo. Los galeses eran unos fieros luchadores, muy duchos en el manejo de la daga y de los arcos de tejo que tantas silenciosas muertes causaban en los brumosos valles de su tierra.

Corbett se levantó, lanzó un suspiro y emprendió el camino de regreso a casa, donde su único consuelo fueron los indignados gritos de horror de Ranulfo al ser informado del lugar adónde tendría que ir. Sin embargo, más tarde Ranulfo se mostró extrañamente aquiescente y Corbett se preguntó si su criado tendría motivos personales para abandonar la capital. Prefirió no hacer indagaciones y ordenó a Ranulfo que contratara unos caballos y unas cuantas acémilas de las cuadras reales. Llenaron varias bolsas y cestas y, cuatro días después de haber recibido la orden, Corbett y su criado se pusieron en camino hacia el noroeste, cruzando Acton, Gloucester y el río Severn para entrar en Gales.

Corbett y Ranulfo siguieron la antigua calzada romana que atravesaba los condados por el oeste. Estaban a finales de una templada primavera y los campesinos ya habían empezado a escarificar y arar los vastos campos de parda tierra. Los bueyes avanzaban lentamente bajo los pesados yugos y la cortante reja del arado abría surcos para los sembradores que los seguían. Por encima de ellos revoloteaban las bandadas de cuervos, protestando con sus graznidos por el hecho de que unos chicos armados con hondas les impidieran participar de aquel festín. Los campesinos habían vuelto a la vida tras pasar un duro invierno y una fría y desapacible primavera y ahora todos los caminos estaban llenos de carros, buhoneros y grandes caballos de tiro con las crines recortadas y los cuerpos ceñidos por unas correas de cuero de color negro verdoso.

Corbett y Ranulfo se detenían en las tabernas y las casas que ostentaban la enseña de una cervecería bajo el alero del tejado, aunque, de vez en cuando, se permitían el lujo de descansar en la hospedería de algún priorato o monasterio. A mediados de mayo, al día siguiente de Pentecostés, cruzaron el vado del Severn en Bristol y entraron en Gales. Durante el viaje, el escribano le contó a Ranulfo las batallas en las que él participó diez años atrás y le describió la salvaje belleza de aquella tierra, con sus densos bosques y estrechos valles y sus indómitas e independientes tribus. Eduardo I sometió por la fuerza a los galeses y convirtió sus pequeños principados en condados ingleses. Su gran caudillo Llewellyn fue obligado a retirarse a la oscura fortaleza de Snowdonia y más tarde los ingleses lo mataron. Su hermano David fue incitado a la rebelión, capturado y conducido a Londres y allí lo condenaron a la horrenda muerte que se reservaba a los traidores, ahorcándolo, arrastrándolo con unos caballos y desmembrándolo. Tras lo cual, Eduardo sojuzgó a los galeses nombrando funcionarios ingleses y construyendo grandes castillos con murallas concéntricas en lugares estratégicos del país.

Apenas se veían señales de la forzada ocupación cuando Corbett y Ranulfo bajaron al sur, siguiendo el curso del Severn antes de adentrarse en el interior. La campiña estaba llena de sonidos y colores y los ríos bajaban por los negros peñascos y serpeaban entre las tortuosas orillas, brillando como la plata. Los tojos y las flores silvestres se estaban abriendo bajo los cálidos rayos del sol, por lo que los verdes valles cubiertos de musgo daban la impresión de estar cubiertos por costosos tapices. Los zarapitos, los halcones, los cuervos y los buitres parecían destellos de blanco y negro en el cielo y sus jubilosos graznidos contrastaban fuertemente con el líquido y suave canto de los zorzales. El sol calentaba tanto que, al mediodía, ambos jinetes tenían que detenerse a descansar a la sombra de un tejo, un roble o un fresno.

Ranulfo parecía un poco asustado y echaba de menos las bulliciosas, estrechas y ruidosas calles de Londres, pero a Corbett le encantaba la paz, el moteado color dorado de los bosques y los campos y el calor de los rayos del sol en su espalda. A veces, cerraba los ojos y se hundía en la silla de montar, sintiendo la fría caricia de la brisa en el rostro y la garganta mientras escuchaba el gorjeo de los pájaros y el chirriar de los grillos y su mente retrocedía en el tiempo hasta los amaneceres de Sussex. Si se concentraba, podía oír la voz de su esposa María cantando y el constante parloteo del dulce fruto de sus entrañas. Era el Paraíso donde siempre brillaba el sol y los días eran siempre templados hasta que las fiebres irrumpieron en su cielo particular y se llevaron a María y a la criatura. Con la misma rapidez, pensó, con que una nube cruza por delante del sol. La sombra no dura mucho, pero, cuando desaparece, ya nada es igual.

Capítulo X

Corbett y Ranulfo pasaron seis días atravesando la agreste campiña del sur de Gales. A veces, dormían bajo las estrellas, en un establo vacío o en la mansión fortificada de algún señor inglés. Uno de ellos les aconsejó que tuvieran mucho cuidado, pues en las colinas había todavía muchos malhechores y bandidos, pero lo más peligroso, añadió, eran los secretos rituales de los galeses, algunos de los cuales seguían aferrados a una religión que nada tenía que ver con el cristianismo y celebraban sus ceremonias del fuego en los oscuros bosques o en lugares elevados. Corbett tomó nota de las advertencias, pero no tropezó con más peligros que los lastimeros aullidos de los lobos o las voces de las criaturas nocturnas, como las lechuzas, los zorros, las comadreas y los hurones que salían en busca de alimento. Tanto los habitantes de los pueblos galeses como los de las pequeñas aldeas con sus casitas de madera y argamasa y sus techumbres de paja les parecieron muy amables. Corbett no entendía el extraño sonsonete de la lengua que se hablaba en aquellas tierras, pero los galeses, morenos y de baja estatura, les miraban sonriendo y siempre les ofrecían comida y una fuerte cerveza fermentada.

Mientras se acercaban a la escarpada costa llena de algas que rodeaba el castillo de Neath, observaron que la campiña estaba cada vez más desierta. Los pocos mendigos o mercaderes con quienes se cruzaron se ponían a hablar apresuradamente en su extraña jerigonza en cuanto ellos les mencionaban a lord Morgan y, a pesar de que no lograba entender todas las palabras, Corbett dedujo por sus miradas de inquietud que lord Morgan tenía muy mala fama y era un personaje que inspiraba temor. Corbett adquirió cierta información acerca de él: Eduardo conquistó Gales doce años atrás y, en 1284, todo el País de Gales se encontraba bajo su dominio. Aquel mismo año, se celebró una reunión de la Gran Tabla Redonda en Caernarvon, donde el hijo de Eduardo, un niño de pecho, había recibido el título de *Princeps Walliae*^[8]. Sin embargo, el país ocupado no se había tranquilizado y las revueltas estallaban como repentinos incendios en el bosque. En 1294, apenas dos años atrás, estalló una grave rebelión y el descontento se extendió rápidamente por todo el país.

El levantamiento fue apoyado por lord Morgan, furioso por la invasión de sus tierras por parte de Gilberto de Clare, conde de Gloucester. Morgan recibió un amplio respaldo, pero Eduardo reaccionó de inmediato y, reuniendo un ejército cerca de Chester, entró en Gales y aplastó a los rebeldes mediante toda una serie de brillantes campañas. Lord Morgan y otros señores galeses se vieron obligados a aceptar las condiciones que les impusieron para obtener el perdón real. A Morgan se le permitió conservar el castillo de Neath y sus tierras, pero, de ser cierto lo que Talbot contaba en su carta, Morgan estaba tramando nuevas traiciones, solo que esta vez con Felipe IV de Francia. Corbett trazó mentalmente el triángulo de la traición. En uno de los vértices estaba Felipe, en otro Morgan, pero ¿quién estaba en el tercero? ¿El

traidor inglés que les estaba revelando los secretos reales?

Y, sin embargo, no parecía probable que lord Morgan fuera el traidor habida cuenta del enorme poder que todavía ejercía: a la entrada del valle de Neath, un largo, ancho y verde valle que serpeaba entre las colinas, se levantaban dos impresionantes cadalsos contruidos con unos gruesos palos de fresno clavados en la tierra, cada uno de ellos con una rueda de carro inclinada. De los radios de cada rueda —debía de haber unos doce en total— colgaba un cadáver con el cuello roto, la cabeza ladeada, el rostro ennegrecido, los ojos desorbitados y la lengua fuera mientras que, debajo de una rueda, un desventurado con las orejas clavadas en el palo y un tosco lebrero colgado del cuello, proclamaba su condición de cazador furtivo.

Ranulfo palideció de terror y Corbett se preguntó en su fuero interno con qué otros horrores se tropezarían. Entraron en el valle, a ambos lados del cual se elevaban unas verdes y fértiles colinas cubiertas de árboles y rocas. Solo los roncros graznidos de los cuervos o el burlón canto del zarapito quebraban el opresivo silencio. Gracias al tosco mapa que le había dibujado un monje galés de la abadía de Bristol, Corbett sabía que el castillo de Neath se encontraba al final del valle, en lo alto de unos escarpados peñascos que miraban al mar. En cuanto vio los grises muros de la fortaleza, Corbett se alarmó, pues unos jinetes armados surgieron de pronto de entre los árboles y bajaron velozmente para recibirles.

Corbett vio las nubes de polvo levantadas por los cascos de los caballos, los reflejos del sol sobre el metal y los grandes estandartes verdes y dorados que ondeaban al viento por encima de las cabezas de los jinetes. El escribano sujetó las riendas de la acémila con una mano mientras con la otra buscaba su daga, gesto totalmente inútil, pues los jinetes ya los habían rodeado. Corbett había visto hombres de aspecto mucho menos rufianesco condenados a morir en las horcas de los Olmos en Londres. Los jinetes, aproximadamente unos veinte, llevaban una variada colección de armas y armaduras, cotas de malla, petos y grebas; algunos se protegían con yelmos cónicos o planos, pero los demás se cubrían con pieles de animales, becerros, lobos, nutrias y zorros. El que los mandaba, un tipo moreno de negros mostachos caídos, iba vestido con un esplendor un tanto vulgar: calzones y botas de cuero, una raída camisa de raso morado por debajo de un oxidado peto y, en la cabeza, el sonriente rostro de un gato montés cuya piel le cubría el cabello.

El jinete señaló con la espada el pecho de Corbett y chasqueó los dedos. El escribano miró a su alrededor y vio que sus asaltantes iban bien armados con mazas, espadas, garrotes y escudos. Por consiguiente, se encogió de hombros y entregó la daga.

—¿Quiénes sois?

El inglés del jinete era casi perfecto. Corbett lo miró con asombro, pues, bajo la vulgar armadura, el hombre parecía educado.

—Me llamo Hugo Corbett y soy escribano de la Cancillería. Este es mi criado Ranulfo de Newgate. Estamos aquí por orden del rey Eduardo de Inglaterra y

deseamos pedir audiencia a lord Morgan. Y ahora, señor, ¿queréis decirme quién sois vos?

El hombre le miró y estalló en una sonora carcajada. Después se volvió e intercambió unas palabras en galés con sus compañeros. Corbett se mordió el labio en gesto de hastío, pues estaba seguro de que aquel sujeto lo estaba imitando. A su espalda, Ranulfo había superado el temor inicial y estaba mirando enfurecido a su alrededor. A los galeses también les pareció muy gracioso y uno de ellos se inclinó hacia adelante y empezó a alborotarle el cabello mientras los demás se reían y Ranulfo soltaba una sarta de imprecaciones.

Corbett no dijo nada y no adoptó ninguna actitud heroica. Sabía que los galeses eran amables y corteses, pero muy temperamentales. Podían ser muy violentos y él no había olvidado los cuerpos que colgaban de los cadalsos del valle. Cesaron las risas y el hombre que encabezaba el grupo tomó las riendas del caballo de Corbett y lo guio mientras los demás se situaban a su alrededor. El castillo de Neath apareció ante sus ojos. Era una construcción de fríos y desnudos muros colgada en lo alto de los peñascos y los riscos que bajaban en picado hasta los acantilados de abajo, perennemente azotados por las olas del mar.

Una impresionante torre de homenaje se proyectaba hacia afuera desde el almenado lienzo de la muralla. Mientras se acercaba a la entrada principal de la torre central de la muralla, Corbett vio las figuras de unos soldados en el parapeto y el gran estandarte del caballo de cinco colas de Morgan. Pero aún había más: un hombre colgado por el cuello en lo alto de la muralla y, justo por encima de la entrada, una oxidada jaula cuadrada colgando de una gruesa cadena pintada de rojo, la cual chirriaba pavorosamente por efecto de la brisa.

Corbett se estremeció al ver los blancos huesos amontonados en un rincón de la jaula. Su escolta lo contemplaba todo con expresión imperturbable. Los cascos de los caballos resonaron sobre el puente levadizo de madera mientras cruzaban el estrecho y profundo foso.

Al otro lado de la fría y mohosa entrada, se detuvieron brevemente aguardando a que unos hombres levantaran el rastrillo y ellos pudieran entrar en el espacioso patio que rodeaba la torre del homenaje. Dentro había unos edificios de piedra adosados a la torre del homenaje y otros de madera pegados al lienzo de la muralla o bien repartidos por el patio: herrerías, cobertizos, una cocina, unas cuadras, una pocilga y varios improvisados establos para el ganado. Aquello era una pequeña aldea donde las gallinas picoteaban el suelo y cacareaban cuando veían acercarse a los perros y los cerdos que lo hociaban y olfateaban todo.

Varios niños jugaban con la vejiga hinchada de un animal y otros permanecían desnudos sentados en el suelo tal como el día que nacieron sin que nadie se interesara por ellos, pues sus padres estaban demasiado ocupados en sus tareas como para poder atenderlos. El bullicio y el estruendo cesaron de golpe en cuanto los jinetes entraron en el patio y desmontaron. Corbett y Ranulfo fueron inspeccionados cuidadosamente

y un galgo se acercó para olfatearlos, pero un soldado lo apartó con su bota. Después se acercó un anciano de ojos llorosos y brazos encogidos, miró a Corbett riéndose, se hurgó la nariz y le dio una suave palmada en la manga.

—Largo de aquí, Gareth —dijo el hombre que encabezaba el grupo. El viejo se alejó, lanzándole besos a Corbett—. Es un inglés —explicó el jefe del grupo con intención—. Lord Morgan lo capturó en las guerras e intentó interrogarlo. Lo llamamos Gareth porque perdió el nombre cuando perdió el juicio. ¡Lord Morgan no es muy amable con los espías!

Corbett se encogió de hombros y ofreció las riendas de su caballo.

—Cuidad de él —dijo fríamente— e id a decirle a lord Morgan que los emisarios del rey Eduardo desean verle.

Vio que el galés palidecía de furia ante el insulto y que su mano se deslizaba hacia el puño de su corta espada, pero lo pensó mejor, miró a su alrededor y estalló en una sonora carcajada. La tensión se rompió y tanto el grupo de jinetes como los hombres que iban de un lado para otro en el patio volvieron a sus ocupaciones, olvidándose de los recién llegados.

Corbett y Ranulfo fueron acompañados al otro lado del patio, donde unos estrechos peldaños de piedra conducían al primer piso de la torre del homenaje y a la sala principal del castillo. Corbett se sorprendió al ver su ruinoso opulencia: en el muro sur había una gran chimenea con repisa de piedra. Corbett supuso que la chimenea debía de atravesar el grueso muro hasta el exterior. Los derrames de varios arcos apuntados se estrechaban formando aspilleras y las angostas ventanas estaban protegidas por finísimo cuerno. De las ennegrecidas alfardas del techo colgaban enormes lienzos de distintos colores, algunos rotos y otros enteros, mientras que las paredes encaladas estaban cubiertas con tapices en los que se representaban escenas del Antiguo Testamento en distintos colores. Al fondo de la sala, un estrado sostenía una lustrosa mesa de madera de roble, sobre la cual destacaban un salero dorado con incrustaciones de piedras preciosas y unos espléndidos candelabros de plata que, sospechó Corbett, debían de haber pertenecido en otros tiempos a alguna iglesia de Inglaterra. En ellos ardían unas velas de cera de abeja mientras que, en las paredes, unas antorchas de pez chisporroteaban desde unos oxidados brazos. El suelo estaba cubierto de juncos frescos y Corbett aspiró el aroma de la menta y el brezo machacados que les habían esparcido por encima.

La sala estaba desierta a excepción de dos hombres que jugaban al ajedrez, sentados junto a una pequeña mesa de tijera cerca de la chimenea. Envueltos en sus capas, los hombres permanecían inclinados hacia adelante sobre sus sillas de madera labrada, totalmente enfrascados en la partida. Por encima de ellos, en un palo de madera, un halcón peregrino daba muestras de nerviosismo, agitándose contra las pihuelas y los cascabeles que llevaba en las patas mientras sus penetrantes ojos vigilaban la sala. El jefe del grupo empujó suavemente a Corbett. Este cruzó la sala, estudió el tablero de ajedrez y movió una pieza. Los jugadores levantaron los ojos.

Uno de ellos era un rubio joven de pálido rostro, rosados labios de doncella y ojos tan azules como el aciano. El otro, bajito y moreno y con el cabello castaño largo hasta los hombros en contraste con el negro bigote y la negra barba, tenía unos ojos oscuros y un rostro tan cruel y despiadado como el del halcón. El más joven soltó una risita, pues la jugada de Corbett había puesto en peligro el juego de su contrincante, el cual se levantó y miró fijamente al desconocido.

—¿Quién sois? —le preguntó con una voz sorprendentemente baja y suave.

—Hugo Corbett, escribano real y emisario de Eduardo I.

El hombre asintió con la cabeza y ladró una orden en galés. Un criado se acercó presuroso con un escabel, el hombre le indicó a Corbett por señas que se sentara y le escanció una copa de vino mientras se presentaba solemnemente a sí mismo como lord Morgan. Corbett inclinó la cabeza, tomó un sorbo de vino y saboreó las excelencias del burdeos mientras estudiaba a Morgan. El aspecto del galés resultaba impresionante. Lucía unos aretes de oro en los lóbulos de las orejas, un torques de plata y piedras preciosas alrededor del cuello, pulseras alrededor de las muñecas y varias sortijas de amatistas en los dedos. Iba vestido con una túnica azul oscuro de pura lana con algún que otro lamparón y debajo llevaba una blanca camisa de Holanda.

—¿Os ha cuidado bien Owen? —preguntó Morgan, señalando con la cabeza al capitán de su escolta.

—Sí —contestó Corbett—. Owen me ha cuidado y no ha parado de reírse.

—¿De qué os quejáis? ¡Nosotros los galeses tenemos muy pocas cosas por las que sonreír!

—¿No estáis contento, mi señor?

—¡Por supuesto que sí, Corbett! —contestó secamente Morgan—. No es que esté descontento, estaba simplemente haciendo unos comentarios y creo que tengo derecho a hacerlos en mi casa, ¿no os parece?

Morgan miró enfurecido a su rubio compañero.

—Sí —contestó el joven con un ligero ceceo—. Tenéis ciertamente todo el derecho. Permitidme que me presente —añadió, mirando a Corbett—. Soy Gilbert Medar, mayordomo de lord Morgan.

Corbett le miró con una cauta sonrisa.

Quizá Gilbert fuera efectivamente el mayordomo de lord Morgan y algo más, pensó, pero aquel no era ciertamente el lugar más apropiado para iniciar una discusión sobre el tema. Morgan posó la copa sobre la mesa, guardó las piezas de ajedrez en un estuche con incrustaciones de piedras preciosas y colocó el estuche debajo de la mesa.

—Su Majestad el rey os ha enviado a mí —dijo bruscamente—. ¿Por qué?

Corbett esperaba la pregunta y, en la breve entrevista que había mantenido con él antes de su partida de Londres, Eduardo había insistido especialmente en la necesidad de que averiguara todo lo que pudiera acerca de las acciones desleales de Morgan y

tratara de descubrir algo que pudiera arrojar alguna luz sobre el traidor de Londres.

—Su Majestad el rey —mintió Corbett, hablando en tono pausado— os envía sus saludos y sus mejores deseos. Quiere que prosigan las buenas relaciones que ahora se han establecido con vos, pregunta si habéis apresado al asesino de David Talbot y os asegura que ha rechazado como maliciosas mentiras y calumnias los rumores, según los cuales mantenéis comunicación con su enemigo Felipe IV de Francia.

Corbett sonrió para sus adentros con perverso regocijo al ver que Morgan apartaba la mirada y el mayordomo contraía los músculos del rostro.

—Agradezco a Su Majestad los buenos deseos que envía a su leal servidor. Por desgracia, los asaltantes de Talbot no han sido encontrados. El rey sabe que en el sur de Gales abundan todavía los malhechores. Finalmente —Morgan extendió las manos—, me alegro de que Su Majestad haya rechazado esas escandalosas afirmaciones sobre mi lealtad a la corona. ¿Qué otra cosa puedo decir?

Qué otra cosa, en efecto, pensó Corbett. Tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir la risa al ver la falsa seriedad del rostro de Morgan y la tensa preocupación que dejaba traslucir el de su mayordomo. Dos traidores y mentirosos redomados. Corbett carraspeó y estaba a punto de seguir adelante con la diplomática comedia cuando un sonido desde el extremo más alejado de la estancia lo indujo a volverse. Al lado del estrado se había abierto una puertecita y, a través de ella, una espléndida figura acababa de entrar en la sala. Corbett se levantó y a duras penas pudo reprimir un jadeo: el rubio cabello con crencha en medio le caía como un suave velo de gasa sobre los hombros. Su piel era tersa y blanca, pero tan clara como una piedra preciosa y en su rostro casi en forma de corazón destacaban una delicada nariz y unos grandes ojos azules que miraban a su alrededor con expresión traviesa.

Corbett jamás en su vida había contemplado una belleza semejante. La miró sin disimulo de la cabeza a los pies y observó cómo el vestido verde oscuro subrayaba los perfiles de su talle y su busto. Lucía un broche en la garganta, una cadena de filigrana de plata alrededor de la cintura y una pulsera con incrustaciones de piedras preciosas en cada muñeca.

—Llevo unos botines de piel de becerro —dijo la doncella en voz alta— y unas calzas azul oscuro. ¿O acaso ya habéis visto suficiente?

—Disculpadme —balbució Corbett—. Mmm... no esperaba que... —dijo, profundamente turbado.

—¿Qué esperabais? —preguntó la voz en un burlón sonsonete.

—Nada —contestó Corbett, furioso consigo mismo—. No esperaba nada. Simplemente me he llevado una sorpresa porque no esperaba ver a una mujer aquí.

—Os referís a los asuntos de los hombres, a la costumbre que tienen de matarse unos a otros por los más triviales motivos y a esos descansos que a veces se toman y que llaman diplomacia o negociaciones.

—¡Maeve! —Morgan se levantó con fingido enojo, pero Corbett comprendió que, en el fondo, se alegraba de que la joven hubiera puesto las peras a cuarto a su

huésped—. Os presento a mi sobrina Maeve —dijo medio volviéndose hacia Corbett—. Tiene una lengua endiablada.

—No, tío, eso no es cierto —dijo la muchacha en tono irritado—. Lo que ocurre es que el inglés me ha parecido un hombre muy poco cortés que no tiene por costumbre saludar a las mujeres.

Sin dar tiempo a que Corbett buscara una respuesta adecuada, la joven pasó por su lado sin detenerse y Corbett se volvió mientras Ranulfo reprimía la risa a su espalda. El escribano le miró enfurecido y trató de disimular su desconcierto por el hecho de que una mujer a la que solo había visto durante unos fugaces segundos hubiera sido capaz de dejarle sin habla.

Corbett y Ranulfo no tuvieron más remedio que quedarse en Neath. Lord Morgan los acompañó a su aposento, una estancia de paredes encaladas situada en el tercer piso de la torre del homenaje, con dos carriolas, un viejo baúl y una manchada mesa con bancos a cada lado. Corbett se quejó amargamente del frío y Morgan mandó tapar las angostas ventanas con unas tablas de madera y colocar en la habitación un oxidado brasero y unos candelabros de hierro. Corbett y Ranulfo no supieron muy bien si eran unos invitados o unos prisioneros. Tenían libertad de movimiento en el castillo y la campiña circundante, pero su verdadero hogar era la torre del homenaje.

La gran torre del homenaje tenía tres pisos, aparte la planta baja donde estaban ubicados los almacenes, la despensa y las cocinas. El primer piso era la gran sala, donde Corbett había conocido a Morgan, el segundo contenía la solana, la capilla y los aposentos privados y en el tercero había toda una serie de pequeñas, frías y mohosas estancias si así se podía llamar a unos cuartos tan incómodos como una prisión.

Corbett y Ranulfo se alojaban allí en lo alto de una estrecha, empinada y mohosa escalera, lo mismo que Owen, el capitán de la guardia de Morgan, a quien Corbett dejaba de lado deliberadamente. No le gustaba aquel hombre de desgredado y ensortijado cabello negro, rostro cetrino y perenne sonrisa en los labios. Tenía la impresión de que era un malvado como los que él había conocido en más de una ocasión, aquellos asesinos amantes de la muerte que llevaban el hedor de la podredumbre dondequiera que fueran.

Todos los sirvientes y los restantes miembros de la casa de Morgan vivían en el sótano, los edificios del patio o las aldeas circundantes. Corbett intuyó que Morgan, un despreciable tirano, contaba con la inquebrantable lealtad de sus criados y sus siervos de la gleba. Estaba claro que el señor galés era muy rico, pues el valle de Neath y los fértiles campos que lo rodeaban le aseguraban unos ingresos constantes. Además, era propietario de los derechos de pesca a lo largo de la rocosa costa y tenía especial empeño en proclamarlo por medio de varias horcas, en las cuales colgaban unos ennegrecidos cadáveres cuya silueta se recortaba contra el azul cielo estival. Los cadáveres servían de advertencia a los cazadores furtivos, ladrones, causantes de naufragios y piratas.

Corbett contemplaba a menudo las tierras de Morgan desde lo alto de la torre del homenaje, una impresionante y silenciosa atalaya, en la cual él disfrutaba del calor del sol y de la salada brisa marina y olvidaba por unos momentos el hedor de los retretes y las letrinas que vertían al foso toda suerte de inmundicias. Había tratado de averiguar algo sobre la muerte de David Talbot, pero solo le respondían con miradas inexpresivas y leves sonrisas. En caso de que insistiera, sus interlocutores pasaban a expresarse en galés como si no comprendieran lo que él estaba diciendo en inglés. Cuando salía al patio, el viejo Gareth siempre lo seguía, se situaba a su lado e imitaba sus andares para general regocijo de todos los presentes. El escribano procuraba no prestarle atención.

Un día, sin embargo, decidió interrogar a Gareth a propósito de Talbot y le pareció distinguir un destello de comprensión en sus ojos, pero, de repente, el viejo parpadeó, esbozó una taimada sonrisa y arrebujándose en su sucia capa, lo tomó de la mano y lo acompañó a uno de los edificios anexos, una alargada y oscura estancia de zarzo y argamasa, con un agujero en el techo para que entrara la luz. Dentro se olía a cuero, sudor y excrementos de caballo. Corbett miró a su alrededor y vio en unas barras de madera que rodeaban todas las paredes de la estancia varias sillas de montar, riendas, cabestros, espuelas y otras guarniciones. Se volvió y contempló los soñadores ojos de Gareth.

—¿Qué tiene eso que ver con la muerte de Talbot? —le preguntó, pero Gareth sonrió con su boca desdentada y salió arrastrando los pies.

Ranulfo tampoco tuvo demasiado éxito en sus indagaciones y muy pronto se limitó a comerse a las mujeres con los ojos y a perder el poco dinero que tenía en interminables partidas de dados. El criado decía que lo engañaban, pero sus contrincantes galeses lo miraban sonriendo y lo retaban a descubrir cómo. Lo único que llamó la atención de Corbett fue el descubrimiento de un enorme montón de gavillas de ramas y maleza almacenado en el tejado de la torre del homenaje. Pensó que podría servir como faro en caso de que el castillo fuera atacado o bien que se podría utilizar para hervir aceite o encender teas en caso de que lo asediaran. No obstante, en el transcurso de uno de sus paseos por la costa, Corbett había descubierto varios toneles llenos de maleza y apilados los unos sobre los otros y se había preguntado si Morgan temía una invasión o incluso si la estaba favoreciendo. Además, pese a que tanto él como Ranulfo estaban autorizados a moverse con entera libertad por el interior del castillo y sus alrededores, una semana después de su llegada y por espacio de dos días seguidos, Owen había insistido con una cortesía no exenta de firmeza en que no salieran de su habitación.

Por lo demás, Morgan interpretaba su papel de perfecto anfitrión, invitando a Corbett a cenar a su mesa. Ya había terminado la Cuaresma y atrás habían quedado la carne salada y las caballas y los arenques secos y ahora volvían el capón y los esturiones que se sacaban de unos grandes estanques justo al otro lado de las murallas del castillo, pues los galeses se saltaban la norma según la cual el esturión era un

pescado que solo se podía servir en la mesa del rey. Las cocinas de Morgan servían también carne de venado aderezada con clavo, menta y canela y rellena de almendras; cebollas y puerros crudos; tartas y empanadas de fruta y crema con fruta troceada, todo ello regado con grandes copas de fuerte hidromiel. Corbett solo observó un detalle fuera de lugar: las jarras de vino de Burdeos que Morgan servía en su vanidad y en su afán de impresionar a sus invitados. Corbett apreciaba el vino por su sabor y por la forma en que le estaba aclarando las leves sospechas a propósito de los faros que había visto a lo largo de la costa.

Capítulo XI

Corbett se pasaba casi todo el día paseando por el castillo y algunas veces asistía a las sesiones del tribunal que se celebraban en la gran sala. Morgan se acomodaba en un gran sillón de madera labrada y a su lado, encorvado en su escabel como un ratón asustado, se sentaba el padre Tomás, el capellán y secretario del castillo, temeroso de lo que tendría que ver y transcribir en el largo rollo de pergamino que tenía delante. Buena parte de los delitos eran pequeñas disputas sobre tierras y discusiones sobre propiedades. Sin embargo, la autoridad de lord Morgan era desafiada de vez en cuando por algún que otro falsario, cazador furtivo, ladrón o malhechor y en tal caso el castigo era duro, cruel e implacable, aunque, a su manera, fuera justo y equitativo.

Corbett vio juzgar y condenar a un cazador furtivo que inmediatamente fue sacado de la sala y enviado al patio del castillo, donde, con el brazo derecho extendido sobre un tajo, una espada le cortó limpiamente la mano a la altura de la muñeca. El hombre lanzó un grito y se medio desmayó mientras los verdugos se lo llevaban y le introducían el brazo amputado en una caldera de pez hirviente para cauterizar y sanar el ensangrentado muñón. Otros menos afortunados fueron condenados a la horca. Uno de ellos fue conducido a las almenas de la muralla con un lazo corredizo alrededor del cuello y, una vez allí, lo colgaron en la parte exterior para que muriera por asfixia mientras que los demás fueron conducidos en un gran carro de dos ruedas al gran cadalso del promontorio que se elevaba por encima de las embravecidas olas que rompían contra el acantilado.

En Neath se respiraba una atmósfera de terror, pero la situación podía pasar de un extremo a otro sin solución de continuidad. A la hora de cenar, los juglares recitaban poemas y relatos épicos y unos bardos de largas melenas cantaban tristes endechas sobre las glorias pasadas y los sueños perdidos. Corbett tenía que soportarlo en compañía del malhumorado Ranulfo. Ninguno de los dos entendía los cantos y las conversaciones, pues Morgan se empeñaba en hablar casi todo el rato en galés, por lo que los emisarios ingleses tenían que permanecer sentados como unos tontos, sabiendo por las risas o la expresión de los rostros de Morgan y Owen que ellos eran a menudo el blanco de sus crueles bromas y comentarios. Corbett observaba que Maeve simulaba participar, pero sus carcajadas sonaban falsas y la sonrisa jamás le llegaba a los ojos. Más de una vez, el escribano inglés la había sorprendido mirándole tristemente de soslayo con sus grandes ojos azules.

Pocos días después de la llegada de los enviados ingleses a Neath, Maeve decidió romper el tedio de los banquetes nocturnos de Morgan y, mientras los bardos se preparaban con todos los gestos y el aparato propios de los juglares profesionales, se levantó y se acercó a Corbett.

—¿Os gusta nuestra música, inglés? —le preguntó, mirándole con expresión burlona.

—Me llamo Hugo —contestó Corbett—. Y vuestra música es decididamente mejor que vuestra conversación, aunque supongo que eso no es un cumplido.

La joven le miró haciendo pucheros.

—Muy bien pues, Huw —dijo, pronunciando deliberadamente su nombre en galés—. Vamos a cambiar esta situación. ¿Sabéis jugar al ajedrez? Quizá me podríais enseñar.

Corbett contempló su solemne y hermoso rostro y se mordió el labio para ahogar el grito que pugnaba por escapar de su garganta. Sabía que la seriedad de su semblante era una máscara y que por dentro la chica se burlaba de él, pero no le importó, pues se hubiera podido pasar toda una eternidad contemplándola como un ángel prendido en el ojo de Dios. Oyó una risita y vio hacia el fondo de la mesa el sonriente rostro de Owen.

—Bueno —dijo, lanzando un profundo suspiro—, me sentiría muy honrado si pudiera enseñaros a jugar al ajedrez.

Se levantó y acompañó a Maeve al asiento de una ventana.

Maeve llamó a un criado y este regresó con una mesa, un tablero, un estuche con las piezas del ajedrez y una pequeña lámpara de aceite. Corbett no prestó la menor atención al murmullo de las conversaciones ni a las risotadas procedentes de la mesa donde los demás estaban cenando. Solo veía a Maeve, sentada delante de él, sosteniéndose con las manos el rostro en forma de corazón mientras sus risueños ojos exploraban su turbación con fría expresión burlona. Corbett le explicó las complejas reglas del juego, le mostró las distintas piezas y le enseñó las jugadas más complicadas. Maeve asintió con la cabeza y le dio las gracias en un susurro antes de probar a hacer alguna jugada. Después, satisfecha del resultado, batió palmas y anunció que deseaba jugar toda una partida. Corbett accedió a su petición. Ya estaba oscureciendo, algunos de los invitados se habían retirado, unos pocos se habían congregado alrededor de los arpistas que todavía estaban tocando y otros se habían acercado a la mesita junto a la cual ellos dos estaban sentados. Corbett hizo unas cuantas jugadas al azar, diciendo el consabido *j'adoube*^[9] mientras empujaba las piezas sobre el tablero. Maeve contraatacó y, de repente, Corbett despertó de su sueño, pues la joven estaba respondiendo con inteligentes y sutiles jugadas hasta que, de pronto, lo derrotó. Corbett contempló el tablero y después examinó el preocupado rostro de Maeve.

—¡Habéis ganado! —exclamó—. Sois...

Sus palabras quedaron interrumpidas por la cantarina carcajada de Maeve, la cual se estaba cubriendo el rostro con sus largos y hermosos dedos para disimular la risa mientras las lágrimas le bajaban por las mejillas. Corbett la miró y después contempló el sonriente círculo de rostros que los rodeaban. Esbozó una sonrisa, se encogió de hombros para disimular su sorpresa e, inclinando la cabeza ante la joven, se levantó y se alejó, cruzando la sala. El rumor de las pisadas de unas sandalias lo indujo a volver la cabeza. Maeve se acercó a él y lo tomó del brazo.

—Vamos —le dijo en tono burlón—, ¡sé jugar al ajedrez mejor que cualquier hombre! No os ofendáis, os lo suplico —dijo, comprimiéndole el brazo—, era solo una broma. Salgamos a tomar un poco el aire nocturno desde la torre.

Corbett la miró con una sonrisa, confiando en que ella no percibiera la violencia de los latidos de su corazón causada por la cercanía de su presencia. Mientras subían por la estrecha escalera, Maeve se apoyó en su brazo y él sintió el roce de su sedoso y perfumado cabello contra su rostro. Al llegar a la puerta del parapeto, Corbett recorrió los pestillos y ambos salieron al tejado de la torre. Ya había oscurecido y solo un leve resplandor rojizo hacia el oeste señalaba el ocaso mientras soplaba una fuerte brisa marina y las estrellas brillaban en el cielo como unas joyas en un cuarto oscuro. Ambos se acercaron al muro almenado y oyeron el distante murmullo de las olas que rompían contra las rocas y los sonidos procedentes del patio del castillo.

—Siempre me ha gustado el ajedrez —dijo Maeve, quebrando repentinamente el silencio—. Desde que mis padres murieron en las guerras galesas, vivo aquí con mi tío. El juego del ajedrez nos ayuda muchas veces a disipar el tedio de las interminables jornadas del castillo.

—Sabéis jugar muy bien —comentó Corbett.

Volviéndose de espaldas a la muralla, Maeve le miró dulcemente. En medio de la penumbra, el escribano observó que su rostro estaba sereno y tranquilo y que la fingida solemnidad había desaparecido.

—He leído varios tratados, incluido el poema *De Shakie Ludo*^[10] —explicó Maeve—. Me gusta recibir visitas, pues siempre son un nuevo reto para mí.

—¿Sabéis leer?

—Latín y francés.

Corbett contempló las sombras que los rodeaban.

—¿Y sois feliz aquí, en Neath?

—Es mi casa.

—¿Y lord Morgan?

Maeve le miró sonriendo.

—Es un hombre extraño. ¿Sabéis que odia a los ingleses?

Corbett asintió con la cabeza.

Maeve apartó la mirada.

—¿Quién no los odiaría? ¡Mataron a mis padres, incendiaron medio Gales, mataron a nuestros caudillos, construyeron grandes castillos como el de Caernarvon y dividieron nuestro reino en condados ingleses gobernados por parientes del rey Eduardo!

Corbett no pudo por menos que mostrarse de acuerdo. Había combatido en Gales y había sido testigo de las crueldades y la barbarie de ambos bandos: hombres crucificados, niños arrojados a los pozos, mujeres violadas hasta morir. Prisioneros ingleses desollados vivos o clavados a los árboles.

—¿Y vos nos odiáis, Maeve? —preguntó.

—No, solo aborrezco vuestro afán de aplastar y conquistar —contestó la joven, volviéndose para contemplar la oscuridad de la noche—. En el sur de Gales se han producido hechos muy extraños. Dicen que este camino de aquí abajo conducía a Camelot, la corte del rey Arturo, y que las antiguas tribus de los siluros, que se alimentaban con carne humana y ofrecían sacrificios a los dioses del bosque, aún siguen viviendo en la espesura. —Maeve se arrebujo en su capa y señaló la playa con la cabeza—. Y, sin embargo, es el mar el que nos ofrece los espectáculos más extraños, por ejemplo, los pequeños cuerpos morenos que la marea empuja hacia la orilla. Las hechiceras dicen que proceden de una tierra del oeste.

Corbett sonrió y se acercó un poco más a las almenas. Muy pronto averiguaría por qué razón la muchacha lo había conducido allí arriba. El escribano era un cínico. Ninguna bella mujer, pensaba, querría estar a solas con él. Tenía que haber un motivo, algo que a ella le interesara. Siempre lo había. Corbett sintió que la mano de la joven le comprimía el codo, se volvió y vio su rostro tan bello como la noche, mirándole. Maeve se acercó un poco más, le dio un suave beso en los labios y se alejó corriendo.

Corbett no estaba acostumbrado a semejantes franquezas. Quizá su esposa María hubiera hecho algo semejante o tal vez su amante Alicia, una asesina que ya llevaba diez años muerta y tenía un temperamento sutil, complicado y tortuoso. En cambio, Maeve era natural y sincera en todo lo que hacía. Al día siguiente, la joven lo buscó y reanudó con él la conversación y los besos de la víspera.

Corbett pensó que Maeve estaba allí para vigilarle e informar a su tío de sus acciones, pero después se avergonzó de sus sospechas y las consideró indignas de él. La muchacha le dijo que era demasiado serio y estirado, pero que a ella le hacía gracia porque, en el fondo, era un hombre tímido y asustado que necesitaba reírse un poco más. En los días siguientes Corbett tuvo ocasión de hacerlo, pues Maeve salió varias veces a cabalgar con él por la hermosa campiña que rodeaba el castillo.

La muchacha trató de enseñarle algunas palabras galesas, pero desistió de su intento y se burló de él, diciéndole que era demasiado insensible a las sutilezas de aquella lengua. Después consiguió que le contara su pasado y él le habló de su mujer, de su trabajo en la Cancillería e incluso de Alicia y de la gran conspiración de Londres que él había logrado destruir diez años atrás.

Al principio, Corbett se mostró un poco cauteloso, pero enseguida empezó a parlotear como un chiquillo, fascinado por el mudable temperamento de aquella extraña y bella mujer que, en determinado momento, se burlaba tímidamente de él y, al siguiente, le echaba un sermón sobre las glorias pasadas de Gales y los saqueos del rey inglés.

Maeve fue muy sincera a propósito de la visita de Corbett a Neath.

—Mi tío lord Morgan —dijo en cierta ocasión— es un bellaco y un bribón, un hombre muy duro que odia al rey Eduardo y de buena gana se levantaría contra él si se le ofreciera la oportunidad de hacerlo. Pero —añadió en tono sombrío— el precio

del fracaso sería demasiado alto. Ya se ha rebelado una vez y ha sido perdonado. La próxima vez, puede que sufriera el mismo destino que el gran príncipe David, el hermano de Llewellyn.

Corbett prefirió cambiar de tema. Temía que Maeve provocara una disputa, acusándole abiertamente de ser un espía. Además, no quería que Morgan se ofendiera por el hecho de que un inglés cortejara a su sobrina. Pero, curiosamente, el viejo bribón se limitó a reírse y a darle una palmada en el hombro. Por lo visto, pensó Corbett, Maeve era la única persona a quien lord Morgan temía.

Owen, el capitán de la guarnición, ya era otra cosa. Sonreía un poco más que al principio, pero sus ojos oscuros le miraban con furia asesina cada vez que se tropezaba con él, y hasta Ranulfo, ya inmerso en la rutina del castillo, le había pedido a su amo que tuviera más cuidado. Una vez Maeve lo acompañó al patio del castillo, donde Owen estaba adiestrando a sus hombres. Hugo estaba acostumbrado a las falanges montadas de los caballeros ingleses, un festival de color en el que los caballeros, protegidos por cotas de malla y petos adornados con multicolores dibujos heráldicos, cargaban y rechazaban las cargas del enemigo con espadas, mazas y lanzas romas según las reglas de los torneos y las justas. Sin embargo, aquello era distinto. Cuando Owen le vio con Maeve en los peldaños de la torre del homenaje, eligió a uno de sus hombres y escenificó un simulacro de combate no solo para deslumbrar a la joven, sino también para advertir al inglés.

Corbett experimentó una punzada de celos cuando Maeve aplaudió con entusiasmo la proeza de Owen, pero no tuvo más remedio que alabar a regañadientes al galés, jurando en su fuero interno que, si alguna vez se enzarzara en una pelea con él, se vería obligado a descargar el primer golpe y matarlo, pues Owen era un guerrero nato. Owen y su oponente combatían montados en unos resistentes caballos de montaña que se volvían y giraban sobre sí mismos en cuanto sus jinetes les comprimían los flancos con la rodilla o el muslo. Ambos hombres llevaban cota de malla, polainas y botas de cuero hervido, y se protegían la cabeza con unos yelmos cónicos provistos de carrilleras y nasales. Cada uno de ellos sostenía un pequeño escudo redondo y, tratándose de un simulacro, unas espadas romas que, a pesar de todo, podían producir graves heridas. Los jinetes cargaron y se rodearon el uno al otro. La habilidad de Owen era tan grande que los espectadores emitían jadeos de admiración cuando daba la vuelta y esquivaba los golpes de tal forma que caballo y jinete parecían una sola cosa. Una y otra vez, Owen conseguía burlar la guardia de su adversario y le golpeaba el pecho y el estómago con la parte plana de la hoja de su espada.

Al final, Owen se cansó del juego, interrumpió el combate y se alejó. Su adversario cargó contra él con la espada extendida mientras los cascos de su caballo golpeaban el suelo con fuerza. Owen dio media vuelta para recibirle, pero no se lanzó al galope. Corbett pensó con una punta de malicia que Owen se estaba confiando demasiado y que su adversario lo iba a derribar. Los jinetes se encontraron y Corbett

vio cómo Owen se agachaba bajo la espada de su adversario y, mientras este pasaba por su lado, obligaba a su montura casi a arrodillarse en el suelo para golpear con su espada la parte posterior de la cabeza del otro jinete y lo dejaba tendido en el suelo sin sentido. Los espectadores lanzaron vítores de entusiasmo, Owen se quitó el yelmo y, levantando la espada, saludó a la jadeante y emocionada Maeve, cuyas mejillas se habían teñido de arrebol. Después dirigió una prolongada mirada asesina a Corbett.

El escribano inglés solo se preocupó por el amor de Maeve, pues siempre que ambos salían a pasear a caballo por la campiña, ella lo besaba y abrazaba con una pasión cada vez más apremiante. Corbett hubiera querido llegar un poco más lejos y esperaba que Maeve lo invitara finalmente a visitarla en su cámara. Se lo insinuó solo una vez, pero ella le contestó en tono ofendido que no pensaba regalarle su virginidad a un inglés que estaba allí solo de paso. Corbett estaba casi seguro de que la joven no hubiera deseado que él se fuera, pero ya llevaba cuatro semanas en Neath y sabía que el rey Eduardo estaría aguardando con impaciencia su regreso, aparte el hecho de que su continuada presencia en aquel lugar ya estaba empezando a aumentar la atmósfera de tensión que se respiraba en el castillo. Maeve lo amaba, pero disimulaba sus sentimientos con una agrídulce actitud de burla. Morgan no le prestaba la menor atención, Owen seguía sus pasos como un cazador y Ranulfo, aburrido y asustado por la abierta hostilidad de Owen, no paraba de preguntarle cuándo regresarían a Londres.

Por su parte, Corbett se preguntaba ansiosamente si Morgan les permitiría abandonar sanos y salvos el país y, en caso de que se lo permitiera, si Owen y sus hombres obedecerían la orden de su señor. Sin embargo, lo que más lo preocupaba era la esperada reacción del rey Eduardo: había averiguado muy pocas cosas en Neath y lo que había descubierto no constituía ninguna novedad: Morgan estaba deseando rebelarse, pero no existían pruebas, nada que pudiera relacionarlo con los franceses o con el traidor del consejo de Eduardo. Corbett había preguntado aquí y allá siempre que podía, pero las respuestas eran siempre unos semblantes inexpresivos. Maeve le dijo que recordaba a Talbot e incluso el día en que este había abandonado el castillo de Neath para siempre.

—Hubo una fuerte discusión entre Talbot y Owen —comentó—. Talbot pedía que le permitieran marcharse, pues estaba allí por deseo del rey, pero Owen se mostraba contrario a su partida.

—¿Por qué? —preguntó Corbett—. ¿Qué motivo tenía Owen para retener a Talbot?

—No lo sé —contestó Maeve en tono malhumorado, frunciendo el entrecejo—. ¡Solo oí que Owen decía a gritos que Talbot había estado entre las sillas de montar!

—Pero eso es absurdo. ¿Las sillas de montar? ¿Qué tienen de especial las sillas de montar?

—Cualquiera sabe —contestó Maeve—. Mi tío ordenó a gritos a Owen que dejara marchar a Talbot, pero no sin que antes se hubieran enviado a unos jinetes para

advertir a los hombres que estaban reconociendo el territorio de que Talbot emprendería el viaje. Poco después de su partida, Morgan envió a Owen y a un grupo de jinetes tras él. —Maeve se encogió de hombros—. ¿A quién le importaba Talbot? Era un espía inglés. Nadie lloró su muerte.

Corbett estuvo a punto de preguntarle si también pensaba que él era un espía inglés y, muy particularmente, si alguien, y especialmente ella, lloraría su muerte.

Capítulo XII

A John Balliol, rey de Escocia por la gracia de Dios y con el permiso de Eduardo de Inglaterra, le pareció que las murallas del castillo de Stirling estaban empapadas de sudor bajo el fuerte calor de la canícula. Los enjambres de moscas procedentes de los pútridos montones de estiércol del patio de abajo penetraban a través de las ventanas abiertas y volaban por encima de una mesa cubierta de restos de comida y vino derramado. Envuelto en sus gruesos ropajes con bordados de oro, Balliol se moría de calor. Su cuerpo chorreaba sudor y un hilillo de sucio líquido le salía por debajo de uno de los puños de la arrugada túnica dorada. Trató de no prestar atención a las conversaciones de los obispos y los grandes personajes de Escocia mientras contemplaba con una mueca de desagrado los restos de carne, las bandejas de pan y los grandes charcos de vino de Burdeos.

Los charcos de vino brillaban como si fueran unas grandes gotas de sangre y el rubio Balliol, con su enjuto rostro y sus ojillos de conejo, se preguntó si aquel vino no sería algo así como una advertencia o una profecía de lo que podría ocurrir. Al fin y al cabo, estaba conspirando contra su señor el rey Eduardo de Inglaterra y, si bien él era un hombre que tenía miedo de todo y de todo el mundo, Eduardo de Inglaterra le producía un terror especial. Solo Dios sabía en qué momento aquel hombre tan odioso decidiría subir al norte y, con la polvareda de los grandes carros del equipaje y los cascos de sus caballos en los caminos de Escocia, anunciaría una vez más a los escoceses la llegada de Eduardo de Inglaterra, el Martillo de su reino.

El ejército inglés era un espectáculo espléndido y terrible a la vez, un mortífero bosque en movimiento, pero, tal como John Balliol sabía por haberlo vivido en sus recurrentes pesadillas, el mayor motivo de terror era la alta figura de Eduardo, cuyo cuerpo conservaba todo el vigor de la juventud dentro de la coraza de acero, enfundado en su negra armadura y montado en un negro corcel enjaezado, con el rubio cabello levemente plateado por la edad volando al viento. Balliol se preguntó si el vino derramado significaba que, cuando Eduardo se enterara de su conspiración, invadiría una vez más Escocia y su poderoso ejército devastaría el reino desde el Tweed hasta las estribaciones de las colinas y las montañas del norte. Balliol lanzó un suspiro y se reclinó contra el respaldo de su duro asiento. Estaba un poco mareado, el estómago le gruñía y sentía un agudo dolor en el vientre. Una vez más lamentó que las inquietudes que estaba viviendo influyeran en su salud hasta tal extremo que, ni siquiera allí, en la cámara del consejo, podía controlar su cuerpo.

Balliol deseaba ser rey, pero, ahora que había ceñido la corona, se daba cuenta de lo grandes que eran sus responsabilidades. Escocia era una inmensa masa de bandos enfrentados; los barones de las Tierras Bajas despreciaban a los caudillos del norte y no se podía olvidar al Señor de las Islas, con sus ágiles galeras, siempre dispuesto a entrar en guerra con todo el mundo. ¿Cómo podría preservar la paz? Años atrás, el legítimo rey de Escocia Alejandro III había muerto en misteriosas circunstancias sin

dejar ningún heredero varón forzoso.

Los señores escoceses se habían disputado la sucesión mientras Eduardo de Inglaterra, como un enorme gato negro, permanecía tranquilamente sentado dejando que se desgastaran los unos a los otros antes de intervenir y anunciar solemnemente que el noble con más derecho a ceñir la corona era Balliol. En cuanto este hubo aceptado, Eduardo impuso al nuevo rey de Escocia unas condiciones tan duras que lo convirtieron en la práctica en su vasallo. Balliol había protestado repetidamente y Eduardo había regresado al norte para recordarle sus obligaciones. Balliol sabía que carecía de la fuerza necesaria no ya para enfrentarse con Eduardo, sino tan siquiera con sus propios barones. Se estremeció de vergüenza al recordar algunas de las humillaciones sufridas. Por ejemplo, ser denunciado por los mercaderes ingleses ante los tribunales del rey Eduardo para que respondiera de sus acciones y decisiones como si fuera un vulgar lacayo.

Como era de esperar, los grandes señores escoceses como los Bruce y los Comyn lo habían observado todo con mal disimulado regocijo y se habían burlado de él a su espalda, llamándolo marioneta de Eduardo, y él no había tenido más remedio que aguantarlo, aunque por dentro ardiera de cólera.

Sin embargo, ahora las cosas habían cambiado y la salvación le había llegado por donde menos esperaba. Felipe de Francia se había apoderado ilegalmente de Gascuña, diciéndole a Eduardo que tan vasallo era él de Francia como Balliol lo era de Inglaterra. Pero había más. Felipe había tejido alianzas en los Países Bajos y también con Eric de Noruega y deseaba que Escocia formara parte del gran designio de Francia contra Eduardo de Inglaterra. Al principio, Balliol se había negado, temiendo lo que Eduardo pudiera decir o hacer, pero Felipe le había asegurado que Inglaterra tenía graves dificultades en el sur de Gales y en Gascuña y tendría otras mucho mayores, pues Francia había introducido un espía en su consejo, un hombre muy próximo a Eduardo, el cual les vendía a los franceses todo lo que el rey de Inglaterra pensaba, decidía o planeaba hacer. Los franceses aseguraban que aquel traidor podía ser la llave para abrir la fuerza de Eduardo y exprimirla por completo tal como Felipe Augusto, casi cien años atrás, había conseguido exprimir el poder del rey Juan, el abuelo de Eduardo, y expulsarlo de Normandía.

Balliol había convocado inmediatamente a los miembros de su consejo en Stirling y los había sorprendido a todos, anunciándoles su intención de librarse del dominio de Eduardo, aliarse con Francia y Noruega y sellar la alianza, casándose con Juana de Valois, prima del rey Felipe IV de Francia. Al principio, los barones y los obispos se horrorizaron, pero después se alegraron de ver a su rey actuar por primera vez como tal. Se habían pasado largas horas discutiendo a propósito del mejor medio para alcanzar aquel fin y Balliol los había observado con expresión relamida, disfrutando por primera vez del verdadero poder real. Sin embargo, el terror que le inspiraba Eduardo le impedía pensar con claridad. Contempló a sus obispos y barones, siempre dispuestos a darle consejos y hacerle advertencias. Unos lobos, pensó, unas fieras

salvajes que lo despedazarían sin piedad en caso de que esta vez volviera a fallar.

Al final, cansado de la confusión y el caos que reinaban en la sala, Balliol levantó la copa de vino y la posó ruidosamente sobre la mesa. Volvió a golpear la mesa con ella en gesto de hastío al ver que nadie le hacía caso y pidió silencio con voz chillona. Poco a poco los consejeros interrumpieron sus discusiones y le miraron.

—Señores —dijo Balliol, percatándose de que estaba imitando sin querer la voz y los modales del rey Eduardo—, tenemos que tomar unas cuantas decisiones. Sabemos que Eduardo está debilitado por el traidor que alberga en su consejo y que ahora tiene que enfrentarse con las impresionantes alianzas que está tejiendo nuestro amigo Felipe de Francia. ¿Es nuestra intención abandonar nuestra lealtad a Eduardo y aliarnos con los franceses? ¿Es ese vuestro deseo?

Un coro de respuestas afirmativas y de rugidos de aprobación acogieron sus palabras. Balliol esbozó una sonrisa, asintió con la cabeza y se reclinó con aire cansado contra el respaldo de su asiento sin prestar atención a las conversaciones del fondo de la mesa. Ni él ni sus consejeros repararon en el joven escudero que abandonó la sala, bajó al patio del castillo, cruzó la gran entrada tan oscura como una cueva y se dirigió a la ciudad.

Robert Ogilvie, escudero de la corte escocesa, era un traidor. Había escuchado unas noticias y disponía de una información que el emisario inglés en Stirling le pagaría a precio de oro, nada menos que la identidad del traidor que se ocultaba en el consejo de Eduardo de Inglaterra. Aquel necio de Balliol había proclamado prácticamente a los cuatro vientos quién era, pero los miembros de su consejo o estaban bebidos o no habían tenido la suficiente perspicacia como para comprenderlo. A excepción de Ogilvie, el cual soñaba con la riqueza y el poder. El secreto que guardaba le permitiría alcanzar ambas cosas.

Ogilvie bajó por una angosta calle cubierta de excrementos que apestaba como un estercolero en medio del calor estival. Observó cómo un andrajoso mendigo manco apartaba de sí a un pobre perro bastardo, y el espectáculo de la desgracia ajena lo indujo a deleitarse en su propia suerte. Era joven, estaba sano y pronto sería muy rico. Cruzó la plaza del mercado sin prestar atención a los gritos de los buhoneros y mercachifles ni a las chucherías y baratijas que solían vender y entró en la fresca penumbra de la taberna iluminada tan solo por la luz del sol que penetraba a través de dos toscas ventanas abiertas en la pared. Al fondo de la sala lo esperaba su homólogo inglés.

Bueno, pensó el escocés, no exactamente inglés, sino más bien galés. Había acudido allí por unos asuntos relacionados con Eduardo de Inglaterra y había prolongado su estancia en la esperanza de obtener toda la información que pudiera. Ogilvie cruzó la estancia con una sonrisa en los labios, sabiendo que sus noticias dejarían boquiabierto de asombro al arrogante escribano galés.

Goronody De Rees se alegró mucho de ver a Ogilvie. Eduardo de Inglaterra lo había enviado como espía y aquel joven gallito escocés le sería muy útil. Pidió el

mejor vino y, cuando la moza se lo sirvió, llenó generosamente dos copas para que el escocés se tragara todo el vino mientras él se limitaba a tomar unos sorbitos. Escuchó atentamente las palabras del escocés y separó el trigo de la paja, las habladurías de la verdad y los hechos de las difamaciones que Ogilvie parecía especialmente empeñado en facilitarle. Comprendió que el escudero tenía algo importante que revelarle y adivinó que, con el tiempo y el vino suficientes, lo haría. Al final, Ogilvie, con el rostro arrebolado por el vino, hizo una pausa, tomó un buen trago de su copa y la posó ruidosamente sobre la mesa.

—Tengo una noticia especial —anunció en voz alta—, pero la vais a tener que pagar a un precio muy alto.

De Rees asintió con la cabeza, pues ya lo esperaba, y entonces el escocés le hizo unas sorprendentes revelaciones. De Rees le escuchó procurando disimular la emoción que sentía y, cuando Ogilvie terminó, sacó una tintineante bolsa, la depositó sobre la mesa y la empujó hacia Ogilvie.

—¡Te lo has ganado, escocés! —dijo—. Te lo has ganado muy bien.

Tras lo cual se levantó sin más y abandonó sigilosamente la taberna. Ogilvie, bajo los efectos del vino, contempló la bolsa, la tomó cuidadosamente, se la guardó bajo el manto, apuró el contenido de su copa y se levantó para marcharse.

Dos hombres sentados al fondo de la taberna habían observado atentamente la pequeña escena y, en cuanto Ogilvie salió a la calle tambaleándose, rompieron el silencio.

—¿Crees que Ogilvie se lo ha dicho? —preguntó el primero.

—¡Por supuesto que sí! —contestó el segundo—. Por eso le ha entregado la bolsa.

—Y ahora, ¿qué?

El otro se encogió de hombros.

—El emisario de Eduardo ya tiene la noticia. ¿Qué hacemos con Ogilvie?

El primer hombre se volvió a mirar a su compañero con una sonrisa en los labios.

—Ha prestado el servicio que se esperaba de él. ¡Procura reunirte con él esta noche y córtale la garganta!

Capítulo XIII

Cuando ya llevaba seis semanas en Neath, Corbett estaba tan perplejo y nervioso como un perro sujeto con una correa. No había descubierto nada, no le apetecía dejar a Maeve y se sentía cada vez más atrapado, pues lord Morgan ignoraba amablemente sus reiteradas peticiones de permiso para regresar a Londres. Los días transcurrían tan lentamente que la solución de sus dificultades lo pilló por sorpresa y fue tan rápida como la espada que abandona la vaina o el zumbido de una flecha en el aire.

El martes siguiente al solsticio de verano, el castillo se vio envuelto en un frenesí de actividad. Por la noche, cuando Corbett y Ranulfo regresaron a su habitación, encontraron a Owen vestido de negro y posado como un pajarraco en el estrecho alféizar de una de las ventanas.

—Soy portador de un mensaje de lord Morgan —anunció Owen—. Deberéis permanecer confinados en vuestro aposento.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Corbett—. Hace unas cuantas semanas ocurrió lo mismo. Lord Morgan tiene un extraño concepto de la hospitalidad. ¿Por qué nos trata de esta manera? ¿Qué pretende ocultar?

Owen saltó al suelo con la agilidad de un gato y se acercó tanto a Corbett que este aspiró el rancio olor de su sudor y vio las amarillentas manchas de sus ojos oblicuos.

—¡Lord Morgan —dijo Owen— puede hacer lo que quiera en su castillo y en sus dominios, no lo olvidéis, inglés!

Después, pasó por delante de Corbett y bajó velozmente los peldaños de la estrecha escalera de caracol.

Owen tenía razón. Morgan podía hacer lo que quisiera y tanto él como Ranulfo permanecieron prácticamente prisioneros en su aposento hasta el lunes siguiente. Fue una experiencia que ninguno de los dos hubiera querido repetir. Corbett paseaba arriba y abajo, contestaba con muy malos modos a Ranulfo o se tendía en la carriola, mirando enfurecido hacia el techo mientras se preguntaba qué estaría tramando Morgan, aunque ya tenía cierta idea.

Corbett también sabía que, a pesar del amor que le profesaba a Maeve, tendría que irse de Neath con las manos vacías. El rey se pondría furioso cuando supiera que no había averiguado nada después de haberse pasado seis semanas en Gales. Ranulfo trataba de consolarle, ofreciéndose a enseñarle a jugar a los dados, engañar y ganar, pero solo conseguía arrancarle unas pocas palabras de gratitud. Les subían las comidas a la habitación y Maeve visitaba a Corbett, pero la presencia de Ranulfo limitaba el gozo de la mutua compañía y los encuentros se reducían a las preguntas de Corbett acerca de lo que estaba ocurriendo y a las evasivas respuestas de Maeve. La habitación estaba permanentemente vigilada por tres o cuatro facinerosos de Owen, los cuales montaban guardia en el estrecho pasadizo del exterior de la estancia y solo les permitían salir para visitar el retrete situado en un cercano rincón.

Corbett trataba por todos los medios de averiguar el motivo de su detención y se pasaba casi todo el rato haciendo preguntas retóricas sin dirigirse a nadie en particular, aunque Ranulfo trataba siempre de contestarle. Al final, el joven, harto de tantas preguntas, comentó que Corbett no tendría ninguna dificultad en averiguar el motivo de su detención provisional.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Corbett.

—Preguntádselo a Gareth —contestó Ranulfo—. Anda constantemente por ahí, observándolo todo.

—¡Pero si es un pobre necio!

—No —dijo Ranulfo sonriendo—. Se hace pasar por tonto, pero, si le dais unas cuantas monedas, hablará como un cuerdo.

Corbett soltó un gruñido y se tendió de lado, pero una idea había empezado a tomar cuerpo en su mente.

El lunes siguiente, a última hora de la mañana, un sonriente Owen ordenó a los guardias que se retiraran y anunció que Corbett y Ranulfo eran libres de ir adónde quisieran y que ello incluía su regreso a Londres. Aquella misma noche lord Morgan repitió la invitación, dando a entender con toda claridad que los ingleses llevaban allí más tiempo del debido y ya era hora de que se fueran. Corbett miró tristemente a Maeve, la cual se mordió el labio, pero asintió casi imperceptiblemente con la cabeza. Corbett comprendió lo que la muchacha estaba intentando decirle, pero, a la mañana siguiente, Maeve pareció esquivarle y tanto Morgan como Owen procuraron por todos los medios que ambos no tuvieran ocasión de verse ni de hablarse.

Corbett percibió también un cambio en la atmósfera del castillo: todo el mundo se mostraba más distante y los criados los trataban con visible desprecio. Se aspiraba una amenaza en el aire y un silencioso riesgo parecía acechar en los más oscuros rincones de la fortaleza. Corbett, a pesar de su larga experiencia en las aulas de Oxford y de su profundo conocimiento de las argucias legales de la Cancillería y el tribunal del Tesoro, prefirió confiar en su instinto y creyó que corría peligro y le convenía luchar o escapar. No obstante, recordando el consejo de Ranulfo, fue en busca de Gareth y lo encontró sentado en un rincón del parapeto en lo alto de la muralla.

—¿Cómo estás, Gareth?

El hombre sonrió mientras un hilillo de saliva se le escapaba de la boca. Corbett miró rápidamente a su alrededor, rebuscó en su bolsa y sacó una moneda de plata.

—Eso es para ti, Gareth, si me dices algo sobre los barcos que acaban de zarpar.

El escribano estudió atentamente a Gareth y le pareció ver en sus húmedos ojos un destello de inteligencia y comprensión.

—¿Qué barcos? ¿Qué desea saber mi señor inglés de los barcos?

—¿O sea que sabes que hubo unos barcos?

Corbett se agachó y sacó otra moneda. Gareth miró a su alrededor, moviendo los ojos cual si fueran unas burbujas de agua.

—Tres barcos —murmuró, alargando la mano.

—Ya —dijo Corbett, retirando la suya—. ¿Qué barcos?

—Franceses —contestó Gareth—. Me dije que eran franceses porque llevaban unos grandes estandartes azul y oro. Un espectáculo espléndido, mi señor espía.

Corbett miró fijamente a Gareth y sonrió, comprendiendo que Ranulfo tenía razón. Aquel hombre se hacía pasar por loco. Gareth confirmó sus sospechas: los franceses visitaban Neath y sus barcos podían ocultarse fácilmente en las desiertas calas de la desolada costa del sur de Gales. Ello explicaba la presencia de los faros, la misteriosa conducta de Morgan y su bien surtida bodega, si bien Corbett sospechaba que los franceses transportaban armas y pertrechos amén de toneles de exquisito vino de Burdeos. Felipe quería provocar una rebelión en Gales y Morgan era su principal aliado, pero ¿existía alguna relación con el espía de Felipe en el consejo de Eduardo?

Corbett vació su bolsa y le mostró a Gareth un puñado de monedas.

—Son tuyas —le dijo—, si me puedes decir por qué murió Talbot.

Gareth se secó la saliva de la boca y, mientras estudiaba a Corbett, la estúpida mirada de sus ojos se transformó en una taimada expresión de cautela.

—Maese Talbot —dijo babeando— era un hombre muy preguntón que también me pagaba.

El anciano alargó una mugrienta mano semejante a una garra y Corbett arrojó sobre su palma unas cuantas monedas.

—Gareth —le dijo en tono de advertencia—, se me está acabando la paciencia.

Gareth le miró sonriendo.

—Maese Talbot tuvo una pelea con lord Morgan.

—¿Qué dijeron?

—Nada. Lord Morgan acusó a Talbot de fisgar donde no debía.

—¿Alguna otra cosa?

—No, pero oí que Talbot, maese Talbot quiero decir, comentaba algo sobre una silla de montar. Supongo que quería marcharse, pero hubo otra cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Un hombre llamado Waterdoun.

—¿Quieres decir Waterton?

—Sí, creo que sí. Oí a lord Morgan y a maese Talbot mencionar ese nombre.

—¿Algo más?

Gareth se volvió, mirando con expresión taimada por el rabillo del ojo.

—Oh, no —contestó—. Eso es todo lo que sabe Gareth. ¿Por qué no pagarle a Gareth el dinero que se merece?

Corbett le entregó el resto de las monedas y se levantó para retirarse. Oyó unas pisadas en los peldaños de la escalera que conducía al pasillo del parapeto y se apartó rápidamente del anciano, pero, justo en aquel momento, apareció Owen y le cerró el paso, plantándose delante de él con las piernas separadas. Vestido de negro, el capitán de la guardia parecía un cuervo de lustroso y bien cuidado plumaje. Sus ojos miraron

primero a Corbett con un destello de rabia y después se desviaron hacia el lugar donde Gareth permanecía acurrucado en el suelo con expresión aterrada.

—O sea que los ingleses han estado conversando —dijo el galés con un sonsonete — y ahora maese Corbett se tiene que ir. En fin.

Se apartó a un lado, se inclinó en burlona reverencia y le señaló a Corbett la escalera, haciendo un ceremonioso gesto con las manos. El escribano se volvió y miró con tristeza a Gareth, agachado en el suelo como un conejo asustado. No podía hacer nada por él y, además, tenía que preparar su partida. Asiendo el puño de la daga bajo la capa, Corbett miró enfurecido a Owen y, con la garganta seca y el corazón latiendo violentamente en su pecho, pasó por su lado y empezó a bajar los peldaños de la escalera, medio esperando que Owen lo desafiara. Prestó atención por si oía el silbido del acero de una espada o una daga al salir de la vaina.

Pero no hubo nada. Corbett alcanzó el pie de la escalera, cruzó el patio del castillo y subió los peldaños de la torre del homenaje. Una vez dentro, cerró la puerta y se apoyó contra las frías y grises piedras, tratando de dominar el terror que le había empapado el cuerpo en sudor y amenazaba con derretirle las entrañas y las piernas. Respiró hondo, tragando bocanadas de aire hasta que su corazón se calmó y el calor regresó poco a poco a su cuerpo.

Hubiera deseado permanecer escondido en la oscuridad, pero tenía que preparar el viaje. Lanzó un suspiro y subió muy despacio hacia su habitación. Una vez allí, dejó la puerta abierta y empezó a colocar todas sus pertenencias en las alforjas, cuidado de guardar debidamente las bolsas, los documentos y los memorandos secretos. Rebuscó en el más grande de los baúles hasta que encontró lo que estaba buscando, lo sacó y prestó atención por si oía algún ruido en la escalera que tenía a su espalda. Oyó el suave rumor de unas botas y rezó para que no fuera Ranulfo. Se colgó la sudadera del brazo, vio cómo la puerta se abría hacia adentro y Owen penetró en la estancia cual si fuera la imagen de la muerte. Sostenía una espada en la mano. Corbett vio unas salpicaduras de sangre en el filo y la punta del arma.

—Cualquiera diría que me estabais esperando, inglés.

—Os esperaba, Owen —dijo Corbett, clavando los ojos en la espada—. ¿Cómo está Gareth?

—Gareth ha muerto —contestó Owen esbozando una radiante sonrisa de satisfacción—. Siempre pensé que se hacía pasar por loco. Se lo había dicho y repetido muchas veces a lord Morgan, pero, tal como vos habéis podido comprobar, ¡mi señor tiene el corazón tan tierno como su sobrina Maeve!

—Como su sobrina Maeve —repitió Corbett, alegrándose al ver el leve rubor de cólera que se había encendido en el rostro de Owen—. Y vos, mi señor galés —añadió—, ¿a qué habéis venido?

—¡A mataros!

—¿Por qué?

—Primero, porque sois inglés. Segundo, porque estáis al servicio del rey inglés,

tercero, porque sois un espía y, finalmente, porque me da la gana.

—¿Y eso por qué? —preguntó Corbett, provocándolo—. ¿Por qué Maeve me ama?

Echando la cabeza hacia atrás, Owen soltó una sonora carcajada y entonces Corbett ya no esperó más. Dejó caer la sudadera al suelo, soltó el cierre de la pequeña ballesta de malla de acero y la dentada flecha salió disparada hacia el pecho de Owen y lo alcanzó justo por debajo del corazón, arrojándolo contra la puerta entreabierta. Owen soltó un gruñido y miró con asombro a Corbett mientras se desplomaba al suelo. Una gran mancha oscura rodeaba la flecha profundamente clavada en su pecho y una rosada espuma le asomaba por la boca.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro—. ¿Por qué así?

—Como todos los asesinos —contestó Corbett—, habláis demasiado.

Pero Owen ya no le podía oír. Emitió un gemido, escupió sangre y la cabeza le cayó hacia adelante mientras exhalaba el último suspiro. Corbett se acercó a él, apoyó un dedo en la garganta y se sintió culpable al sentir el calor que todavía perduraba en la piel, aunque lanzó un suspiro de alivio al comprobar que ya no se percibían los latidos del corazón. Experimentó un sobresalto y acercó la mano al puño de la daga cuando la puerta fue empujada repentinamente hacia adentro y el cuerpo de Owen cayó boca abajo. Maeve se encontraba en la puerta con el rostro tan blanco como la nieve, la boca abierta y el pecho subiendo y bajando afanosamente como si tratara de ahogar un grito.

—¡Hugo! —exclamó—, he visto a Owen cruzando el patio con la espada desenvainada y he adivinado que venía hacia acá. Pero esperaba...

—¿Encontrar a Owen vivo y a mí muerto? —preguntó Corbett, interrumpiéndola.

Maeve asintió con la cabeza, contemplando a Owen con el rostro desencajado por el terror.

—¿Está muerto?

Corbett asintió con la cabeza.

—Mató a Gareth y vino para asesinarme a mí.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? —replicó Corbett, dejándose caer pesadamente en la cama—. Maeve, vos sabéis por qué razón me enviaron aquí. Sé que vuestro tío está conspirando contra el rey. Tiene que dejar de hacerlo. Felipe de Francia se sirve de él porque le conviene. Owen sabía que yo era un espía y me odiaba por eso y porque os amo.

—¿Es cierto que me amáis? —Maeve se acercó a Corbett, pasando cuidadosamente junto al cadáver de Owen—. Oh, inglés —añadió—, estoy aquí en mi castillo con el cadáver de un hombre que me hubiera defendido contra el mundo y, sin embargo, yo lo desprecio a causa de un inglés que es un espía y dice que me ama. Pero ¿de veras me amáis?

Corbett asió sus blancas manos apretadas y la atrajo hacia sí para besarla.

—Con todo mi corazón —musitó en un ronco susurro—. ¡Venid conmigo, Maeve, os lo suplico!

Ella le dio un suave beso en la frente y le acarició una mejilla, recorriendo con la yema de un dedo el contorno de su boca.

—No puedo —contestó en voz baja—, pero vos tenéis que iros enseguida. —Acalló cualquier protesta de Corbett, cubriéndole suavemente la boca con sus dedos—. Debéis iros, pues, de lo contrario, mi tío os matará por la muerte de Owen. No os vayáis a caballo, sino por mar. Os enseñaré cómo. —Miró a su alrededor—. ¡Id en busca de Ranulfo ahora mismo! —le ordenó.

Corbett se levantó y estaba a punto de decir algo, pero, al ver la decidida expresión de su rostro, se apresuró a obedecer.

Encontró a Ranulfo en uno de los edificios anexos, protegiéndose de los ardientes rayos del sol de la tarde junto con algunos miembros de la guarnición. Estaba tratando de seducir a una moza que se empeñaba en hablar galés y se negaba a aceptar sus cumplidos. Corbett lo arrastró fuera, le explicó en voz baja lo ocurrido y, ahogando el horrorizado grito del joven con un fuerte puntapié en su espinilla, regresó con él a su habitación de la torre del homenaje. Temía que los soldados de la guarnición despertaran de su siesta y empezaran a hacer preguntas. No se hacía ninguna ilusión acerca de lo que iba a ocurrir en caso de que todavía se encontraran en Neath cuando se descubriera el cadáver de Owen. Maeve estaba todavía en la estancia.

La muchacha ya había llenado las alforjas y ajustado las correas. Ranulfo emitió un leve jadeo de temor al ver el cadáver de Owen, pero Maeve le ordenó que se callara y les hizo señas a los dos de que la siguieran. Bajaron rápidamente los peldaños de la torre del homenaje, pasando por delante de la sala principal del castillo en la que algunos criados ya habían reanudado sus tareas para gran alarma de Corbett, el cual oyó el gañido del perro del espetón, una pequeña criatura de espalda encorvada, que, atada a un poste de hierro, empujaba los dientes y las ruedas que hacían girar un enorme asador. Se oyeron unos gritos y apareció un gato con un ratón en la boca. Maeve salió con ellos de la torre del homenaje y, siguiendo su perímetro, llegó a una puerta de madera adornada con tachones de hierro y trató de correr el pesado pestillo.

Corbett miró nerviosamente a su alrededor: los soldados de la guarnición estaban despertando lentamente de su siesta vespertina, una moza cantaba suavemente y un perro se estaba desperezando sin prestar la menor atención a las moscas que zumbaban alrededor de su cabeza. Un grito quebraría muy pronto el silencio, cuando alguien descubriera el cuerpo de Owen o el de Gareth. Maeve volvió a empujar el pestillo y Corbett trató de vencer el miedo, moviéndose nerviosamente bajo el peso de las alforjas que llevaba colgadas de los hombros mientras Ranulfo gemía de temor a su lado. Al final, la puerta se abrió con un crujido. Maeve les dijo en voz baja que tuvieran cuidado y bajó muy despacio por unos peldaños resbaladizos. Unas

antorchas cubiertas de pez ardían y parpadeaban desde sus oxidados candelabros, iluminando los húmedos muros.

Al llegar al pie de los peldaños, Maeve tomó una antorcha y los acompañó a través de un oscuro pasadizo, sorteando cuidadosamente los montículos de barro que cubrían el suelo. Había otros pasadizos que se irradiaban en distintas direcciones desde el pasadizo principal. Corbett comprendió que conducían a las mazmorras y los almacenes del castillo. Maeve, que encabezaba la marcha, volvió una vez la cabeza y les exigió silencio total con gesto autoritario. Corbett tosió e inmediatamente se dio cuenta de que el eco se propagaba por los pasadizos como el estruendo de unos pies calzados con escarpes. Se detuvo, se quedó paralizado como un conejo, pero, apremiado por los gestos de Maeve, la siguió por el pasadizo, que era cada vez más frío y oscuro. Corbett se preguntó adónde se dirigían. Una gélida brisa hacía parpadear y danzar la llama de la antorcha. Una rata se cruzó en su camino soltando un atemorizado chillido mientras, por encima de sus cabezas, se oían los susurros y aleteos de unos murciélagos. Un lejano fragor parecido al de los cascos de unos caballos antes de que sus jinetes los lanzaran al ataque lo indujo a detenerse hasta que se dio cuenta de que era el rugido del mar.

La cueva era cada vez más clara y húmeda. De pronto, doblaron una esquina y Corbett estuvo casi a punto de lanzar un jadeo de alivio al vez la luz del sol penetrando a través de la boca de la cueva. En cuanto salieron del pasadizo, el escribano miró a su alrededor y vio a su espalda los escarpados peñascos de Neath y, más allá de la arena y los guijarros, la vasta extensión del mar bajo un claro cielo azul. Maeve se detuvo y señaló la orilla.

—Si seguís la línea de las rocas, llegaréis a una pequeña aldea de pescadores. — Se quitó del dedo una sortija en forma de cruz celta y se la entregó a Corbett—. Entregádsela a Griffith el pescador. Decidle que os la he dado yo. Él os llevará bordeando la costa hasta Bristol.

—Maeve, ¿no queréis ir con nosotros?

—¡Debéis iros, Hugo, os lo ruego! Ese es el único medio. Los hombres de mi tío os perseguirían y os darían alcance.

Corbett tomó su mano y la miró sonriendo.

—¿Y lord Morgan no controla a los pescadores de los mares?

—No —contestó Maeve—. Debéis saber que tales derechos se los cedió vuestro rey al conde de Richmond. Mi tío está negociando para adquirirlos. ¿Por qué? ¿Suced algo? —preguntó al ver la sorprendida mirada de Corbett.

—Nada —contestó Corbett en un susurro—. Nada en absoluto.

—Pues entonces debéis iros —dijo la joven, estampando un suave beso en su mejilla antes de dar media vuelta para retirarse.

—Maeve —dijo Corbett, sacándose del dedo la sortija de su difunta esposa—. ¡Tomadla y no me olvidéis!

Maeve asintió con la cabeza, tomó la sortija y se alejó en silencio hacia el

pasadizo.

Capítulo XIV

Cuando Corbett se volvió, la playa le pareció más desierta y el sol había perdido parte de su dorado fulgor. Hubiera deseado quedarse y llamar a Maeve. Se había acostumbrado tanto a su presencia que ya la echaba de menos tal como un hombre acostumbrado al fuego de una chimenea echa de menos el calor cuando se aparta de él. Por encima de su cabeza las gaviotas emitían sus solitarios gritos y él sintió que la desolación lo rodeaba como la bruma que envuelve un pantano. Se frotó la mejilla, vio que Ranulfo estaba hundiendo la punta de una bota en la arena y despertó a la realidad del peligro que corrían.

—Ranulfo —dijo en un susurro—, tenemos que irnos. La marea subirá y nos dejará atrapados contra las rocas.

Soltando gemidos y maldiciones, Ranulfo tomó las pesadas alforjas y lo siguió. Avanzaron pegados a las rocas, ocultos a la mirada de cualquier posible observador, pero Corbett tampoco quería molestar a las gaviotas y los cormoranes que se habían congregado en la orilla, bañada por la espuma de las olas. Un repentino revuelo de pájaros hubiera llamado la atención. Mientras caminaban, el sol estival, convertido en una bola anaranjada, empezó a ponerse, tiñendo el mar con resplandores de fuego. No se veía la menor señal de persecución y Corbett confiaba en que Morgan, probablemente engañado por Maeve, los estuviera buscando por el valle de Neath y hubiera enviado partidas de búsqueda y sellado las entradas del valle en un intento de atraparlos y matarlos. El único peligro que corrían en aquellos momentos eran las cada vez más cercanas aguas del mar que amenazaba con dejarlos aislados a medida que subía la marea. Corbett instó a Ranulfo a apurar el paso y no apartarse de las rocas.

Al rodear un escollo, Corbett estuvo casi a punto de lanzar un grito de alegría. Las rocas bajaban de repente hacia una caleta en cuyo extremo se encontraba la pequeña aldea de pescadores que Maeve le había mencionado. Corbett le dijo a Ranulfo que no se apartara de las rocas durante el descenso, pues los hombres de Morgan podían estar en la aldea y él no quería caer en una trampa. El escribano dejó a su criado al pie del camino mientras él subía en silencio por la cuesta de la colina y se agachaba detrás de unos helechos para contemplar la escena que tenía delante. La aldea estaba integrada por unas cuantas chozas de madera y argamasa, cada una con su pequeño huerto rodeado por una frágil valla. Las techumbres de paja bajaban hasta casi cubrir las cuadradas ventanas abiertas, algunas de las cuales estaban protegidas con unos gruesos lienzos de lona o de cuero. Cerca de las chozas había unas alargadas tablas sostenidas por unos pilares de madera de fresno, sobre las cuales se limpiaba y se ponía a secar el pescado. Debajo de las tablas se amontonaban los desperdicios. Desde el lugar donde se encontraba, Corbett aspiró el hedor del pescado podrido y otras inmundicias, y experimentó un acceso de náuseas. La aldea parecía muy tranquila y unos niños casi desnudos jugaban entre unos cuantos perros bastardos y

unos ventrudos cerdos que hocicaban en el suelo. De vez en cuando, una mujer apartaba la cortina de cuero de la puerta de alguna choza y llamaba a unos hombres que, sentados en un banco, bebían y jugaban distraídamente a los dados. No se veía ni rastro de los hombres de Morgan. Corbett lanzó un profundo suspiro, se levantó y entró en la aldea.

Uno de los perros corrió hacia él con la cabeza extendida hacia adelante y le enseñó amenazadoramente los dientes antes de echársele encima con las fauces abiertas. Corbett lo apartó con la bota y el perro dio media vuelta y se alejó corriendo mientras uno de los hombres se levantaba, gritando y gesticulando.

Corbett se acercó a él.

—Griffith —le dijo—, la señora Maeve me ha dicho que te pida ayuda.

El hombre, bajito, grueso, medio calvo y con la piel del mismo color y la misma textura del cuero, se lo quedó mirando mientras con una enorme y musculosa mano se acariciaba una espesa barba negra como el azabache que le llegaba hasta el pecho. Contestó en galés, pero Corbett tuvo la certeza de que entendía el inglés.

—Me envía la señora Maeve —repitió Corbett—. Me dijo que le entregara este anillo a Griffith.

Abrió la mano para mostrar el anillo y el hombre se apresuró a tomarlo.

—Me lo quedo —dijo el hombre en perfecto inglés—. Soy Griffith. ¿Qué desea la señora Maeve?

—Que me traslades al otro lado del Severn hasta Bristol.

Griffith soltó un gruñido, se encogió de hombros y se retiró. Se acercó al pequeño grupo de mirones y se volvió.

—¡Venid! —gritó, haciéndoles apremiantes señas de que se acercaran—. ¡Venid! —repitió—. ¡Nos vamos!

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—La marea está subiendo —protestó Corbett—. No podemos salir.

Griffith le miró con sus infantiles ojos azules.

—Podemos quedarnos si queréis —dijo—, pero nos hemos enterado de que los hombres de lord Morgan están batiendo la campiña. Podemos quedarnos aquí hasta que lleguen si queréis.

Corbett sonrió y se subió un poco más las correas de las alforjas sobre el hombro.

—Tenéis razón —dijo—. Debemos irnos cuanto antes.

Griffith asintió con la cabeza, pasó por su lado y lo acompañó al sendero donde Ranulfo los estaba esperando. Griffith se detuvo, miró a su alrededor y les indicó por señas que lo siguieran.

Cruzaron la húmeda arena hasta el lugar donde las embarcaciones de pesca estaban varadas y ligeramente amarradas a unas grandes estacas clavadas en la arena. Griffith soltó la más grande de ellas ya preparada para hacerse a la mar con dos toneles de agua y dos ollas de barro. Corbett comprendió que, en circunstancias

normales, Griffith y sus compañeros hubieran esperado a que bajara la marea al atardecer para salir y echar las redes. Resollando a causa del esfuerzo, empujaron la embarcación hasta la orilla del agua, tarea harto difícil en aquellos momentos, pues las olas apresaban la barca como apresa un hombre a su enamorada, pero, al final, consiguieron que se balanceara sobre las olas, ansiosa de abandonar la tierra y adentrarse en mar abierto. Griffith saltó al interior de la barca, seguido de Corbett y Ranulfo. El galés se puso a la caña del timón y ordenó a Corbett y a Ranulfo que tomaran los remos y empezaran a remar. Griffith permaneció sentado como un demonio mientras instaba a los ingleses a empujar con fuerza, soltando maldiciones en voz alta cada vez que se inclinaban jadeando sobre los remos.

—Vamos, caballeros —les decía en tono burlón—, debéis remar sin descanso para que podamos alejarnos de la tierra donde tendríamos que esperar a que bajara la marea.

Siguieron remando hasta que el sol se hundió en el mar entre brillantes destellos de color rojo. Solo entonces Griffith les ordenó que descansaran y ambos se desplomaron sobre los bancos casi sin resuello hasta que Griffith los despertó con unos cuencos de agua y unos trozos de pescado seco.

Comieron mecidos por el vaivén del barco sobre el agua. Griffith desplegó una enorme vela cuadrada y los tres se quedaron dormidos mientras la embarcación surcaba las olas bajo la limpia y clara noche estival. Pero Corbett no sentía el menor interés por disfrutar de la noche, la brisa o el oscuro cielo con su blanca luna y sus refulgentes estrellas.

Mientras Ranulfo dormía, el escribano se tendió sobre su capa casi llorando de pena por el hecho de haber tenido que dejar a Maeve. Durante los ocho días que duró la travesía se sintió demasiado deprimido como para marearse o atragantarse con los sencillos alimentos que Griffith les proporcionaba. Una o dos veces trató de sonsacarle algo al galés sobre la señora Maeve, pero, al no conseguir su propósito, empezó a hacerle preguntas sobre las negociaciones del conde de Richmond con lord Morgan a propósito de los derechos de pesca en la costa del sur de Gales, pero Griffith se negó a contestar.

Prosiguieron la travesía, que duró más de una semana, favorecida por los cálidos vientos que los llevaron por los caminos del mar hasta la ciudad de Bristol, donde los tres, visiblemente aliviados por el hecho de encontrarse en aguas inglesas, contemplaron cómo los grandes bajeles, las embarcaciones de guerra y los barcos mercantes zarpaban o arribaban al gran puerto. Desembarcaron al anochecer, introduciéndose entre dos grandes barcos de carga. Corbett le entregó a Griffith unas monedas de oro, el galés las tomó sin darle las gracias y, dejando las alforjas en el adoquinado muelle, regresó a su embarcación.

Ranulfo estaba fuera de sí de contento por el hecho de haber podido salir de Neath. Corbett sentía el mismo alivio, pero este solo le servía para cubrir el dolor de la pérdida de Maeve y la irritación por los pocos resultados obtenidos con tan

peligroso viaje. Tomaron sus alforjas y echaron a andar por el bullicioso muelle entre morenos y bajitos marineros portugueses con aretes de oro o de perlas en las orejas, arrogantes mercaderes hanseáticos con sus ropajes oscuros y sus castoreños, flamencos, renanos, hombres de Hainault y genoveses cuyas variadas lenguas y exóticos ropajes le hicieron recordar a Corbett el relato de la Torre de Babel de la Biblia. Hacía calor y el escribano se sentía un poco aturdido e inseguro después de los días pasados en la barca de pesca, bebiendo agua rancia y pescado salado.

Abandonaron el puerto y Corbett tuvo que tirar de Ranulfo para apartarlo de la contemplación de unos negros cadalsos de tres brazos, cada uno de ellos con el cadáver de un pirata de río pudriéndose bajo el sol estival y condenado a colgar allí durante siete subidas de la marea. El escribano y su criado se dirigieron a la ciudad, cruzando la gran plaza del mercado donde los comerciantes ya estaban retirando los toldos a rayas, los palos y los tenderetes bajo la atenta mirada de los vigilantes del mercado.

Unos borrachos, que no paraban de cantar y armar alboroto, estaban siendo conducidos a una larga hilera de cepos colocados en una plataforma al fondo de la plaza, donde permanecerían hasta que se les pasara la borrachera. Un buhonero, en su desesperado afán por vender algo, proclamaba a gritos su mercancía: alfileres, agujas, cintas y baratijas. Un ladrón, de pie junto a un gran abrevadero de caballos, estaba siendo acribillado con despojos de animales; los perros y los gatos se peleaban como guerreros por un montón de desperdicios; y varios campesinos con sus familias, agotados después del duro esfuerzo de la jornada, regresaban a sus casas en unos ruidosos carros.

Corbett y Ranulfo contemplaron aquel espectáculo tan distinto de la extraña y exótica rutina del castillo de Neath. Ranulfo dirigía miradas anhelantes a las tabernas, pero Corbett, preguntándose qué estaría haciendo Maeve, lo instaba a seguir adelante con gesto malhumorado. Al salir del mercado, se adentraron en un laberinto de callejuelas cuyas casas de entramado de madera se elevaban como árboles por encima de sus cabezas. Corbett ya había decidido dónde se iban a hospedar y estuvo casi a punto de lanzar un grito de alivio cuando dejó las calles a su espalda y empezó a subir por el camino que conducía al monasterio agustino.

El escribano conocía vagamente al prior y confiaba en que la amistad, las cartas y los documentos reales les aseguraran una cordial bienvenida. No sufrió una decepción: un anciano y sonriente hermano lego los acompañó a un austero aposento de huéspedes, les sirvió unas jarras de cerveza y les anunció en voz baja que el prior se reuniría con ellos en cuanto terminara el rezo de vísperas. Después se sentó delante de ellos y les miró sonriendo mientras se bebían la cerveza.

Al final, mientras sonaban las campanas del priorato, entró el prior, abrazó a Corbett, estrechó la mano de Ranulfo y accedió de mil amores a hospedarlos. Les facilitaron dos pequeñas celdas de blancas paredes recién encaladas. Ambos se bañaron juntos en una enorme tina del cuarto de la colada del monasterio y, tras

cambiarse las empapadas capas cubiertas de sal, bajaron al refectorio.

Después, Ranulfo decidió salir a dar un paseo por el recinto del monasterio para disfrutar de lo mejor que podían ofrecer las brisas nocturnas, explicó, imitando la manera de hablar de Corbett e, incumpliendo abiertamente la orden que le había dado su amo de cuidar de sus pertenencias, lo dejó plantado. Corbett lo miró enfurecido, lanzó un suspiro y se dirigió a la capilla. El interior de la capilla estaba muy frío y oscuro. Solo las puras llamas de las velas de unos grandes candelabros disipaban la penumbra del anochecer, proyectando en los muros unas móviles sombras espectrales. Al fondo del presbiterio, detrás del labrado antealtar, los monjes permanecían de pie en sus siales entonando los rezos de completas mientras sus palabras resonaban como lejanos truenos, repitiendo las puras notas del solista.

Corbett se agachó junto a la base de una enorme columna redonda de la nave del templo y dejó que los rítmicos cantos le serenaran el espíritu. *Dixi in excessu meo, omnes homines mendaces*^[11]. Corbett no prestó atención a la gutural respuesta de los monjes a las palabras del salmo. ¿De veras todos los hombres eran unos mentirosos? ¿Y las mujeres? ¿Lo era Maeve? La sensación agri dulce de su pérdida le atenazó el corazón. ¿La volvería a ver alguna vez? ¿Y ella lo recordaría o dejaría que su recuerdo se perdiera como el agua en la arena? Los monjes entonaron el himno de alabanza que marcaba el término del oficio: *Gloria Patri et Filio et Spiritu Sancto*. Lanzó un suspiro, se levantó, estiró los entumecidos músculos y atravesó los claustros para regresar a su celda.

Una vez allí, sacó los útiles de escribir y redactó una apresurada carta a Maeve, confiando en que el prior la entregara a algún mercader, buhonero o pescador. La selló con lacre y pensó que la carta tardaría varias semanas en llegar a manos de Maeve, siempre y cuando llegara.

Después anotó rápidamente las conclusiones a las que había llegado:

Ítem. Había un traidor en el consejo del rey Eduardo.

Otrosí. El traidor se comunicaba con los franceses y, probablemente, con los traidores de Gales.

Otrosí. La traición había empezado tras la desastrosa expedición del conde de Richmond, en la cual Inglaterra había perdido el ducado de Gascuña.

Otrosí. El escribano Waterton: su madre era francesa y su padre un rebelde contra el rey. Vivía por encima de sus posibilidades, era cortejado por los franceses y se reunía en secreto con el principal espía de Felipe IV. Era un antiguo escribano de la casa del conde de Richmond y, al parecer, mantenía relaciones con lord Morgan de Neath.

Otrosí. ¿Era Waterton un traidor? ¿O acaso lo era su señor, el conde de Richmond?

La mirada de Corbett se perdió en la oscuridad, pero sus ojos solo vieron el hermoso

rostro de Maeve mientras una fría soledad le apresaba el alma con su puño de hierro.

Robert Aspale, escribano del Tesoro, se sentía tan solo como Corbett. El rey lo había enviado a Francia como agente suyo para que supervisara la situación sobre el terreno. El término «supervisar» era para Eduardo sinónimo de «espiar». El rey había insistido mucho en que Aspale emprendiera el viaje, señalando que su emisario en el sur de Gales Hugo Corbett no había regresado y ni siquiera había establecido comunicación con la corte inglesa. Hubiera tenido que ir Corbett, pensó Aspale, sentado en aquella taberna de las afueras de Amiéns, pero Eduardo había dicho que ya no podía prolongar la espera por más tiempo y, por consiguiente, Aspale tendría que viajar a París, haciéndose pasar por un mercader de Hainault. Entraría en Francia a través del territorio del aliado de Eduardo Guido Dampierre, conde de Flandes. Aspale hablaba con fluidez las distintas lenguas y dialectos de los Países Bajos y no le sería difícil representar el papel de mercader de tejidos en busca de nuevos negocios en los grandes mercados del norte de Francia.

En secreto, sin embargo, Aspale debería averiguar si alguno de los agentes y espías de Eduardo en París seguía con vida y tratar al mismo tiempo de descubrir los secretos designios del rey Felipe IV. Se ceñía el fino talle con un cinturón cuyas bolsas estaban llenas de monedas de oro capaces de abrir muchas puertas y, sobre todo, de soltar lenguas de cortesanos, pequeños funcionarios, caballeros venidos a menos y criados. Todos ellos oían comentarios y chismorreos que, si se juntaran como los fragmentos de un mosaico, quizá podrían ofrecer una clara imagen de lo que estaba ocurriendo.

Aspale miró a su alrededor en la ruidosa taberna y se sintió a gusto tras haber saboreado un delicioso pato con una espesa salsa picante, regado con un excelente vino del Rin. De repente, reparó en una menuda joven cuyo cabello rojo como el fuego se derramaba cual si fuera una cascada sobre sus hombros. Vestía un ajustado vestido de color verde que moldeaba su busto y su fina cintura antes de que los pliegues y los volantes de la falda cayeran alrededor de sus bien torneados tobillos. Su pálida piel parecía tan suave como el alabastro y solo sus arrogantes ojos de pesados párpados y su boca torcida en una mueca empañaban la belleza de su rostro. Miró atrevidamente a Aspale, asintió levemente con la cabeza y, al cabo de unos cuantos minutos, abandonó su mesa y se acercó a él. Se expresaba muy bien en francés, pero Aspale percibió en sus palabras el suave acento de Provenza.

—Buenas noches, *monsieur* —dijo—. ¿Habéis disfrutado de vuestra comida?

Aspale la miró con curiosidad.

—Sí —contestó—, he disfrutado de mi comida, pero ¿eso a vos qué os importa?

La mujer se encogió de hombros.

—¡Os veo contento y feliz y a mí me encanta la compañía de los hombres felices!

—Supongo que los buscáis.

La muchacha echó la cabeza hacia atrás y se rio. Su sonrisa era deslumbradora y la alegría de sus ojos borró de repente la enfurruñada expresión de su rostro.

—Me llamo Belladona —murmuró, inclinándose sobre la mesa—. O así prefiero llamarme. ¿Y vos?

—Van Greeling —mintió jovialmente Aspale—. Y ahora, mi señora Belladona, ¿os apetece beber algo?

La joven asintió con la cabeza y Aspale pidió otra jarra y otra copa.

El inglés no se hacía ilusiones acerca del verdadero oficio de su acompañante, pero estaba cansado y ligeramente bebido y le halagaba la atención de aquella joven cortesana. Se pasaron un rato conversando mientras la taberna se llenaba de gente y el ruido era cada vez más ensordecedor. Belladona volvió a llenar la copa de Aspale, se inclinó hacia adelante y le susurró algo al oído. Aspale vio la blancura sin tacha de su rostro, su garganta y su escote y aspiró el perfume de su sedoso cabello. Le interesaba aquella mujer. Cansado de la intrascendente conversación, accedió rápidamente a subir al piso de arriba, donde Belladona le dijo que tenía una habitación y se levantó de la mesa.

Aspale, medio borracho, se puso en pie tambaleándose y cruzó con ella la taberna, caminando con cuidado para no resbalar con los desperdicios que cubrían el suelo de paja mientras sus ojos contemplaban las redondas y sinuosas caderas de la joven. Subieron los peldaños de una escalera de madera y Aspale siguió a Belladona hasta una habitación del fondo, impacientándose al ver que ella no conseguía correr el pestillo exterior. Al final, la puerta se abrió y Belladona pisó el charco de luz de una vela. A pesar de su borrachera, Aspale se dio cuenta de que algo extraño ocurría. ¿Quién había encendido aquella vela? Todo estaba demasiado bien preparado. Belladona se volvió, mirándole con la cara muy seria y una sombra de tristeza en los ojos. La puerta se cerró a su espalda, Aspale hizo ademán de extraer la daga, pero el asesino ya le había rodeado la garganta con una cuerda y la vida de Aspale se extinguió como la llama de la vela.

Capítulo XV

Corbett y Ranulfo tardaron cuatro días en llegar a Londres. El prior les había prestado los mejores caballos de sus establos y Corbett le había prometido solemnemente que la Casa del rey se encargaría de devolvérselos sanos y salvos. El viaje de vuelta transcurrió sin ningún incidente digno de mención y no sufrieron el ataque de ningún forajido, pues los caminos estaban llenos de soldados que se trasladaban hacia la costa del sur. Tras haber aplastado a los rebeldes de Escocia, el rey estaba firmemente decidido a trasladar un ejército a Francia.

Corbett contempló al paso de los soldados. Casi todos ellos eran veteranos, unos auténticos asesinos profesionales, con botas, polainas, chaquetas de cuero hervido y yelmos cónicos de acero. Todos iban bien armados con daga, espada, escudo y lanza y avanzaban sin prestar atención a las nubes de polvo y los enjambres de moscas que los rodeaban. Corbett se apartó del camino a su paso. Aquellas tropas demostraban que la paciencia del rey Eduardo se había acabado y que ahora este estaba dispuesto a resolver sus diferencias con Felipe mediante el uso de las armas.

Corbett cruzó Acton y entró en la ciudad. Al llegar a su casa, amo y criado examinaron sus pertenencias y Ranulfo condujo las monturas a las cuadras reales y después se perdió en el oscuro torbellino de los bajos fondos de Southwark. Corbett lo aceptó con resignación y se pasó dos días ordenando sus asuntos antes de enviar un mensaje al palacio real de Westminster, anunciando su regreso. Si pensaba que la ausencia del rey le concedería un respiro, rápidamente sufrió una decepción. A la mañana siguiente, un grupo de oficiales reales provistos de unas órdenes se presentaron en su casa para acompañarlo a Westminster, donde Edmundo, conde de Lancaster, lo estaba aguardando en la sacristía de la iglesia de la abadía.

Allí, entre las espléndidas casullas de seda, los candelabros, los crucifijos y los cálices de plata, Corbett le hizo al conde un breve resumen de su visita a Neath. El conde, sencillamente vestido con camisa y calzones de seda, lo escuchó hasta el final, sentado en un gran sillón de madera de roble. Sin prestar atención a la enfurecida expresión de las tensas facciones de su rostro, Corbett repitió una vez más que la visita había sido prácticamente inútil mientras el corazón le daba un vuelco en el pecho al recordar el dulce rostro y los bellos ojos de Maeve. Cuando terminó, el conde de Lancaster inclinó la cabeza hacia un lado, lo cual solo sirvió para acentuar la joroba de su espalda. Al final, esbozó una cansada sonrisa y se levantó.

—Habéis fracasado, Corbett. Ya lo sé —añadió, levantando una mano cuajada de sortijas para acallar cualquier protesta—. Habéis hecho todo lo que habéis podido. Al decir que habéis «fracasado», me refiero a que no habéis descubierto ninguna novedad y simplemente habéis confirmado nuestras sospechas acerca del traidor.

—¿Sabéis acaso quién es?

—Tiene que ser Waterton —contestó el conde de Lancaster, haciendo una mueca—. Tiene que ser él. Esas son vuestras conclusiones y, además, disponemos de

nuevas pruebas.

—¿Contra Waterton?

—Sí. Mi hermano está en el norte para someter a Balliol. El desafío del soberano escocés duró unos días, pero nos fue muy útil, pues uno de sus escuderos, un tal Ogilvie, le reveló a nuestro espía en Stirling que los escoceses habían descubierto la identidad del espía y que este no era otro sino Waterton.

—¿Y ellos cómo se enteraron?

—¡A través de los franceses!

—¡Puede que lo dijeran para proteger al verdadero traidor!

El conde de Lancaster se encogió de hombros.

—¿Por qué molestarse en proteger a alguien que no necesita protección? —replicó—. Sea como fuere —añadió—, está claro que alguien pensó que Ogilvie había cometido una grave acción. Pocas horas después de haberse reunido con nuestro espía, lo encontraron con la garganta cortada. —El conde hizo una pausa para llenarse una copa de vino—. Pero aún hay más —añadió—. A nuestro regreso de la misión, se vaciaron los sacos y las bolsas de la Cancillería. En una de las bolsas utilizadas por Waterton, se encontró un fragmento de considerable tamaño del sello secreto del rey Felipe. Lo cual significa —dijo en tono malhumorado— que Waterton debió de recibir un mensaje secreto de Felipe IV. —El conde se mordió los labios—. Podría tratarse de un error, por supuesto, o alguien lo pudo colocar allí, pero —el hermano del rey Eduardo lanzó un profundo suspiro— todas las pruebas apuntan a Waterton. Ya basta —dijo, apuntando a Corbett con un dedo para acallar cualquier pregunta—. Tendréis que ir a ver a Waterton. Ya ha sido detenido y encerrado en la Torre. Después —el conde esbozó una perversa sonrisa—, por orden expresa del rey, deberéis regresar a Francia con los emisarios de Felipe e intentar descubrir algo más.

Corbett soltó un gruñido al pensar en Francia, pero no le quedaba más remedio que obedecer. Asintió a regañadientes mientras el conde se levantaba de su asiento con una sonrisa en los labios, le daba unas palmadas en el hombro y se envolvía en su amplia capa.

—Ahora nos esperan los emisarios franceses —explicó—. Será mejor que nos reunamos con ellos.

El conde abandonó la sacristía y Corbett lo siguió, cruzando la gran cámara del consejo. El conde de Lancaster se acomodó en el trono situado en el centro del estrado, haciéndole señas a Corbett de que se sentara a su derecha; otros miembros del consejo ocuparon sus asientos mientras, al son de las trompetas, los emisarios franceses entraban en la cámara encabezados por Luis de Évreux, el hermano de Felipe IV, esplendorosamente vestido con una túnica azul ribeteada de armiño, luciendo un impresionante broche de piedras preciosas sobre el pecho y numerosas sortijas de rubíes, perlas y diamantes en las enguantadas manos. Luis de Évreux, con la cabeza orgullosamente erguida como si fuera un objeto de valor incalculable, se sentó en la silla situada delante del trono del conde de Lancaster y sus acompañantes

tomaron asiento a su lado mientras los escribanos y amanuenses de ambas partes se sentaban alrededor de una mesa redonda.

El conde de Lancaster y Luis de Évreux iniciaron la reunión con los habituales cumplidos diplomáticos. El hermano de Felipe lamentó la ausencia del rey Eduardo y esbozó una sonrisita cuando el conde de Lancaster, con el rostro arrebolado por la furia, le contestaba que los graves acontecimientos de Escocia habían impedido la presencia del rey en aquella reunión. Acto seguido, se empezó a examinar la cuestión de Gascuña y ambas partes repitieron su larga lista de agravios. Corbett dejó que los sonoros discursos le entraran por un oído y le salieran por el otro. Había visto a De Craon sentado a la derecha de Luis de Évreux. El espía francés también le había visto a él, pero evitó mirarle directamente, por cuyo motivo Corbett le siguió mirando sin el menor disimulo. ¿Se habría sorprendido De Craon de verle allí? Corbett así lo creía, pero el francés se mantuvo impasible mientras escuchaba atentamente la lista de agravios de los ingleses. Corbett lanzó un profundo suspiro y, no por primera vez aquel día, pensó en Maeve. Su rostro perduraba en su mente como la lámpara de un presbiterio brillando en medio de la oscuridad mientras que el recuerdo de sus grandes ojos azules y de su largo cabello rubio permanecía escondido en los más recónditos escondrijos de su alma. Pensó que ojalá ella estuviera allí en medio de aquellos serios y encumbrados personajes cuyos pensamientos y palabras se habrían convertido en polvo en cuestión de un año.

De repente, oyó unas voces y salió de sus ensoñaciones. Luis había provocado al conde de Lancaster con notable éxito, pues el conde le estaba contestando prácticamente a gritos. Corbett percibió la atmósfera de creciente tensión y observó que hasta los amanuenses miraban de soslayo con las plumas suspendidas en el aire mientras se preguntaban con impotencia qué iba a ocurrir a continuación. Corbett miró a De Craon y vio en sus ojos un burlón destello de triunfo. Dios mío, pensó, nos están provocando aquí mismo, en el palacio de Westminster. Recordó el ataque sufrido en las afueras de París y la vibrante belleza de Maeve y sintió que una violenta cólera le recorría todo el cuerpo. Inclinandose hacia el conde de Lancaster, lo instó en voz baja a que pusiera término a las constantes provocaciones de los franceses.

—¡Mi señor de Évreux! —gritó el conde de Lancaster, apartándose de Corbett—, debo disculparme por los tumultos y disensiones por nuestra parte, pero ello se debe a unas circunstancias especiales. —El conde miró a su alrededor, visiblemente complacido por el hecho de que sus palabras hubieran conseguido acallar el clamor de la cámara—. Acabamos de ordenar la detención de un hombre muy cercano a nosotros, una auténtica víbora que albergábamos en nuestro pecho —añadió—, la cual transmitía todos nuestros secretos a los enemigos del rey tanto aquí en Inglaterra —añadió, haciendo una pausa para que sus palabras surtieran el debido efecto— como allende los mares.

Sus palabras fueron acogidas con un murmullo de consternación por parte de los

ingleses que se encontraban de pie detrás de los emisarios franceses. Corbett no les prestó atención y prefirió estudiar la reacción de los franceses: Luis de Évreux no daba la impresión de estar muy desconcertado mientras que De Craon siguió ocupado en la tarea de quitarse un hilo suelto de la manga antes de volverse hacia el conde Luis para hacerle un comentario en voz baja. Corbett había colocado la trampa y ahora esperaba que los franceses cayeran en ella.

—Mi señor conde de Lancaster —dijo Luis de Évreux—, nos complace saber que nuestro primo inglés se ha librado de semejante molestia. Esperamos que esa víbora no esté implicada en las negociaciones con nosotros, pues, si os ha traicionado a vosotros, bien podría habernos traicionado también a nosotros.

—¿Eso es todo, mi señor? —preguntó Corbett, asombrándose de oír su propia voz.

El conde de Évreux le miró con desprecio.

—Por supuesto que sí —contestó—. ¿Qué otra cosa podría haber?

«¿Qué otra cosa?», pensó Corbett, haciendo caso omiso de la mirada de curiosidad del conde de Lancaster y de la manifiesta hostilidad del rostro de De Craon. Años atrás en Escocia había tendido una trampa a los franceses y ahora lo había vuelto a hacer. Estaba seguro. Fue tan grande su emoción que apretó las manos y ya no se molestó en prestar atención a las discusiones, que ahora habían pasado a centrarse en cuestiones más vagas y aburridas.

La reunión no terminó hasta bien entrada la tarde, y, tal como comentó irónicamente el conde de Lancaster, se había hablado mucho, pero apenas se había dicho nada. Los franceses creían que tenía que haber algún medio de resolver las disputas y añadieron que era una lástima que el rey de Inglaterra no estuviera presente, pero —aquí De Craon miró significativamente a Corbett— el rey Felipe IV les explicaría personalmente a los enviados de Eduardo las ideas que él tenía para la feliz resolución de todos los conflictos. Acto seguido, los franceses entregaron los salvoconductos destinados a los emisarios ingleses que deberían acompañarles a Francia. Cuando el conde de Lancaster anunció que uno de ellos sería Corbett, De Craon esbozó una relamida sonrisa y Luis de Évreux puso cara de ofendido, como si esperara a alguien de más alto rango. Al término de la reunión, Corbett escuchó pacientemente los enfurecidos comentarios del conde de Lancaster antes de dirigirse a la Torre para interrogar a Waterton.

Una pequeña chalana lo trasladó río arriba, pasando por delante de los muelles, la romana, las galeras y los barcos que transportaban toda suerte de riquezas a Londres y a las bolsas de sus mercaderes, de las frágiles embarcaciones de los barqueros y los pequeños comerciantes y de los patíbulos con los cuerpos de los piratas ahorcados cuyas almas habían escapado a través de sus ojos desorbitados y sus bocas abiertas. A su alrededor, los vivos no prestaban la menor atención a aquellos siniestros recordatorios de la muerte, ocupados como estaban en la búsqueda de la riqueza; pasó una enorme barcaza con el elegante maderaje negro pintado de oro y adornado con

costosas colgaduras, estandartes y pendones, los cuales proclamaban su importancia con más eficacia que una fanfarria de trompetas.

El barquero pasó con su embarcación por debajo de las impresionantes arcadas del Puente de Londres. El agua rugía y espumajeaba como si estuviera en una caldera gigantesca y Corbett temió por su vida, pero la chalana navegaba tan rápida y directa como una flecha. Las torretas de la Torre de Londres aparecieron de pronto por encima de las copas de los árboles. La gran torre del homenaje construida por Guillermo el Normando estaba ahora rodeada y protegida por unas murallas, unas torres, unas zanjas y un foso. Era una fortaleza destinada a preservar el orden en Londres, el lugar donde se conservaban el tesoro y los archivos reales, pero también un lugar de oscuridad, terror y muerte silenciosa. En sus mazmorras, los torturadores y verdugos del rey buscaban la verdad o la arrancaban a la fuerza según su conveniencia.

Corbett se estremeció mientras subía al muelle de la Torre. La tarde era tranquila, suave y dorada, pero la misión que lo había conducido hasta allí empañaba su belleza. El escribano cruzó el puente levadizo e inició el recorrido a través de toda una serie de sombrías entradas que parecían haber sido construidas para atrapar y matar a cualquier atacante. A cada dos por tres, unos jóvenes soldados muy bien armados lo obligaban a detenerse para cachearlo y examinar minuciosamente las órdenes y cartas que portaba. Uno de ellos se convirtió en su guía. Llevaba cota de malla y la cabeza y el rostro ocultos por un yelmo cónico, y caminaba con la mano apoyada en el puño de la espada mientras la holgada capa militar ondeaba a su alrededor como las alas de un murciélago gigantesco. Salieron de las murallas, muchas de ellas todavía cubiertas con las cuerdas de los andamios utilizados en los trabajos de consolidación de las defensas de la Torre ordenados por el rey Eduardo, y salieron al vasto prado que rodeaba la impresionante torre del homenaje normanda.

Allí, en el patio central de la Torre, se alojaban los miembros de la guarnición y todos los servidores. Los edificios de madera de la planta y el primer piso estaban reservados a los funcionarios más importantes como, por ejemplo, el condestable y el mayordomo. Los trabajadores ocupaban unas cabañas mientras que las cocinas, las herrerías y las dependencias anexas eran de madera. Unos cuantos niños jugaban alrededor de las grandes máquinas de guerra, los arietes, las catapultas y los mandrones, cuya silenciosa amenaza de muerte quedaba ahogada por los gritos y los juegos infantiles. El guía de Corbett cruzó el patio y, rodeando el perímetro del muro de la torre del homenaje, llegó a una pequeña puerta lateral abierta en su base.

Corbett entró y experimentó una angustiada sensación de temor en el corazón y el estómago, sabiendo que allí se encontraban las mazmorras y las cámaras de tortura de la Torre. Aguzó el oído, tratando de escuchar el gorjeo de algún pájaro y los distantes gritos de los niños. Hubiera deseado apretar aquellos sonidos contra su pecho para consolarse. La puerta se cerró ruidosamente a su espalda, el guía encendió una yesca con un pedernal, tomó la antorcha de la pared y le indicó por señas que lo siguiera.

Bajaron por unos húmedos y mohosos peldaños al pie de los cuales se abría una enorme cueva. El escribano se estremeció al ver los braseros llenos de ceniza, la alargada mesa ensangrentada, las grandes tenazas y las melladas barras de hierro apoyadas contra las húmedas paredes cubiertas de verdoso cieno. Las sombras que el parpadeo de las antorchas arrojaba al otro lado de los charcos de luz se le antojaron a Corbett los espectros de las almas de los hombres torturados hasta morir. El derecho consuetudinario de Inglaterra prohibía la tortura, pero allí, en el reino de los condenados, no había más normas ni leyes que la voluntad del príncipe.

Cruzaron el suelo cubierto de paja y entraron en uno de los pasadizos que se irradiaban en distintas direcciones desde aquella antesala del infierno situada en la base de la torre del homenaje. Allí la iluminación era más escasa y solo ardía alguna que otra vela de junco de vez en cuando. Pasaron por delante de toda una serie de pequeñas celdas, cada una de ellas con su puerta de tachones de hierro y su pequeña reja. Doblaron una esquina y, casi como si los estuviera esperando, un rechoncho carcelero vestido con un sucio sayo de cuero, unas polainas y un delantal surgió repentinamente de las sombras cual si fuera una araña. El guía de Corbett le dijo unas palabras en voz baja, el hombre se puso inmediatamente en movimiento y, mientras su rostro se arrugaba en una especie de sonrisa aduladora, los acompañó unas puertas más allá, se detuvo delante de una celda, rebuscó en su llavero e introdujo una llave de gran tamaño en la cerradura. La puerta se abrió. Corbett tomó la antorcha que sostenía el soldado.

—Esperad aquí —le dijo—. Quiero hablar a solas con él.

La puerta se cerró pesadamente a su espalda y Corbett levantó en alto la antorcha. La celda era húmeda y oscura, los juncos del suelo se habían convertido en una blanda masa legamosa y el hedor era insoportable.

—Vaya, Corbett. ¿Habéis venido a burlaros de mí?

El escribano levantó un poco más la antorcha y vio a Waterton al fondo en un pequeño camastro. Sus ropas se habían convertido en unos sucios andrajos. Corbett se acercó a él. Su rostro sin afeitar estaba lleno de magulladuras, el ojo izquierdo estaba casi cerrado y los labios aparecían hinchados y cubiertos de sangre reseca.

—Me levantaría si pudiera —añadió Waterton en tono cortante—, pero los guardias no son muy amables y se me han hinchado los tobillos.

—No os levantéis —le rogó Corbett—. No he venido para burlarme, sino para haceros unas preguntas y tal vez ayudaros.

—¿Cómo?

—Habéis sido detenido porque creemos o, mejor dicho, porque todas las pruebas indican que vos sois el traidor que se oculta en el consejo del rey Eduardo —contestó Corbett.

—¿Y vos lo creéis?

—Tal vez, pero solo vos podéis demostrar que eso no es cierto.

—Os vuelvo a preguntar, ¿cómo?

Corbett se acercó un poco más y miró a Waterton. El hombre era valiente, pero, bajo el parpadeo de la luz de la antorcha, sus ojos mostraban una expresión atemorizada.

—¿Podéis explicar el origen de vuestra riqueza?

—Mi padre depositó mucho dinero en los banqueros italianos. Tanto la familia Frescobaldi como la Bardi lo pueden atestiguar.

—Ya veremos. ¿Y vuestro padre?

—Era enemigo del rey Enrique III —contestó amargamente Waterton, rascándose una herida abierta que parecía arder como una llama entre los desgarrones de sus calzones.

—¿Vos compartís sus puntos de vista? —preguntó Corbett.

—No. Los traidores mueren ahorcados y yo no quiero terminar así.

Waterton se incorporó un poco y los grilletes le rozaron dolorosamente las muñecas mientras las cadenas chirriaban como si protestaran.

—En cuanto a mi madre —añadió casi con ironía—, ¿acaso es delito de alta traición que sea francesa?

—No —contestó Corbett—, pero sí lo es conspirar con los franceses.

Waterton se sentó en la cama y se agitó presa de una irrefrenable furia.

—¡Eso no lo podéis demostrar!

—¿O sea que no lo negáis?

—Sí, lo niego —contestó Waterton con un gruñido—. No seáis tan malnacido y no pongáis en mi boca cosas que no he dicho. No sé qué me estáis preguntando.

—En París —contestó Corbett—. En París, los franceses os hicieron objeto de un trato de favor y os hicieron regalos.

Waterton se encogió de hombros con aire cansado.

—No supe y sigo sin saber por qué me dispensaron ese trato.

—¿Tampoco sabéis por qué os reunisteis de noche y en secreto con De Craon y una mujer morena en una taberna de París?

Bajo la mortecina luz de la antorcha, Corbett observó que el enjuto rostro de Waterton palidecía intensamente.

—¡No sé a qué os referís!

—¡Vaya si lo sabéis! —dijo Corbett, levantando la voz—. ¿Sois vos el traidor y el espía? ¿Enviasteis a Aspale y a otros a la muerte? ¿Y qué me decís de la tripulación del barco? ¿Por qué lo hicisteis? ¿Tal vez para pasar el rato?

Waterton se echó hacia adelante mostrando los dientes como un perro a punto de atacar y su rostro habitualmente melancólico se torció en una mueca de furia. Corbett lo contempló mientras, sujeto por las cadenas, agitaba inútilmente las manos en el aire.

—Decidme la verdad —dijo mientras Waterton se desplomaba sollozando sobre el sucio camastro—. Si sois inocente, seréis libre en cuestión de unas horas, pero ahora estáis completamente hundido en un lodazal y tan atrapado como una mosca en

una telaraña. —Corbett hizo una pausa—. ¿Por qué os dispensaron los franceses un trato de favor? ¿Quién era la mujer con quien os reunisteis en compañía de De Craon? ¿Habéis estado en contacto con lord Morgan de Neath?

Waterton lanzó un profundo suspiro.

—Mi padre fue un rebelde contra la corona —dijo muy despacio—. Pero yo no lo soy. Mi madre era francesa, pero yo no. Mi riqueza es mía. Mi lealtad es para Eduardo de Inglaterra. Ignoro por qué motivo De Craon me favoreció. Yo era el escribano encargado de enviarle las cartas del rey, ¡pero he mantenido tan pocos tratos secretos con ese traidor galés como vos!

—¿Y la mujer de París?

—Eso, Corbett, es asunto mío. Mi único secreto. ¡Por el amor de Dios! —gritó Waterton, completamente fuera de sí—. Si todos los hombres que se reúnen en secreto con una mujer fueran acusados de traición, ya estaríamos todos muertos.

—¡Decidme su nombre!

—¡No pienso hacerlo!

Corbett se encogió de hombros, dio media vuelta y llamó con los nudillos a la puerta de la celda.

—¡Corbett!

Hugo se volvió y dio casi un respingo al ver la expresión de odio de los ojos de Waterton.

—Escuchadme bien, Corbett —dijo Waterton en un ronco susurro—. Si os lo dijera, vos no me creeríais. Sois un hombre solitario, Corbett, un hombre virtuoso con un cerebro muy agudo y un alma muerta. Puede que hayáis amado alguna vez, pero ahora habéis olvidado incluso lo que es eso. Por consiguiente, ¿por qué os iba a decir nada? ¡Os odio y odio ese vacío vuestro que, desde las mismísimas entrañas del infierno, Satanás y todos sus demonios vendrán sin duda a llenar algún día!

Corbett se volvió y aporreó la puerta. Quería salir de aquella celda. Había acudido allí para obligar a Waterton a enfrentarse con su verdad y ahora no soportaba que este lo hubiera obligado a él a enfrentarse con la suya.

Capítulo XVI

Seis días más tarde, tras un tranquilo viaje en el que no tropezaron con el menor contratiempo, Corbett y los enviados franceses desembarcaron en Boulogne-sur-Mer. Corbett iba acompañado de un gruñón Ranulfo que no paraba de refunfuñar por el hecho de que lo hubieran apartado de nuevo de los placeres y las diversiones de los barrios bajos de Londres. Iba con ellos otro inglés, un hombrecillo con cara de ratón llamado William Hervey, amanuense de profesión y tímido por naturaleza. Estaba acostumbrado a trabajar en el Tribunal de Primera Instancia de causas civiles y se sentía abrumado por los personajes en cuya compañía viajaba. Los franceses no se metían con ellos. De Craon y Corbett se intercambiaban algunos comentarios en broma, pero, en general, las relaciones, si así se las podía llamar, eran de mutua desconfianza. En realidad, Corbett se sentía más a salvo con los franceses de lo que jamás se hubiera sentido desde su regreso de Gales. Los franceses le garantizaban la seguridad física y habían jurado solemnemente sobre unas sagradas reliquias y la Biblia que le permitirían regresar sano y salvo a la corte inglesa.

El conde de Lancaster le había dado una interminable lista verbal de instrucciones: qué debería decir, qué no debería decir, que debería ofrecer y qué no, cuándo debería retirarse y cuándo quedarse. Sin embargo, Corbett hacía caso omiso de casi todas ellas. El conde quería decirle, en realidad, que tratara de conseguir la mejor oferta posible y la aceptara. La corte inglesa estaba claramente convencida de que Felipe IV, que en aquellos momentos se enfrentaba con una guerra en Flandes provocada por los agentes ingleses, no podría emprender una acción similar en Gascuña en caso de que el rey Eduardo trasladara su ejército allí.

Por consiguiente, lo más probable era que el rey francés accediera a devolver Gascuña, siempre y cuando ello se hiciera con unas condiciones beneficiosas para él. En momentos de más sosiego, Corbett había estudiado algunos memorandos y documentos escritos por los sagaces abogados de Felipe IV y especialmente por un tal Pierre Dubois, que veía en Felipe al nuevo Carlomagno de Europa. Dubois recomendaba que Felipe extendiera su poder por medio de toda una serie de acertadas alianzas matrimoniales. Y el rey francés parecía estar de acuerdo, pues había casado a sus tres hijos con representantes de la poderosa nobleza francesa en la esperanza de poder anexionarse el ducado independiente de Borgoña.

Durante el viaje a Dover y la tranquila travesía del canal, Corbett llegó a la conclusión de que Felipe ofrecería a Eduardo un tratado semejante. El hijo del monarca inglés tenía seis o siete años de edad y ya corrían rumores de que Eduardo le estaba buscando esposa entre los poderosos ducados de los Países Bajos, alguien a quien pudiera atraer a su círculo de aliados contra el rey Felipe.

Juana de Navarra, la esposa de Felipe IV, acababa de dar a luz a una princesa llamada Isabel. Corbett se preguntó si, a cambio de la devolución de Gascuña, Felipe pondría la condición de que Eduardo casara a su heredero con la pequeña princesa

Isabel. Cuanto más pensaba en ello, tanto más factible le parecía. Solo esperaba poder negociar con la mayor habilidad posible para no incurrir en la cólera de su regio y exigente amo y señor.

Corbett había recibido otras instrucciones. Tendría que seguir buscando al traidor del consejo real. Examinó mentalmente la información que había obtenido y pensó que el conde de Lancaster y el rey estarían de acuerdo con sus conclusiones. Aunque Waterton era culpable de actividades sospechosas, no era el traidor al que estaban buscando. Corbett analizó la cuestión una y otra vez sobre el trasfondo de las protestas de Ranulfo por el trato que les estaban dispensando los franceses, la mala calidad de la comida y el hostil ambiente que los rodeaba.

Corbett seguía echando de menos a Maeve y, a pesar de que todavía la amaba, la tarea que tenía entre manos lo llenaba de emoción y ocupaba por entero sus pensamientos. El traidor, o la traidora, acabaría cometiendo algún error y, en todas sus anteriores investigaciones, Corbett había comprobado que aquel era el momento en que se podía descubrir al culpable y denunciarlo ante la justicia. Cuando el grupo salió de Boulogne e inició el largo viaje a París, Corbett presintió que el momento se estaba acercando.

El viaje fue muy agradable. El esplendoroso verano y los dorados rayos del sol habían convertido la árida campiña de Normandía en un espectáculo de belleza incomparable, en el que los olmos se alternaban con los plátanos falsos, los robles en toda su magnificencia estival, los vergeles y los trigales ya listos para la siega. La perspectiva de una buena cosecha y la benignidad del invierno habían apaciguado los ánimos de los campesinos habitualmente hostiles y de los taciturnos señores de los castillos, por cuyo motivo los viajeros fueron acogidos con cordial hospitalidad dondequiera que se detuvieron. Corbett trataba de entablar conversación con los franceses, pero intuía la profunda desconfianza de De Craon, la cual se reflejaba en los ojos del resto de los franceses e incluso en los del anciano conde Luis de Évreux. Cada vez que él les dirigía la palabra, le miraban con respetuoso recelo y casi con el mismo temor con el que unos animales hubieran podido mirar a un hábil cazador.

Ocho días después de su salida de Boulogne, llegaron a un París rebotante de forasteros, pues acaban de comenzar las ferias de finales de verano. Las calles estaban repletas de mendigos, buhoneros, caldereros, hombres y mujeres de distintas nacionalidades y mercaderes del Rin y de los Países Bajos que habían bajado al sur en la esperanza de vender y comprar mercancías. Hasta Montfauçon, el lugar donde se llevaban a cabo las ejecuciones, estaba insólitamente desierto a pesar de los cuerpos que colgaban de los improvisados patíbulos y de los pobres desdichados inmovilizados en los cepos. Corbett y los emisarios franceses cruzaron el Sena, recorrieron un laberinto de tortuosas callejuelas, pasaron por delante de la catedral de Notre Dame y llegaron al palacio del Louvre.

En cuanto Corbett hubo presentado sus respetos al conde de Évreux y a De Craon sin que estos le dieran las gracias, un chambelán lo acompañó, junto con Ranulfo y

Hervey, a sus aposentos, tres pequeñas buhardillas del palacio. Corbett aseguró que estaban directamente debajo de los aleros y Ranulfo protestó e instó a su amo a quejarse ante el chambelán del rey Felipe, pero Corbett lo pensó y prefirió no hacerlo. Era un emisario, pero no en el sentido que habitualmente se daba al término, y sabía que los franceses se alegrarían de tener una nueva ocasión de provocarle. Eran unos maestros del protocolo y de la etiqueta cortesana y Corbett intuía que le habían ofrecido aquella buhardilla y aquellos desvencijados muebles en la esperanza de provocar un estallido de cólera por su parte.

Pero las habitaciones estaban todas en el mismo piso y él sabía que podría entrar y salir a su antojo y dar el esquinazo a los espías que De Craon se sentiría obligado a enviarle. Corbett dio instrucciones a Ranulfo y Hervey en el sentido de que no abandonaran bajo ningún pretexto el palacio real y le comunicaran inmediatamente cualquier hecho o circunstancia que les resultara sospechoso. Hervey pareció tranquilizarse al oír sus palabras, pero Ranulfo se pasó varias horas enfurruñado, sabiendo que no podría visitar los antros de perdición de la ciudad. Los burdeles y lupanares de París eran famosos por sus prostitutas, Ranulfo había saboreado alguno de aquellos placeres en su última estancia en la ciudad y estaba decepcionado porque no podría renovar las viejas amistades.

Pronto se acostumbraron a la rutina de la corte. Corbett sabía que los franceses solo le concederían audiencia oficial cuando lo consideraran oportuno. Sacaban comida de las despensas y las cocinas y a veces comían en la gran sala de palacio bajo doseles de seda y tapices con la blanca cruz de Lorena o la plateada flor de lis de Francia. Corbett hacía todo lo posible por enterarse de lo que ocurría a su alrededor, pensando que, al final, podría coser todos los chismes, los retazos de información y las noticias fragmentarias y formar con ellos un tapiz mental.

Sin embargo, no tardó en comprender que la tarea le sería mucho más difícil de lo que esperaba, pues De Craon o tal vez alguien de rango muy superior a él había dado instrucciones muy precisas. Los enviados ingleses deberían ser tratados con la mayor cortesía y se les debería ofrecer hospitalidad, pero no se les podría hacer la menor concesión y tanto menos facilitarles noticias o contarles chismes. Corbett se dio cuenta enseguida de que sus ingeniosos intentos de conversar serían totalmente infructuosos y que las gracias, los sutiles halagos y las bromas de Ranulfo apenas conseguirían hacer mella en las criadas de palacio.

Por otra parte, los ingleses se dieron cuenta de que los vigilaban y semejante circunstancia provocó en Hervey una agitación y un nerviosismo tan grandes que, al final, Corbett abandonó todo intento de disipar sus temores. A pesar del colorido, el boato y los soberbios y llamativos atuendos de los caballeros de palacio y de las distintas categorías de servidores, se respiraba en el aire una atmósfera de maldad y de secreta amenaza. Corbett sabía que el responsable no era De Craon, sino el propio Felipe, un rey que se enorgullecía de saber todo lo que ocurría en su reino.

Los días transcurrían muy despacio. Corbett se pasaba el rato escuchando los

cantos del coro de la capilla real o examinando con deleite los raros libros y los manuscritos de la biblioteca de palacio. El rey Felipe IV se preciaba de ser un hombre muy culto y Corbett se alegró de ver que el oro de la corona francesa se había invertido en la compra de las obras de Aristóteles transcritas por los escritores islámicos de España y el norte de África. Su placer quedaba un tanto empañado por la necesidad de tener que vigilar constantemente a Ranulfo, cuyos inquietos paseos por el palacio podían constituir una amenaza para su seguridad. Corbett sabía que estarían seguros siempre y cuando se atuvieran a las estrictas normas protocolarias que les habían dictado. En caso de que las quebrantaran, los franceses podrían alegar con toda justicia que habían rebasado los límites de los derechos que les correspondían y, por consiguiente, podían ser sometidos a cualquier castigo que el soberano francés considerara oportuno imponerles.

Un día, aproximadamente una semana después de su llegada, Ranulfo regresó casi sin resuello a la buhardilla, anunciando que había descubierto la presencia de otros ingleses en palacio. Al principio, Corbett pensó que su criado se había vuelto loco y rechazó sus palabras como simples fantasías causadas por un exceso de vino o por la forzada soledad. Sin embargo, mientras Ranulfo le describía lo que había visto, se dio cuenta de que este no mentía y probablemente se había tropezado con algunos de los rehenes que el rey Felipe había exigido tras la pérdida de Gascuña por parte de los ingleses, y llegó a la conclusión de que merecería la pena hacerles una visita. Ranulfo se ofreció gustosamente a acompañarlo. El discreto grupo de ancianos, mujeres y niños estaba reunido en uno de los pequeños huertos de hierbas medicinales de la parte posterior del palacio.

Corbett recordó las cartas que les había llevado y se alegró de saber que se las habían entregado. Se pasó un rato conversando con ellos, les dio noticias de Inglaterra y de la corte y trató de aliviar su inquietud, asegurándoles que pronto terminaría su destierro. Después tuvo ocasión de conocer a los hijos de Tuberville, dos saludables chiquillos de once y trece años que eran la viva imagen de su padre. Su juvenil entusiasmo y sus constantes preguntas acerca de su padre y de su hogar contrastaban fuertemente con el abatimiento y el mal humor de los demás rehenes. Los niños le comentaron las cartas que habían recibido y Jocelyn, el mayor de ellos, le confesó abiertamente que muchas veces no comprendía lo que escribía su padre. Corbett soltó una carcajada y prometió decirle a su padre que tratara de escribir de una manera más clara y comprensible.

Estaba a punto de retirarse cuando tuvo una fugaz visión de una melena oscura. Volvió la cabeza y se quedó boquiabierto de asombro al reconocer a la joven que unas semanas atrás había visto en una mísera taberna de París en compañía de Waterton y De Craon.

—¿Quién es aquella señora? —le preguntó a uno de los hijos de Tuberville.

—Ah —contestó el niño en tono displicente—, es *lady* Leonor, la hija del conde de Richmond. Se mantiene siempre apartada y llora sola por los rincones. Casi nunca

habla con nadie.

—Bueno pues —musitó Corbett casi para sus adentros—, conmigo hablará.

Rodeó uno de los cuadros de flores, se acercó a la joven y le dio una suave palmada en el hombro. La muchacha se volvió con el oscuro cabello enmarcándole el semblante cual si fuera un velo. Estaba muy pálida y delgada, pero sus grandes ojos negros y los delicados rasgos de su rostro poseían una innegable belleza.

—¿Qué deseáis, *monsieur*? —preguntó.

—Señora —contestó Corbett—, permitidme que me presente. Soy Hugo Corbett, escribano de mayor antigüedad de la Cancillería de Su Majestad el rey Eduardo de Inglaterra. He venido en misión diplomática y también para transmitir los saludos de vuestro padre y de vuestro secreto admirador Ralph Waterton.

Era mentira, pero Corbett comprendió que había dado en el blanco, pues la joven se ruborizó y balbució una respuesta casi ininteligible.

—Ralph Waterton es vuestro secreto admirador, ¿no es cierto, mi señora? —añadió.

—Sí —contestó la joven en un susurro.

—Y vuestro padre os envió a Francia como rehén para apartaros de Waterton, ¿verdad?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Y, para separaros de él, vuestro padre envió a Waterton al servicio real —prosiguió diciendo Corbett sin la menor compasión—. Fue un soborno y una estratagema, ¿no es cierto?

—Sí —contestó *lady* Leonor bajando los ojos—. Nos queríamos mucho y mi padre se puso furioso por el hecho de que yo me hubiera fijado en un hombre como él. Primero amenazó a Ralph y después trató de sobornarlo, recomendándolo al rey.

—¿Y dio resultado?

Lady Leonor jugueteó nerviosamente con los anillos que adornaban sus blancos y largos dedos.

—No —contestó en un áspero susurro—, nos seguimos viendo en secreto. Entonces mi padre amenazó a Ralph y él le contestó que apelaría directamente al rey.

—O sea —dijo Corbett, interrumpiéndola bruscamente— que, cuando vuestro padre tuvo que enviar un rehén a Francia, os eligió a vos, ¿verdad? Supongo que *monsieur* de Craon descubrió vuestras relaciones, o mejor sería decir vuestros amores, y, cuando Waterton vino a París, preparó unos encuentros secretos entre los dos, ¿no es cierto?

—Sí, sí —contestó *lady* Leonor—. *Monsieur* de Craon estuvo casi amable con nosotros.

—¿Qué precio exigió De Craon?

La joven miró alarmada a Corbett y este vio el temor de sus ojos y el leve estremecimiento de sus hombros.

—No hubo ningún precio —contestó *lady* Leonor—. Waterton es un leal servidor

del rey. *Monsieur* de Craon ni siquiera lo exigió.

—Pues entonces, ¿qué razón tuvo *monsieur* de Craon para haceros ese favor a los dos?

—No lo sé —contestó *lady* Leonor, ocultando su nerviosismo bajo una máscara de fingida arrogancia—. Si tanto os interesa saberlo, ¿por qué no se lo preguntáis a él?

Dicho lo cual, la dama dio media vuelta y se retiró a toda prisa.

Corbett la vio alejarse. Sus preguntas habían surgido de una simple conjetura, pero su suposición había resultado ser cierta. Ya había conseguido colocar otra pieza del rompecabezas. Los extremos encajaban. Despacio pero con toda claridad la imagen estaba empezando a tomar cuerpo. De Craon había utilizado a Waterton y a *lady* Leonor, pero ¿con qué propósito? Y, si tan preocupado estaba por los jóvenes enamorados, ¿por qué no le había comunicado a *lady* Leonor el encarcelamiento de Waterton? De Craon tenía necesariamente que estar al corriente de lo ocurrido. El único motivo podía ser su voluntad de no alarmar a *lady* Leonor. Corbett estaba empezando a comprender la lógica de los hechos. Lanzando un suspiro, regresó lentamente a los edificios del palacio. Tendría que andarse con mucho cuidado. En caso de que *lady* Leonor informara a De Craon de lo que él sabía, Corbett se convertiría de inmediato, por muy emisario que fuera, en un hombre demasiado peligroso como para que se le permitiera regresar sano y salvo a Inglaterra.

Capítulo XVII

Tres días después, Corbett fue convocado a una reunión del consejo de Felipe IV en la gran sala de palacio. Se habían tomado toda suerte de medidas para conferir al acontecimiento el mayor realce y esplendor posible. De las vigas del techo colgaban unos grandes lienzos dorados y las paredes se habían adornado con unos tapices de purísimo terciopelo blanco con las insignias del célebre y piadoso antepasado de Felipe, el rey Luis IX de Francia.

En el estrado se había dispuesto una hilera de asientos cubiertos con lienzos plateados, a excepción del gran trono central cubierto con un lienzo de terciopelo morado ribeteado de oro. Delante se había colocado un escabel bajo y Corbett no se hizo la menor ilusión acerca de quién lo iba a ocupar. La sala empezó a llenarse de funcionarios de la Casa del rey Felipe, vestidos con distintos ropajes de color blanco y negro, rojo y oro, negro y verde, mientras unos caballeros con plateadas armaduras milanesas ocupaban posiciones alrededor de la sala, colocando las espadas desenvainadas boca abajo con la punta entre los escarpes de sus pies y las manos apoyadas en las empuñaduras adornadas con incrustaciones de piedras preciosas. Los heraldos situados en la galería que se levantaba por encima del estrado acercaron las boquillas de las trompetas a sus labios y el sonido acalló de inmediato todos los murmullos de la sala. Se abrió una puerta lateral y entraron dos turiferarios vestidos con túnicas blancas y ceñidores dorados cuyos incensarios enviaban nubes de perfumado incienso hacia el techo de la sala. Estos tomaron posiciones a ambos lados del estrado e inmediatamente aparecieron los heraldos portando unos enormes estandartes. Corbett solo tenía ojos para el que portaba la Oriflama, el sagrado pendón de los reyes capetos que normalmente se conservaba detrás del altar mayor de la capilla real de san Dionisio.

Detrás de los heraldos entraron los miembros de la familia de Felipe IV, hijos, hermanos y primos, todos ellos resplandecientes con sus vestiduras púrpura y oro. Hubo una pausa de silencio y, de repente, volvieron a sonar las trompetas y entró el rey Felipe, luciendo una túnica dorada con ribete de costosa lana. Las espuelas de oro de sus negras botas de montar asomaban incongruentemente por debajo de la larga túnica real. Corbett sonrió para sus adentros. El rey Felipe IV era un maestro del protocolo y de las ceremonias cortesanas, pero ni siquiera allí había podido disimular su gran afición a la caza. Corbett pensó que el rey habría regresado recientemente de alguno de sus pabellones de caza en el bosque de Bolonia o los bosques de Vincennes.

Felipe se acomodó en el trono y los miembros de su familia y de su séquito también tomaron asiento. De Craon apareció como por arte de ensalmo e indicó por señas a Corbett y a sus acompañantes que se acercaran a los escabeles. Ranulfo y Hervey se sentaron, contemplando boquiabiertos de asombro la espléndida exhibición de poder que los rodeaba. Corbett se sentó muy despacio y se alisó cuidadosamente la

túnica con movimientos pausados antes de disciplinar las facciones de su rostro de tal forma que su semblante fuera el propio de un experto diplomático dispuesto a recibir mensajes en nombre de su regio señor.

Miró a Felipe, pero el semblante del soberano francés estaba tan inmóvil como si lo hubieran labrado en alabastro. Corbett se alegró en su fuero interno al ver una leve mueca de hastío en el rostro de De Craon. Los escribanos empezaron a ir de un lado para otro, se desenrollaron documentos y, una vez más, Corbett tuvo que escuchar el llamado Proceso de Gascuña, una larga lista de los agravios franceses a propósito del ducado. Puesto que ya la había oído antes, permaneció sentado sin apenas escuchar mientras el escribano la leía con voz monótona. Solo prestó atención cuando el escribano hizo una pausa antes de pasar a un nuevo párrafo del documento, «*autem nunc Regi Franciae placet*»^[12].

Corbett escuchó atentamente, procurando dominar su emoción mientras el escribano empezaba a leer la oferta de paz de Felipe. El rey francés estaba dispuesto a someter todos los agravios a la consideración de Su Santidad el papa Bonifacio VIII. Un invento de Felipe, pensó Corbett. El francés devolvería el ducado en la esperanza de que Eduardo aprobara el matrimonio entre el príncipe de Gales y su hija Isabel y de que Gascuña fuera gobernada finalmente por uno de los hijos de la pareja. Lo cual significaba que él no se había equivocado, pensó Corbett: el rey Felipe no podría conservar el ducado indefinidamente, pero quizá podría devolverlo a través de un arbitraje obligatorio avalado por el papa. Al mismo tiempo, impondría límites a los afanes expansionistas de Eduardo, asegurándose de que uno de sus nietos se sentara en el trono de Inglaterra y otro gobernara Gascuña.

El escribano dejó de leer. Corbett se dio cuenta de que todos los franceses, incluido el rey Felipe, lo estaban mirando a la espera de su respuesta, pero él ya la tenía a punto, pues el conde de Lancaster le había dado una instrucción:

—Acceded a cualquier cosa que nos permita ganar tiempo. Una vez tengamos el ducado en nuestro poder, ya habrá ocasión de reconsiderar las condiciones de Felipe.

Corbett carraspeó.

—*Placet, hic Regi Angliae placebit*^[13].

Corbett intuyó el profundo alivio de los franceses. El rey estaba casi sonriendo, los miembros de su séquito se habían relajado visiblemente y el júbilo de De Craon era más que evidente. Corbett se removió con inquietud en su asiento. Se le había pasado por alto un detalle: mientras el traidor de Felipe estuviera en el consejo de Eduardo, los franceses estarían siempre al corriente de cualquier intento del soberano inglés de subvertir o prescindir de los términos del arbitraje.

Sin embargo, ahora ya era demasiado tarde: Felipe se levantó dando por terminada la reunión. De Craon bajó del estrado y se acercó a Corbett sin apenas disimular su complacencia por aquella propuesta de acuerdo. Asintió benévola mente mirando a Ranulfo y a Hervey antes de dirigirse a Corbett.

—Bien, *monsieur*, ¿creéis que vuestro rey aceptará estas condiciones?

—No hay ninguna razón para dudarlo —contestó Corbett en tono lo más evasivo posible.

De Craon se frotó la barbilla sonriendo.

—Bien, muy bien. —Ya estaba a punto de retirarse cuando dio media vuelta como si, de repente, hubiera recordado algo—. Su Majestad celebra esta noche un banquete. Desea que —esbozó una cordial sonrisa, mirando a Ranulfo y a Hervey— seáis sus invitados. Hasta entonces, *adieu*.

Dicho lo cual se retiró como si todos sus problemas se hubieran resuelto. Corbett lo vio alejarse, tratando de reprimir la furia que, ardiendo en su interior como una llama, aceleraba los latidos de su corazón y le comprimía dolorosamente la garganta. Hervey manifestó su alegría por la gentil invitación, pero pegó un respingo de terror al ver la cólera que reflejaba el rostro de Corbett.

Cuando aquella noche Corbett y sus acompañantes bajaron para asistir al banquete, la irritación del escribano ya se había enfriado. Había aceptado las propuestas de Felipe en nombre de Eduardo, pero el rey inglés solo sería vulnerable en caso de que el espía permaneciera en libertad. Corbett ya estaba convencido de que Waterton no era el traidor y esperaba que el exceso de confianza de los franceses le permitiera descubrir algún signo o alguna clave sobre el miembro del consejo de Eduardo al que ellos habían comprado.

Los franceses habían decidido exhibir todo el esplendor de su poder. La gran sala de palacio brillaba con las sedas, el terciopelo y los tapices multicolores que la adornaban, las mesas estaban cubiertas con manteles de linón blanco ribeteados de oro y las bandejas de plata, las copas con incrustaciones de diamantes y las jarras de oro centelleaban bajo la luz de los millares de velas de cera de abeja de los enormes candelabros de bronce dispuestos en hileras a lo largo de la sala. Felipe y los miembros de su familia, vestidos de púrpura, blanco y oro, tomaron asiento en la mesa del estrado, casi oculta por un gigantesco salero de oro puro. Desde la galería, los músicos que tocaban el rabel, la flauta, el tambor y la viola antigua competían desesperadamente con el creciente clamor de la sala mientras el vino corría libremente y los criados servían incesantes platos de lampreas, anguilas, salmón y carne de venado aderezados con picantes especias. Al final, se sirvió un enorme cisne cocido y preparado de tal forma que parecía nadar sobre una gran bandeja de plata. Corbett y sus acompañantes estaban sentados alrededor de una mesa justo al pie del estrado real. Sentado delante de ellos, De Craon miraba a Corbett con una radiante sonrisa en los labios.

Al escribano inglés no le hacía ninguna gracia el júbilo que reflejaba el rostro de su oponente, por lo que se limitó a picar un poco de comida y a tomar unos cuantos sorbos de vino mientras miraba a su alrededor con semblante malhumorado. A su lado, Ranulfo y Hervey comían como si llevaran varios meses medio muertos de hambre. De Craon los miró con una desdeñosa sonrisa que sacó de quicio a Corbett, pero este tuvo el suficiente sentido común como para comprender que cualquier

arrebato de cólera por su parte solo hubiera servido para aumentar el regocijo del francés. Al parecer, De Craon estaba convencido de que él y el rey Felipe se habían apuntado un *coup* diplomático. El heredero de Eduardo se casaría con la hija de Felipe. El nieto de Felipe se sentaría un día en el trono de Inglaterra y, en caso de que Eduardo intentara sortear las maniobras francesas, el espía de Felipe en el consejo inglés informaría de inmediato a los franceses, y una advertencia a tiempo significaría estar prevenidos a tiempo. Corbett apartó a un lado su plato y apoyó los codos sobre la mesa.

—*Monsieur* —dijo suavemente—, debéis de estar muy satisfecho por la forma en que se han desarrollado los acontecimientos de esta jornada.

De Craon se hurgó distraídamente los dientes con un dedo, haciendo caso omiso de la expresión de repugnancia que su gesto estaba provocando en el rostro de Corbett.

—Por supuesto, *monsieur* —contestó muy despacio mientras se sacaba de entre los dientes un trozo de carne masticada que examinó minuciosamente antes de volver a introducirlo en la boca—. No los consideramos una victoria —añadió—, sino tan solo una restauración de los derechos del rey Felipe en Francia y en Europa en su conjunto.

—¿Y qué me decís de los rehenes? —preguntó cautelosamente Corbett—. ¿Serán devueltos?

De Craon esbozó una relamida sonrisa.

—Por supuesto que sí. En cuanto vuestro soberano y señor selle formalmente los pactos, los enviaremos a casa a la mayor rapidez posible. Son una carga para los gastos reales.

—¿Todos? —preguntó bruscamente Corbett.

La sonrisa de De Craon se esfumó como por arte de ensalmo.

—¿Qué queréis decir? —preguntó con recelo.

—¿Incluís entre ellos a la hija del conde de Richmond?

—Naturalmente.

Corbett asintió con la cabeza.

—¡Muy bien! ¿Y también a los hijos de Tuberville?

—Pues claro —contestó De Craon, visiblemente irritado.

El francés tomó lentamente un sorbo de su copa. Corbett lo había estado examinando a lo largo de todo el banquete y observó que había bebido mucho y muy a menudo. Su rostro estaba ahora intensamente arbolado y los ojos le brillaban en parte de satisfacción y en parte por efecto del fuerte vino de Burdeos.

—Los hijos de Tuberville volverán a casa —añadió De Craon, soltando involuntariamente la lengua—. Ese pobre padre con sus cartas en las que les cuenta a sus hijos los detalles de las medallas de san Cristóbal y la sosegada vida en una pequeña mansión del condado de Shropshire serían capaces de conmover el corazón de cualquiera. Pero, como es natural, la hija del conde de Richmond será la primera

en regresar. Nuestro rey insistirá en ello.

Corbett asintió comprensivamente con la cabeza sin apenas dar crédito a su buena suerte. Disciplinó las facciones de su rostro de tal forma que conservaran la misma expresión de tristeza y profundo abatimiento que había mostrado hasta entonces, sabiendo que, si De Craon se diera cuenta de que había caído en una trampa, él no podría salir vivo de Francia. Posó la copa sobre la mesa, bostezó y se volvió hacia Ranulfo.

—Tenemos que irnos —le dijo en tono pausado.

Ranulfo, con la boca llena de comida, asintió con la cabeza e inmediatamente empezó a llenarse los bolsillos con los dulces que un criado acababa de servirles. Hervey había bebido tanto que estaba medio dormido y Corbett tuvo que sacudirlo con fuerza para despertarlo. De Craon se inclinó sobre la mesa.

—¿Ya os vais, *monsieur*?

—Pues sí —contestó Corbett—. En realidad, quisiera regresar a Londres mañana por la mañana.

De Craon le miró con los ojos entornados.

—¿Por qué? ¿A qué vienen tantas prisas?

Corbett se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Ya conocemos las condiciones de vuestro señor. No se pondrán por escrito sino que se transmitirán verbalmente a Eduardo de Inglaterra. No hay razón para prolongar nuestra estancia. Además, hay en Londres ciertos asuntos que requieren mi atención.

De Craon asintió lentamente con la cabeza mientras escrutaba el rostro de Corbett como si tratara de averiguar el motivo de su repentina decisión de partir.

—¿Estáis seguro, *monsieur*?

—Por supuesto —contestó Corbett, interpretando todavía el papel de diplomático deprimido—. Las condiciones no son muy favorables para el rey Eduardo. Cuanto antes regrese a Inglaterra e informe a Su Majestad, mejor. Os agradecería, *monsieur*, que tuvierais la bondad de disponer la entrega de nuestros salvoconductos junto con una adecuada escolta militar hasta Calais.

De Craon se encogió de hombros. Sabía que no podía retener a Corbett en caso de que este deseara regresar a su país, pero su decisión le parecía muy sospechosa. ¿Habría descubierto algo? Estaba deseando que aquel odioso escribano inglés cometiera algún error, uno solo, para poder vengarse de sus ofensas. De Craon tampoco olvidaba que Corbett era el culpable de la reciente muerte de uno de sus mejores agentes. El francés trató de disipar los vapores que le enturbiaban la mente para poder concentrarse en todo lo que le había dicho a Corbett desde la llegada de este a París. No había nada. No le había revelado nada. De Craon se levantó.

—Vuestros salvoconductos ya estarán listos mañana por la mañana. Os deseo buen viaje.

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y subió a la mesa real para susurrarle a su

regio señor unas palabras al oído. Corbett no se molestó en tratar de adivinar si el rey Felipe ponía alguna objeción, sino que, medio arrastrando a Hervey y empujando a Ranulfo, abandonó la sala del banquete para subir a sus aposentos.

Capítulo XVIII

Oe Craon cumplió su palabra. Los salvoconductos ya estaban listos, lo mismo que la pequeña escolta militar cuyos componentes habían sido elegidos personalmente por el propio De Craon.

A lo largo de todo el viaje a través de la campiña normanda, bañada por la dorada luz de principios de otoño, Corbett procuró no hablar con nadie y seguir comportándose como si fuera un portador de malas noticias. Ranulfo y Hervey estaban encantados de regresar a Inglaterra. Ranulfo conocía lo bastante los estados de ánimo de su señor como para no molestarle con sus intrascendentes chácharas. El capitán de la escolta, un fornido bretón, observaba cuidadosamente al enviado inglés, siguiendo las instrucciones secretas que le había dado De Craon. Este creía que Corbett sabía algo, pero no acertaba a imaginar qué podía ser. Sin embargo, el abatimiento y la aparente inquietud del escribano durante el viaje indujeron al capitán de la escolta a tranquilizarse y, al llegar a Boulogne, este envió un correo a De Craon con un mensaje verbal en el que se le informaba de que el emisario inglés seguía comportándose como si temiera el inminente encuentro con su regio señor en Inglaterra. Los dejaron a bordo de un bajel mercante que estaba a punto de zarpar rumbo a Dover y, una vez allí, Corbett alquiló unos caballos para regresar a Londres.

Si el viaje de regreso había sido tranquilo y sin incidentes, su entrevista con Eduardo de Inglaterra fue todo lo contrario. Hervey y Ranulfo no fueron autorizados a entrar en la cámara real con su amo, el cual se alegró de que el rey hubiera decidido por lo menos recibirle en compañía de su hermano Edmundo de Lancaster. Eduardo escuchó el informe de Corbett antes de estallar en uno de sus célebres arrebatos de cólera. El rey volcó mesas y escabeles, arrojó manuscritos al suelo y propinó puntapiés a los juncos del suelo, paseando arriba y abajo de la cámara mientras insultaba a Felipe de Francia con todo el repertorio de palabras malsonantes que Corbett conocía y hasta unas cuantas que este ignoraba.

—Ese hombre —rugió Eduardo— es un peligro para Europa y una amenaza para nuestra corona. ¡Quiere sentar en mi trono a su condenado nieto! Quiere construir un imperio capaz de rivalizar con el de Julio César o el del mismísimo Carlomagno, pero no lo conseguirá.

La cólera del rey duró una hora, pero, al final, Eduardo se calmó. Tomó un buen sorbo de una copa de vino antes de acercarse a Corbett y darle unas palmadas en los hombros con sus enjovadas manos. Corbett contempló sus ojos azules inyectados en sangre.

—Corbett —dijo el rey con voz chirriante—, sois portador de muy malas noticias. Sé que en los tiempos antiguos semejante mensajero era ejecutado sin piedad. Yo mismo siento la tentación de hacerlo. En otro momento y en otras circunstancias, no me importarían los proyectos que pudiera tener Felipe para su hija, pero vos sabéis, señor escribano, que cualquier intento que hagamos, por pequeño que sea, de

librarnos de la mediación del Papa será comunicado inmediatamente a Felipe a través del espía o los espías que ahora se sientan en nuestro consejo. —El rey acercó el rostro al de Corbett, el cual le miró a su vez sin parpadear—. Habéis regresado a casa no solo con esas malas nuevas, sino también con la suposición o razonable deducción de que Waterton no es el espía.

Corbett procuró dominar su temor y miró fríamente al rey.

—Majestad —dijo—, siempre he servido lealmente a vuestra persona, vuestra corona y a vuestra familia. Viajé a Francia, cumpliendo fielmente las instrucciones de vuestro hermano —se volvió y señaló con la cabeza hacia el lugar donde el conde de Lancaster permanecía nerviosamente apoyado contra la pared—. No tuve más remedio que aceptar las condiciones del rey Felipe. Es la única manera de que podáis recuperar el ducado.

—¡La única manera de que pueda recuperar el ducado! —repitió el rey, imitando su voz—. Por el amor de Dios, Corbett, ¿acaso no os dais cuenta de que, mientras haya un espía en nuestro consejo, cualquier secreto que discutamos, cualquier intento de frustrar las maniobras de Felipe, quedará en agua de borrajas?

Corbett carraspeó y eligió cuidadosamente las palabras.

—No puedo —dijo, agradeciéndole al rey que hubiera apartado las manos de sus hombros y hubiera regresado a su asiento—, no puedo —repitió— permitir que Waterton sea condenado al patíbulo. Creo que es un joven enamorado y un poco estúpido, pero no un traidor. No obstante, Majestad, antes de que me juzguéis, tengo otra noticia, pero me tenéis que dar vuestra palabra de que no me desafiareis ni me haréis preguntas.

Eduardo aceptó la condición con un gesto de la mano. Corbett hizo una pausa.

—¡Sé quién es el traidor! —anunció.

El rey Eduardo se levantó de un salto de su asiento como si lo hubiera alcanzado un rayo mientras el conde de Lancaster miraba al escribano con una expresión de absoluto asombro.

—¿Quién es, Corbett? —preguntó el rey en un susurro—. ¿Quién es ese bastardo malnacido?

—Sé quién es —contestó fríamente Corbett—, pero no os puedo decir el nombre. Debéis darme un poco de tiempo, Majestad. Necesito unas pruebas y sé dónde encontrarlas.

El rey se levantó y se acercó nuevamente a él.

—Os prometo, Hugo —le dijo—, que, si me entregáis a ese hombre, podréis pedirme cualquier cosa de mi reino y os será concedida. Os doy una semana.

Corbett se inclinó en reverencia y abandonó la cámara. En cuanto la puerta se hubo cerrado a su espalda, se apoyó contra el frío muro de ladrillo y trató de controlar el temblor de su cuerpo, rezando con toda su alma para que pudiera cumplir la promesa que le había hecho al rey.

Al día siguiente, el escribano regresó al palacio de Westminster. Gracias a la

intervención del conde de Lancaster, Waterton fue liberado de la Torre, bañado, vestido y alimentado, pero mantenido bajo vigilancia en una cámara del palacio, lejos de todas las miradas indiscretas. Corbett lo fue a visitar y consiguió vencer su hostilidad explicándole que había sido él quien había obtenido su liberación. Después lo interrogó cuidadosamente acerca de las reuniones del consejo y los procedimientos que allí se seguían, quiénes participaban en ellos y, sobre todo, qué ocurría cuando terminaban las reuniones. El interrogatorio fue un poco largo. Como todos los escribanos, Waterton pasaba por encima de las cuestiones sin importancia, pero Corbett sabía que precisamente aquellos pequeños detalles serían los que le proporcionarían las pruebas que necesitaba para detener al traidor.

Después de muchas preguntas e indagaciones, e incluso de una acalorada discusión, Corbett consiguió confirmar la sospecha que ya tenía en Francia y le pidió al primer escribano de la Cancillería las copias de todas las cartas y documentos enviados a Francia, tanto de los que se habían dirigido a la corte real como de los que se enviaban a los rehenes. Se pasó varios días estudiándolos sin apenas salir de su habitación como no fuera para comer, beber o hacer sus necesidades. Le llevó bastante tiempo, pero, al final, obtuvo las pruebas que necesitaba e inmediatamente pidió audiencia al rey.

A petición de Corbett, el rey Eduardo accedió a recibirle en una de las rosaledas de la parte posterior del palacio, un pequeño recinto encerrado entre los muros de la residencia real. A Corbett le encantaba aquel lugar en el que los cuadros de los rosales se alternaban con parterres de hierbas aromáticas que, aplastadas entre los dedos, emitían unas deliciosas fragancias, pero, al ver la expresión del rostro del escribano, el rey comprendió que este no estaba de humor para admirar el ambiente que lo rodeaba y tuvo la delicadeza de no poner a prueba su paciencia. Corbett iba sin rasurar, tenía los ojos enrojecidos a causa de la falta de sueño y llevaba la ropa manchada debido a las apresuradas comidas y a la falta de tiempo para bañarse o tan siquiera cambiarse. El rey le indicó por señas que se sentara sobre uno de los muretes de un cuadro de rosas y se sentó a su lado casi como si ambos fueran unos viejos amigos y no ya un rey y su fiel servidor. Corbett le pidió al soberano que guardara silencio mientras él le presentaba todas las pruebas que había reunido. Eduardo asintió con la cabeza, entrelazó las manos sobre las rodillas y le escuchó cual si fuera un cura escuchando la confesión de un hombre que llevara muchos años sin recibir la absolución.

Corbett habló en voz baja y sin la menor compasión, reconstruyendo el cuadro de lo que le había ocurrido al ejército real en Gascuña y repasando todos los acontecimientos que se habían producido desde entonces. La desaparición de los espías ingleses en París, la destrucción del barco *Saint Christopher*, sus propias aventuras en aquella ciudad, sus sospechas y la razón que finalmente lo había inducido a suponer que aquella persona en particular era la culpable de la traición. Cuando Corbett terminó su relato, el rey se sostuvo la cabeza con las manos sin dar

crédito apenas a sus palabras.

El escribano lo miró con inquietud. Eduardo era un hombre muy extraño; por un lado, duro, despiadado y capaz de ordenar sin el menor remordimiento que se pasara por la espada a los hombres, las mujeres e incluso los niños de cualquier ciudad que se hubiera rebelado contra él y, por otro, casi tan ingenuo como un niño, hasta el punto de que, cuando depositaba su confianza en alguien, esperaba que le correspondieran de la misma manera y jamás podía comprender por qué razón las personas incumplían su palabra. La persona que Corbett le había nombrado no solo había roto el juramento de fidelidad y lealtad, sino que, además, había sido infiel a la amistad y a la confianza.

Eduardo hizo una sola pregunta.

—¿Estáis seguro, Corbett?

Y el escribano le contestó a su vez:

—¿Lo estáis vos, Majestad?

El rey asintió con la cabeza.

—Lo estoy —contestó en un susurro—. No cabe duda de que es un traidor. Cualquier tribunal de la cristiandad aceptaría las pruebas que vos habéis aportado y lo enviaría de inmediato al patíbulo. Si se tiene que hacer —añadió, endureciendo el tono de su voz—, mejor que se haga enseguida.

Llamó e inmediatamente apareció un criado en una puertecita que conducía al interior del palacio. El hombre se acercó y, tras oír las palabras que el rey le acababa de susurrar al oído, pareció asombrarse, pero Eduardo le repitió enérgicamente la orden. El criado asintió con la cabeza y se retiró a toda prisa.

Mientras esperaban, el rey permaneció sentado en silencio con la mirada perdida en la distancia mientras Corbett repasaba mentalmente por última vez todas las pruebas que había reunido. El rey tenía razón, aquel hombre era un traidor y merecía morir, pero, aun así, él seguía temiendo el inminente encuentro. *Sir Thomas Tuberville* salió al jardín y el rey le indicó por señas que se sentara en el murete del cuadro de rosas que tenía delante.

—*Sir Thomas* —dijo el soberano—, tenéis que detener al traidor.

Tuberville lo miró asombrado.

—Yo creía que ya lo habíamos detenido, Majestad. El escribano Waterton se encuentra en la Torre.

—¡No, no! —replicó el rey—. Waterton ha sido liberado. Es tan poco traidor como Corbett aquí presente.

—Pues entonces, ¿quién es?

Corbett observó cómo Tuberville entornaba los ojos y palidecía intensamente. El rey se limitó a alargar la mano y a darle a su capitán una ligera palmada en la pierna.

—Lo sabéis muy bien, *sir Thomas*. ¡Sois vos mismo! ¡Vos sois el traidor!

Tuberville se puso en pie de un salto y acercó la mano al puño de la espada que colgaba de su cinto.

—No se os ocurra hacer eso, *sir Thomas* —le dijo el rey—. Si levantáis la vista hacia las ventanas que rodean este jardín, veréis que hay arqueros reales en todas ellas. Tienen orden de disparar contra vos; no de mataros, sino de heriros en un brazo o una pierna, y os aseguro que ese no será más que el principio de vuestros sufrimientos.

Tuberville levantó los ojos y Corbett imitó su ejemplo. El rey tenía razón. En todas las ventanas y aberturas se podía ver un brillo metálico y una mancha de color, cada una de las cuales representaba a un experto balletero con su mortífera arma apuntando directamente a Tuberville.

Tuberville apoyó nuevamente la espalda contra la pared y Corbett estuvo casi a punto de compadecerse de él. Un velo de sudor cubrió su pálido rostro mientras trataba infructuosamente de dominar el temblor de su cuerpo.

—¡No tenéis ninguna prueba! —dijo en un áspero susurro—. Os serví fielmente en Gascuña, Majestad. Lo sabéis muy bien.

—Tenemos todas las pruebas —replicó el rey—. Corbett las ha reunido.

El escribano hizo una mueca al ver la mirada de odio que Tuberville le dirigía.

—Sabía que erais un hombre peligroso, Corbett —dijo Tuberville en un ronco susurro—, pero no hasta este extremo. Si creéis que yo soy el traidor, debéis tener una prueba. ¿Por qué no me decís cuál es?

—Es muy sencillo —contestó Corbett—. No sé por qué os convertisteis en traidor, *sir Thomas*, pero sé cómo. A vuestro regreso de Gascuña, sellasteis un pacto con el rey Felipe y la corte francesa, en virtud del cual vos les proporcionaríais información. Los franceses sabían que erais un caballero de la Casa del rey y estabais al corriente de muchos secretos. Probablemente ellos aumentaron sus exigencias al enterarse de que os habían nombrado capitán de la guardia que protegía la cámara del consejo real.

—¡Exactamente! —exclamó Tuberville con aire triunfal—. ¡Yo protegía la cámara, pero no estaba dentro y, por consiguiente, no podía escuchar las discusiones del rey y sus consejeros acerca de cuestiones secretas!

—Muy cierto —dijo Corbett—, pero, cuando terminaba el consejo, *sir Thomas*, vos os encargabais de arreglar la cámara. Recogíais trozos de pergaminos y memorandos, incluso ayudabais a Waterton a archivarlos y el pobre Waterton, que tenía otras cosas en que pensar, estaba encantado de permitir os terminar esas tareas mientras él escapaba del palacio y de la inquina del conde de Richmond, pues vos conocíais el secreto de Waterton —añadió el escribano sin la menor compasión—. Os hicisteis amigos. Él os confesó su amor por la hija del conde y la hostilidad de este hacia su persona. Le ofrecisteis vuestra protección. Cuando terminaba un consejo y ya se habían escrito las actas, la obligación de Waterton era ponerlas en limpio. Vos procurabais estar siempre presente. A fin de cuentas, ¿por qué iba Waterton a recelar de vos? En Gascuña demostrasteis ser uno de los mejores comandantes del rey, el único que intentó escapar de la trampa de los franceses. Los dos teníais muchas cosas

en común y el mutuo odio a Richmond abrió la puerta de los secretos reales. Waterton cometió un delito, pero fue un delito de negligencia más que de malicia.

Al ver la inquietud que reflejaba la mirada de Tuberville, Corbett comprendió que no se había equivocado.

—Decidle, Corbett, decidle cómo enviaba la información a Francia —le dijo el rey al escribano.

—¿Hace falta que os lo diga, Tuberville? —preguntó Corbett, aborreciendo súbitamente a aquel hombre que había enviado a sus amigos y a otros ingleses a unas crueles e inesperadas muertes—. Utilizabais las cartas que les enviabais a vuestros hijos. Estaban redactadas con mucha astucia y contenían mensajes para vuestros nuevos amos franceses. Cuando visité a vuestros hijos en París, ellos me comentaron que a veces no podían comprender las referencias que vos les hacíais. Lo pensé en cuanto hablé con ellos. Las cartas estaban llenas de extraños comentarios, lugares y nombres, pero después me dije que todo aquello era simplemente el resultado de vuestro dolor. Sin embargo, De Craon me demostró que vuestras cartas no eran una simple colección de consejos y noticias. En primer lugar, observé que recordaba muy bien su contenido. Me pareció un poco raro que uno de los principales funcionarios del rey Felipe recordara los detalles de una carta que un caballero inglés había escrito meses atrás a uno de sus hijos en Francia. —Corbett hizo una pausa para humedecerse los labios con la lengua, pero se apresuró a seguir adelante antes de que Tuberville lo interrumpiera—. Por consiguiente, cuando regresé a Inglaterra, estudié una de vuestras cartas. —Corbett rebuscó en su bolsa y sacó un trozo de pergamino—. Una frase dice «el barco que zarpa de Burdeos y me traslada a Inglaterra». La siguiente frase empieza con estas palabras: «El 14 de octubre pienso ir a la frontera galesa». La tercera empieza de esta manera: «La medalla de san Cristóbal que os he regalado». —Corbett hizo una pausa y miró a Tuberville, cuyo rostro había palidecido intensamente a causa del terror—. Y, finalmente, la siguiente frase dice: «Podría haber una situación de peligro». Las frases son más bien inconexas —añadió Corbett, arrojando el pergamino a las manos de Tuberville—. Facilitan un desordenado revoltillo de información. Sin embargo, si examinamos las primeras palabras de cada frase, encontramos vuestro mensaje a los franceses: que el barco llamado *Saint Christopher* zarpará de Burdeos el 14 de octubre y que, debido a ello, se podría producir una situación de peligro. De Craon no es un hombre demasiado inteligente, pero el mensaje era muy sencillo. El *Saint Christopher* llevaba unos mensajes para nuestro rey que podrían ser peligrosos para los franceses. Vos enviasteis la información y el *Saint Christopher* fue abordado y hundido con todos sus hombres. El rey perdió no solo un barco, sino también una valiosa información acerca de sus enemigos en el extranjero. Podéis examinar otras cartas vuestras y todas contienen mensajes parecidos. En una de ellas habláis de un viaje a Flandes, a pesar de que jamás tuvisteis la menor intención de ir allí. Más adelante, en la misma carta, os referís a un amigo apellidado Aspale, pero vos no teníais ningún amigo de este

nombre. Lo que de hecho estabais haciendo era transmitir información a De Craon a propósito de un escribano llamado Robert Aspale que había sido enviado a Francia a espiar por cuenta de nuestro rey. —Corbett se levantó—. ¡Vos matasteis a mi amigo, matasteis también a otros, sois un traidor y merecéis morir!

Tuberville se miró los puños sobre sus rodillas.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—Por supuesto que sí —contestó Corbett sin poder contener su furia—. ¡Vaya si hay más! No sé qué instrucciones os dieron los franceses a propósito de Escocia, ¡pero es evidente que estabais en contacto con ese rebelde malnacido de lord Morgan! El rey le enviaba constantemente mensajeros, insistiendo en que lord Morgan no alterara la paz. Vos cuidabais de preparar los caballos, utilizando unas sillas especiales con un hueco secreto en el que ocultabais vuestros desleales mensajes. A Waterton le pareció muy extraño. El espía del rey en Gales lo descubrió y entonces lord Morgan lo mató. Bueno —terminó diciendo Corbett—, ¿tenemos pruebas o no las tenemos? Tal como dice el rey —añadió mirando hacia el murete donde el monarca permanecía sentado—, las pruebas de que disponemos serán aceptadas por cualquier tribunal, tanto inglés como francés. ¡Sois un traidor! ¿Y para qué? ¿Por una bolsa de oro?

—¡No! —gritó Tuberville, levantando súbitamente la cabeza para mirar con rabia mal contenida tanto a Corbett como al rey—. ¡No por una bolsa de oro! —añadió, poniéndose en pie de un salto para acercarse a Corbett—. ¡Yo no soy un traidor! ¡Luché por el rey en Gascuña! También le he servido aquí en casa, pero ese noble malnacido del conde de Richmond lo estropeó todo. Perdió el ejército, perdió la provincia, perdió nuestro honor y tuvo la desvergüenza de acusarme de temerario, a pesar de que su pereza y su insolencia fueron la mayor de las traiciones. Por su culpa me capturaron y me pasearon por las calles como un necio mientras los franceses se burlaban de mí. ¡Por su culpa tuve que enviar a mis hijos a Francia como rehenes y, a mi regreso a Inglaterra, descubrí que el conde de Richmond apenas había sido castigado y no había recibido ninguna reprimenda! —Tuberville miró al rey sin poder disimular su enojo—. Creo que entonces vos perdisteis vuestro honor. ¡El conde de Richmond hubiera tenido que morir por lo que ocurrió en Gascuña! —Tuberville volvió a sentarse—. Mientras yo estaba en París, De Craon me visitó. Alabó mi valentía por mi intento de abrir una brecha en las fuerzas francesas que nos cercaban. Me dijo también que mis hijos serían enviados a Francia como rehenes, añadiendo que él cuidaría de ellos.

»Me hizo promesas de tierras y de una mansión, me prometió que podría reunirme con ellos y entonces acepté. De Craon me pidió que recogiera toda la información que pudiera acerca de las actividades de las tropas inglesas en la costa sur y de las intenciones del rey con respecto a Gascuña. Cuando se enteró de que me habían nombrado capitán de la guardia de la cámara del consejo real, me hizo otras promesas más generosas, señalando que, en cuanto el rey Eduardo hubiera aceptado

las condiciones de Felipe, mis hijos serían ennoblecidos en Francia y recibirían vastas tierras en las que yo podría iniciar una nueva vida.

—¡Lo único que iniciaréis —dijo el rey, interrumpiéndole bruscamente— será una condena a prisión que terminará en un juicio por alta traición y una ejecución en la forma y condiciones que dicte la ley! —Eduardo levantó la voz y un grupo de soldados salió al jardín. El rey miró al capitán—. Yo confiaba en vos, *sir Thomas*, y favorecí vuestra carrera. Hubiera cuidado de vos. El conde de Richmond ha sido castigado por su incompetencia en Francia, pero yo siempre trazo una línea entre los errores y la maldad, la negligencia y la traición. ¡Sois un traidor, *sir Thomas*, y sufriréis todos los rigores de la ley!

Tuberville se limitó a encogerse de hombros, miró con odio reconcentrado a Corbett y, sin ulterior resistencia, permitió que se lo llevaran.

—¿Qué será de él? —preguntó Corbett.

—Será sometido a juicio —contestó el rey— en presencia de sus compañeros y de mis jueces en Westminster Hall. Las pruebas que vos habéis acumulado lo conducirán sin duda al tajo del verdugo. Será ahorcado, arrastrado por los caballos y descuartizado. ¡Para que sirva de escarmiento a todos los que se atrevan a cometer traición en mi reino! Solo por Waterton habría que hacerlo —añadió amargamente Eduardo—. De Craon fue muy listo al disponer los acontecimientos de tal manera que toda la culpa recayera sobre él. ¿Vos siempre estuvisteis convencido de que Waterton era inocente? —preguntó el monarca, mirando severamente a Corbett.

—Sí, creo que sí —contestó el escribano muy despacio—. Sentía en lo más hondo de mi corazón algo que se empezó a aclarar cuando conocí a la hija del conde de Richmond en París, pero, en realidad, quien me lo dijo fue el propio De Craon. Vi la expresión de su rostro cuando vuestro hermano anunció que habíamos descubierto y detenido al traidor. Vi el destello de júbilo que se encendió en sus ojos. Probablemente sabía que habíamos detenido a quien no debíamos y, de este modo, se delató. Durante la embajada del conde de Lancaster en Francia —añadió Corbett—, De Craon trató deliberadamente de inducirme a error. Favoreció a Waterton para despertar nuestras sospechas.

—Pero De Craon trató de asesinaros en París.

—Solo para que las sospechas recayeran sobre Waterton. Lo mismo cabe decir del sello francés que se encontró en el interior de nuestras valijas diplomáticas. Lo colocó De Craon, el cual contó unas mentiras similares a sus aliados escoceses en la esperanza de que os las transmitieran a vos.

Eduardo asintió con la cabeza, clavando la mirada en una espléndida rosa abierta. Apenas podía creer lo que había visto y oído. ¡Tuberville un traidor! Y, encima, tan taimado. Solo Dios sabía, pensó el rey, lo que un minucioso estudio de las cartas les podría revelar. No era de extrañar que los rebeldes escoceses y galeses se hubieran atrevido a desafiarle con tanta arrogancia. Mientras sus ojos contemplaban la rosa, Eduardo empezó a tramar la venganza.

Corbett rompió el silencio, hincando una rodilla delante del rey.

—Majestad —le dijo—, vos me prometisteis que, si encontraba al traidor, os podría pedir cualquier cosa de vuestro reino.

Eduardo le miró con recelo.

—Entonces estaba furioso, maese Corbett, y no está bien recordarle a un príncipe las palabras que este dijo en un momento de arrebató.

Corbett esbozó una leve sonrisa.

—«No pongas tu confianza en los príncipes». ¿Es este un ejemplo de las palabras de las Escrituras?

El rey se rio suavemente.

—No, no, Hugo. Cumpliré mi palabra.

—Muy bien, pues —dijo Corbett—. Hay dos cosas que deseo, Majestad. Pido primero que le sea conmutado el castigo a Tuberville. Que lo ahorquen, pero que no sea arrastrado por los caballos y descuartizado. La justicia no exige el desmembramiento del cuerpo de un hombre.

El rey levantó los ojos hacia el azul del cielo.

—Se accede a vuestra petición —dijo secamente—. ¿Alguna otra cosa?

—Sí —contestó Corbett—. Se refiere a lord Morgan de Gales.

—¡Lord Morgan de Gales ya está sufriendo los efectos de mi cólera! —lo interrumpió Eduardo con aspereza—. Ya he ordenado el desplazamiento de las tropas desde los castillos de Caernarvon y Caerphilly. Ya están en todas las propiedades de lord Morgan y en la campiña circundante. ¡Dudo que algún galés vuelva a causarme quebraderos de cabeza!

—No se trata de lord Morgan, sino de su sobrina *lady* Maeve —dijo Corbett, interrumpiendo bruscamente al rey.

Eduardo miró fijamente a Corbett antes de echar la cabeza hacia atrás y estallar en una sonora carcajada.

—Tiene gracia, Hugo, que intercedáis por ella, pues aquí se recibió un mensaje de lord Morgan y otro de su sobrina. Lord Morgan se sometió humildemente a nosotros y pidió perdón por todos los errores o delitos que haya podido cometer. Pienso concedérselo dentro de algún tiempo. Sin embargo, el mensaje de *lady* Maeve era mucho más sencillo. Nos pidió que os entregáramos esto.

El rey rebuscó en su bolsa y sacó la sortija que Corbett había visto por última vez en la mano de Maeve en la playa del castillo de Neath.

—Os envié esta sortija —dijo el monarca, depositando la joya en la palma de la mano de Corbett mientras contemplaba con una sonrisa la visible decepción que reflejaba su rostro—. La acompañaba un mensaje, mi señor escribano. *Lady* Maeve se unía a las súplicas de clemencia de su tío, añadiendo en la posdata que adjuntaba la sortija en la esperanza de que vos se la devolvierais personalmente para que, de este modo, ella la pudiera conservar para siempre.

Corbett se limitó a sonreír, pero el corazón le dio un vuelco de alegría en el

pecho. Todavía de rodillas, tomó la mano del rey y besó su anillo.

—¿Tengo vuestra venia, Majestad?

—Por supuesto —contestó el rey—. Siempre y cuando estéis de regreso en Londres para el juicio de Tuberville.

Aquella fría mañana de octubre el patio del palacio de Westminster estaba abarrotado de gente que se arremolinaba alrededor del enorme patíbulo, como si todo el mundo quisiera calentarse con el fuego del negro brasero de hierro que ardía a su lado. Corbett estaba presente en compañía de Ranulfo. Todo Londres había acudido allí, los grandes señores y las damas con sus sedas y sus lujosos atavíos. Corbett se encontraba presente por orden del rey. No le gustaban las ejecuciones, pero sabía que no tendría más remedio que contemplar aquel triste espectáculo desde el principio hasta su amargo final.

Tuberville había sido juzgado por una comisión especial. Había confesado todos sus delitos y la sentencia había sido dictada por el justicia mayor Roger Brabazon, el juez de mayor rango de los Tribunales Reales. El rey Eduardo, sin embargo, cumplió su palabra y la condena fue conmutada por la de ahorcamiento simple. No se llevarían a cabo las terribles crueldades de destripamiento, quema, decapitación y descuartización sufridas recientemente por el príncipe David de Gales.

Una vez dictada la sentencia, Tuberville fue trasladado a la Torre y, a primera hora de aquella sombría mañana de octubre, se le condujo desde la Torre a Westminster montado en un pobre jamelgo, con los pies sujetos bajo el vientre del animal y las manos atadas delante del pecho, rodeado por seis atormentadores a caballo disfrazados de demonios. Uno de ellos sostenía las riendas del jamelgo, otro llevaba la soga de la cual colgaría Tuberville y los demás se dedicaban a provocar y a burlarse del prisionero. Tuberville, vestido con todas sus galas de caballero, fue conducido primero a Westminster Hall para ser juzgado y luego, antes del cumplimiento de la sentencia, tendría que ser degradado.

Justo al lado de la puerta principal de Westminster Hall, se había levantado un estrado. En él permanecían sentados unos jueces, junto a los cuales un tosco palo sostenía el escudo invertido de Tuberville, manchado de negra pez y de excrementos de animales.

Se oyó un clamor de trompetas, se abrieron las puertas y los heraldos sacaron a Tuberville vestido con armadura y luciendo todas las medallas de las órdenes caballerescas. Unos sacerdotes ocuparon posiciones a ambos lados del estrado y empezaron a entonar el oficio de difuntos. Cada vez que terminaba un salmo, los heraldos retiraban una pieza de la armadura del prisionero, empezando por el yelmo hasta dejarlo desnudo a excepción de un taparrabo. A continuación, tomaron el escudo invertido de Tuberville, lo rompieron en tres pedazos y vertieron sobre la cabeza de Tuberville un cuenco de agua sucia mezclada con orines de animales.

Finalizada la ceremonia, un largo suspiro se escapó de todas las gargantas de la multitud y la gente empezó a arrojar piedras y a insultar al condenado mientras los verdugos entraban en acción. Tuberville fue arrojado al suelo y atado a una narria de pellejo de buey, la cual fue enganchada a seis caballos que la arrastrarían desde Westminster hasta el canal de Cheapside y finalmente a la horca situada en el paraje de Smithfield llamado los Olmos. Corbett se alegró de que el rey no hubiera dictado una orden de proscripción contra la familia de Tuberville, gracias a lo cual los hijos del traidor podrían heredar sus propiedades y no sufrir las consecuencias de los pecados de su padre. Más se alegró al ver que Tuberville aceptaba con serena dignidad todos los insultos y las humillaciones de que estaba siendo objeto. Tuberville, con el cuerpo lleno de cortes y magulladuras causados por las piedras que le habían arrojado, fue atado al pellejo de buey. Corbett cerró los ojos cuando el verdugo dio una palmada a la grupa de uno de los caballos e inmediatamente la macabra procesión bajó al lugar de la ejecución, precedida por los atormentadores y seguida por la muchedumbre, que profería gritos y burlas contra el condenado.

Corbett ya sabía cuál sería el final. Levantó los ojos hacia el cielo cada vez más encapotado y vio las nubes que se estaban desplazando rápidamente sobre el Támesis. Tuberville subiría al patíbulo y moriría ahorcado. Después envolverían el cuerpo con unas cadenas y lo exhibirían en algún lugar público para que sirviera de escarmiento a cuantos quisieran cometer traición contra el rey. Corbett no tuvo valor suficiente para ser testigo de la agonía de aquel pobre hombre. En su lugar, se volvió y procuró distraerse pensando en la llegada de Maeve a Londres. Su tío lord Morgan tendría que hacer personalmente las paces con el rey. Le había comunicado por carta al soberano que estaría en Inglaterra el día de Todos los Santos, a principios de noviembre, y que Maeve lo acompañaría. El escribano rezó en voz baja el «Miserere» por el alma de Tuberville, que muy pronto comparecería ante la presencia de Dios. Rezó también una oración por sí mismo, pidiendo que Maeve tuviera la fuerza de derretir el gélido invierno de su corazón.

Nota del Autor

Quizá se pueda disculpar a los ingleses el hecho de creer que la existencia de agentes dobles en altos puestos gubernamentales es solo un fenómeno del siglo xx. Sin embargo, los escándalos de Philby, Burgess y Maclean hunden sus raíces en la traición de *sir* Thomas Tuberville, el cual fue manejado hábilmente por los franceses y consiguió enviarles información acerca de los planes secretos del rey Eduardo de Inglaterra. Nos consta que Tuberville envió cartas a los franceses, una de las cuales se conserva, por cierto, en la Oficina de Registros de Chancery Lane. Sabemos también que mantuvo una desleal correspondencia con el rebelde galés lord Morgan y que ayudó al rey Felipe IV de Francia a crear una gran alianza contra el rey Eduardo de Inglaterra, el cual se vio obligado finalmente a aceptar sus condiciones.

Los detalles de la captura de Tuberville se hallan envueltos en las brumas del misterio, pero esta solo fue posible después de toda una serie de laboriosas maquinaciones e intrigas. Fue capturado y su traición quedó al descubierto, pero no sin que antes hubiera causado gravísimos daños a la causa del rey en Europa. No obstante, a diferencia de los modernos espías, Tuberville, con justicia o sin ella, pagó la traición con su vida.

Notas

[1] En francés, «tened piedad, tened piedad». (*N. de la T.*) <<

[2] En latín, «¿Quién vigilará a los guardias?». (*N. de la T.*) <<

[3] En francés, «¿qué es lo que...?». (*N. de la T.*) <<

[4] En francés, «soy inglés. Busco...». (*N. de la T.*) <<

[5] En latín, «bendito», palabra inicial de una oración. (*N. de la T.*) <<

[6] En francés, «el lobo de guerra». (*N. de la T.*) <<

[7] Región del centro de Inglaterra. (*N. de la T.*) <<

[8] En latín, «Príncipe de Gales». (*N. de la T.*) <<

[9] En francés, «muevo». (*N. de la T.*) <<

[10] En latín, «Sobre el juego del ajedrez». (*N. de la T.*) <<

[11] En latín, «Dije en mi exceso, todos los hombres son unos mentirosos». (*N. de la T.*) <<

[12] En latín, «Sin embargo, el rey de Francia se complace ahora». (*N. de la T.*) <<

[13] En latín, «eso complace y complacerá al rey de Inglaterra». (*N. de la T.*) <<